

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

15 DE JUNIO DE 1904

Nº 300

## PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4  
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

## DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

## EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL "ANGELUS"—Cuadro de Ed. Maxence

## PASTORAL

—  
La niña estaba soñando  
historias de primavera;  
la abuela le contestaba  
con madrigales de ciega.

—Se van á secar los lirios,  
mira cómo está la tierra....  
—Si se han dormido mis ojos....  
cómo quieres que la vea!

—Se van á secar las rosas,  
mira cómo está la tierra;  
se van á secar los lirios....  
—Deja que se sequen, deja....

—El sol es el sol de junio,  
los arroyos crían hierba,  
se van á morir las vacas  
de sed....

—Deja que se mueran....

—Que traigan la mu'la y saquen  
de las norias agua nueva;  
se están secando los huertos....  
—Deja que se sequen, deja....

—Pero si el cielo está azul....  
—No volverás, primavera....  
—Si ya hay rosas por las noches  
debajo de las estrellas....

—Mi corazón está frío,  
tengo sueño y estoy ciega....  
Deja que se seque todo,  
deja que crezca la hierba.

Así está todo en silencio,  
no cantará el agua nueva,  
y cuando venga la muerte  
quizás mi sueño la sienta....

—Ayer pasó por aquí  
Galán el pastor, abuela,  
y me dijo: No me olvides;  
volveré á la primavera.

JUAN F. JIMENEZ.



## HOMBRES CONTRA HOMBRES

VI

v



ABLANDO en términos generales, se yerra al querer aplicar al hombre ciertas nociones de raza tomadas del mundo animal ó vegetal. Cuando se trata de este último, existen á lo menos bases sólidas para «diferenciar» las unidades que parecen idénticas. Al comparar, por ejemplo, los diferentes cepajes (variedades) de viñas cultivadas, M. A. Gautier hace observar que cada cepaje posee una materia colorante específica, que le es propia y que puede distinguirse á la vez por sus caracteres químicos y por su composición centesimal. Estas diferencias van tanto más lejos cuanto más varían en solubilidad sus materias colorantes. Tomemos, por ejemplo, varias especies de pino y veremos diferencias interiores importantes que las separan. El pino marítimo de las Landas da una resina que desvía á la izquierda el plano de la luz polarizada; y la del pino australiano á la derecha. Las variedades de acacias dan gomas variadas, así como otros árboles de diferentes variedades dan taninos diferentes. Ahora bien, estas modificaciones misteriosas indican que se ha operado al mismo tiempo un cambio en los plasmata celulares.

Pasemos al mundo animal, y observemos el mismo cambio en la composición del plasma celular. Las albúminas del caballo y del mulo varían, por ejemplo, tanto como las del mono y del hombre. Los últimos estudios sobre las antitoxinas han confirmado y ampliado esta tesis. La hemoglobina de la sangre, al pasar de un animal á otro, difiere cada vez, como lo demuestran las formas cristalinas que se derivan de ellas. (P. Cazeneuve).

De esta suerte asistimos á cambios interiores que afectan á todo el sér y lo diferencian de sus congéneres. Nada nos prueba mejor la futilidad de las diferencias fisiológicas entre razas humanas, como el hecho del cruzamiento posible entre todas las pretendidas razas y la posibilidad de la infusión de la sangre de un hombre blanco en las venas de un negro ó de un amarillo.

Llevados por la multiplicidad de hechos que se acumulan bajo la pluma en favor de esta tesis, hemos traspasado los límites de este artículo-programa. Si hemos logrado remover siquiera los prejuicios arraigados en ciertos lectores cuanto á la desigualdad original del hombre, hemos satisfecho nuestro deseo. Después de haber rozado este tema, el autor cree de su deber desarrollarlo ulteriormente en una obra especial, al alcance de todos cuantos se den cuenta de su gravedad excepcional en lo que se refiere al porvenir de la paz, de la civilización y de la humanidad. Es á la Francia, que ha proclamado los derechos del hombre, no obstante la forma de su cráneo y el color de su piel, á la que corresponderá el papel glorioso de vencer el resto de barbarie y los últimos prejuicios que entran la marcha definitiva hacia la igualdad de los pueblos.

Las diferencias morales é intelectuales entran por menos en la cuestión y no exigen sino una respuesta sumaria. Nuestra mentalidad se forma sobre todo gracias á las fuentes que la alimentan. Los japoneses, recién llegados á la civilización occidental, ya se han apropiado todos sus vicios y todas sus virtudes. Casi son europeos por sus pasiones guerreras, su odio al extranjero, su amor al dinero y los feroces instintos nacionalistas. En tanto que los chinos sienten un profundo desprecio por la guerra y los militares profesionales, los japoneses, esos inteligentes discípulos de Europa, y, sobre todo, de sus maestros inmediatos los alemanes, han llegado á ser tan respetuosos de la fuerza brutal como estos últimos. En el momento de la guerra sino-japonesa, todavía daban pruebas de sentimientos humanitarios respecto de los chinos. Las crueldades cometidas por los rusos, alemanes, franceses ó ingleses, les producían una indignación y un disgusto invencibles. Han pasado algunos años, y hoy se encuentran á la altura de los sofocadores rusos en Blagovestchensk, de los procedimientos alemanes en 1870, y de los empleados por los ingleses en el Transvaal. Han marchado, pues, los japoneses á pasos gigantescos! Se les reprocha haber comenzado las hostilidades contra los rusos, sin previa declaración de guerra. Eso es perfecto. Hijos auténticos de la bella civilización europea, sin duda aprendieron la memorable lección de que, de 1800 á 1870, sobre 120 guerras entre naciones civilizadas y pulimentadas (Coronel Maurice), 110 han comenzado sin el menor aviso previo, por bombardeos, violación de fronteras, ocupación de territorios en disputa, ataques de puertos, ó simples fusilamientos de poblaciones; y solamente 10 se han declarado de una manera regular. De manera que si el hecho les fuera realmente imputable, los japoneses habrían obrado conscientemente como pueblo civilizado!

¿En qué les somos superiores? No tienen, es verdad, en su activo, pueblos expulsados de sus territorios por el crimen de profesar otra creencia ó de hablar otro lenguaje que el adoptado por los amos del país! En materia de religión, aplican una tolerancia escandalosa, como si el país no estuviese poblado sino por filósofos á lo Spencer ó sabios á lo Berthelot! No tienen, casi, clases privilegiadas; pero, paciencia! Ya está formándose un feudalismo rentístico en semejante país, y ello es un producto sublime de la organización del capital. Su criminalidad también deja que desear: cometen más suicidios que homicidios. Concedámosles, sin embargo, algunos años y bajo la influencia de nuestras bellas costumbres, esa proporción cambiará también. Y si todavía no sienten nuestro odio de razas, lo sentirán sin duda con nuestro contacto. Tendremos, pues, una bella mentalidad europea más.

Nuestro desdén por el Japón no es, además, sino el resultado de una incompreensión de su alma y de sus costumbres. No está siquiera probado que los japoneses sean mongólicos. Según Müller, Whitney, etc., no son sino retoños de la gran familia indo-europea. Lo que es más cierto es que los *aínos*, proveedores de la mayor suma ancestral del Japón

contemporáneo, se parecen hasta la confusión á los mujicks rusos. Es verdad que estos últimos, según ciertos antropólogos que pululaban en Francia hacia el año 1875 (Duchinski, Henri Martin, etc.), no son á su vez sino simple mongoles! Teoría á lo menos extravagante, que después de haber tenido numerosos creyentes, acabó por fracasar completamente.

Por excesivas que parezcan, no están de más las precauciones cuando se trata de pronunciar juicios en bloque sobre pueblos y razas. Recordemos, por ejemplo, que en tiempo de los enciclopedistas, sabios como d'Alembert y aun Diderot rehusaban á los rusos la facultad de llegar á civilizarse á la europea. El siglo siguiente se encargó de infringirles un cruel mentís, haciendo de ese pueblo condenado á la barbarie nuestro aliado más querido!

Lo que parece menos dudoso es que el Japón, esa Gran Bretaña del Extremo Oriente, está llamado á un porvenir de los más brillantes. ¿No sirve de vínculo entre el Oriente y el Occidente del mundo? Gobierna, por el mar, todos los caminos que van á la Malesia, á la Australia, á Indo-China, á los países ribereños del Pacífico y del Mar de las Indias. Su pueblo se ha mostrado, desde tiempos remotos superior desde ciertos puntos de vista á los pueblos europeos. Por la sobriedad, la dignidad profesional, el sentimiento del honor, el respeto mutuo y la benevolencia recíproca, nos dice Eliseo Reclus, poco sospechoso de parcialidad, la masa del pueblo japonés supera realmente el nivel moral de la mayoría de los occidentales: la supera también por la comprensión de la belleza en la naturaleza. Sus progresos científicos é intelectuales son sorprendentes, pues el número de volúmenes que publica todos los años colocan al Japón en el primer rango de los países que trabajan y se instruyen. Cada vez que alguien se toma la pena de estudiar una de sus artes, se maravilla de su genio desconocido. Edmundo de Goncourt, que ha pasado una décima de años estudiando á Hokonsai, el pintor que firma sus obras «loco de dibujo», nos lo presenta como un genio universal y uno de los más originales de la tierra.

A. C. Balet, uno de los raros franceses que conocían á fondo la lengua y el pais-japoneses, ha hecho un cuadro radiante de ese pueblo-poeta. Hitomi nos ha mostrado que la novela y el drama japoneses modernos valen bien el de Alemania ó el de los Estados Unidos. Lafcadio Hearn, en sus estudios de un realismo adorable sobre el alma japonesa, sin hablar de los más ó menos imaginativos de Loti, nos presenta un Japón que choca singularmente con el Japón convencional de las turbas engañadas por los diarios.

Herbert Spencer, que tanto se apasionaba por el pasado y el porvenir del Japón, aun le dió el profundo consejo de guardarse bien de entrar en contacto con Europa, si quería salvar las virtudes y la fuerza de su pueblo! (Carta póstuma publicada por el *Times*). Pero la Europa ha ido hacia él. ¿Y no pretenden los cazadores europeos, risiblemente, «que es el conejo quien ha comenzado?»

VII

Después de todo, si la Europa había de ser víctima de la invasión de los ama-





EN LAS MONTAÑAS DE ESCOCIA. — Por Ch. Stuart

rillos, tanto peor para los que lo han provocado. ¿Y se puede, racionalmente, apreciar desde ahora y certeramente el resultado de esa conmoción de los pueblos? Nuestro desmesurado orgullo nos hace llevar demasiado lejos el valor de nuestra civilización y llorar prematuramente su pérdida. ¿Por qué? Actualmente no conocemos el valor de la del Extremo-Oriente, ni podemos calcular el de mañana. ¿Quién sabe si él evolucionará allá de una manera tal que su triunfo se nos imponga como un beneficio filosófico y social!

Y si el viejo mundo corrompido muriese realmente, ello no sería acaso sino justicia y expiación de las faltas cometidas!

El peligro amarillo no es, quizá, sino el peligro habitual de las frases ó de las palabras grandilocuentes. ¿Qué tienen, de resto, de común los japoneses y los chinos, á los cuales apareamos con una ligereza sin igual? Misoneístas los unos, los otros excesivamente impresionables; éstos conservadores á todo trance, aquéllos acusando la mentalidad y los apetitos feroces de los yankees. Pretender creer que todos los pueblos asiáticos se unirán un día para exterminar á la vieja Europa, es ir tal vez demasiado lejos. Al ver la bella armonía que existe entre los pueblos que se llaman civilizados, ¿podrá admitirse seriamente que los asiáticos, considerados tan inferiores á los blancos, llegarán á realizar ese problema insoluble para los europeos? Así es como nosotros sucumbimos á toda suerte de peligros inventados diariamente. Pe-

gro anglo-sajón, alemán, clerical, anticlerical, americano, semita, moscovita! Hay más que días cuenta el año, según el gusto y el *esprit* de cada quien. Pero todos paralizan nuestra voluntad y adormecen nuestra conciencia. En vez de batallar, inclinamos la cabeza y clamamos á la fatalidad. La vieja Europa se parece, en medio de esos numerosos peligros, á esos cautivos azarados á quienes se obliga á bailar entre puntas de puñales desnudos. Pobre vieja! Ya no sólo delira, sino que al propio tiempo se conduce de la manera más estúpida.

Hé ahí un hormiguero de 4 á 500 millones de hombres que la hacen temblar y delirar. El simple buen sentido aconseja no aproximarse á ese hormiguero, y, sobre todo, no hurgarlo. Ella hace justamente todo lo contrario, y va hasta suministrarle los elementos de su fuerza: su dinero y sus armas. Y cuando las hormigas inquietadas se remueven, da gritos de pavón y se admira y se asombra de verlas venir hacia ella. Y de seguidas se pone á clamar por el peligro amarillo y la pérdida del viejo mundo!

Todo eso no son sino imaginaciones de chiquillo. Se trata de previsiones en el aire y de profecías sin el menor fundamento.

Según toda probabilidad, marchamos hacia un crecimiento inconcebible del mundo pensante, del mundo que trabajará y traficará á la europea. Si estuviésemos libres de los prejuicios de color y de razas, comprenderíamos fácilmente que la humanidad tiende por todas partes á una especie de identidad del medio

ambiente. Todo contribuye á ello: la civilización, más y más común; los medios de locomoción, facilitados; las instituciones, análogas; el trabajo y sus condiciones, semejantes; las costumbres, tendiendo á parecerse: en una palabra, la manera de ser, de sentir, de vivir y de pensar que se aproximan. Al pensar en el porvenir remoto de la humanidad, viénesse á la memoria el recuerdo de esas plantas en otro tiempo cultivadas en el Museum por M. Decaisne. Había siete especies diferentes, como si dijéramos, siete razas humanas irreductibles. Se les prodigaron los mismos cuidados y se las sometió al mismo régimen: al cabo de algunas generaciones, aquellas siete formas se refundieron en una sola.....

Dejemos, pues, que la guerra detestable prosiga su obra nefasta, por satisfacer ambiciones criminales ó despreciables. Dejemos también que nuestras simpatías vaguen en nombre de nuestros intereses bien ó mal comprendidos; pero guardémonos de inocularles el principio sagrado y fundamental de la igualdad de los humanos, á pesar de la forma de su cráneo, el color de su piel ó el modo de deificar las fuerzas de la naturaleza. Demoliendo ó debilitando este principio, abrimos grandemente la puerta á todas las injusticias: á las guerras de expoliación y de exterminio de los pueblos y de los individuos que no se nos parezcan bastante y tal vez de aquellos á quienes un día acaso nos parezcamos demasiado....

JEAN FINOT.

Traducción de ELOY G. GONZALEZ.



## SU MAJESTAD EL ORGANO



Si me hubiese sido dado elegir mi carrera, determinar de antemano mi vocación, sin todas esas trabas que después pone la vida á nuestras acciones, á nuestros proyectos, á nuestros deseos, sin duda que habría sido un organista: *Maese*

*Pérez*, ó cualquiera otro, antes que un literato y un poeta.

Y es que yo creo, que dada la tendencia de sutilizar, de fluidificar, como si dijéramos, cada día más la expresión sensible de nuestros pensamientos; dado el refinamiento cada día mayor de nuestros sentidos, dada la agudeza cada vez más intensa de nuestras percepciones, la música y sólo la música podrá ser en el porvenir, y en un porvenir relativamente cercano, el idioma de los elegidos, si no el idioma universal.

Víctor Hugo reprochaba á Verdi que le hubiese musicado un drama, é irritábase cuando sabía que alguna de sus composiciones servía de texto á una romanza.

—¿Pues, qué, decía, mis versos no son bastante música?

—No, maestro. Ningún poeta, y no ya de los de tu época, que entendieron bien poco del asunto, excepto tú, sino aun de los grandes instrumentadores modernos del verso, como Verhaeren, Moeterlinck, Paul Fort, Gustave Kahn, Mallarmé, Moreas y el gran Verlaine, ha logrado aun sorprender, asir, *atrapar* una de esas infinitas melodías de la naturaleza, que inspiraban á Beethoven, á Wagner, á Büllow, á Brahms, siquiera con la perfección de un músico mediano.

La palabra es primitiva, complicada, rudimentaria aun en las lenguas más avanzadas. Sus onomatopeyas son infantiles, silvestres, salvajes aún. Un mal compositor valdrá siempre más que un buen poeta, porque dispone de un instrumento de expresión mucho más perfecto. Y eso que la música, á pesar de sus inmensos adelantos realizados en breve tiempo, si consideramos la cantidad de perfeccionamiento á que está llamada, se encuentra aún en mantillas, en tanto que el verso es ya una forma artificiosa de luengo estudio y honda reforma.

\*  
\*\*

Nunca olvidaré los deleites de Paraíso que me proporcionó muchas veces en diversas ciudades de Europa una audición de órgano. No quiero hablar de los conciertos que en Londres, por ejemplo, son tan frecuentes en casi todos los templos, ni de aquellas matinéas del Trocadero, durante la Exposición Universal de 1900, en las cuales *hacían el gasto*, ya un magnífico orfeón alemán de 250 voces, que era una maravillosa orquesta de gargantas, ya el espléndido órgano que ocupa todo el fondo del teatro; y referiré sólo mi impresión de los conciertos de órgano en Lucerna, esa divina ciudad que es un zafiro engarzado en los cuarzos blancos de los Alpes, como una pupila azul en un rostro de nieve...

El cantón de Lucerna es católico, y la ciudad tiene su catedral, un gótico templecito que parece de noche buena, cuyas dos torrecillas puntiagudas escalan graciosamente el cielo sin mancha. Esta catedral está dedicada á San Ligerero, y es aérea, leve como su nombre. Dos ángeles niños podrían transportarla en sus alas á las nevadas montañas vecinas, con menos esfuerzo que aquellos que, según la leyenda, llevaron por los aires la casa de Loreto.

Mas, si la catedral es pequeña, el órgano es grande, y uno de los más célebres de Suiza. Y en cuanto al organista, es digno de una leyenda de la Edad Media. Todos los jueves hay un concierto que empieza á las dos de la tarde y cuya entrada vale dos francos, y un mundo cosmopolita, llena, semana por semana, las alineadas sillerías de roble, que dividen en dos la nave central del templo.

Yo no falté jamás, durante mi veraneo en la maravillosa ciudad alpina, á esos conciertos en que se desparraman á raudales los tesoros de los grandes maestros alemanes. Recuerdo que nuestro maestro Campa me acompañó algunas veces y que me enseñó á deleitarme más aún de lo que mi instinto musical podía, en aquella opulencia de arte y de emoción incomparables.

El público entraba silenciosa, más bien diría religiosamente; instalábase sin ruido en los oscuros siales, y en la quietud ambiente surgía de pronto una voz tímida al principio, melodiosa, suave; aguda después como un clarín de guerra. Y pronto, parecía como que por encantamiento, de los muros, del altar, del techo, se elevaba un concierto de cantos invisibles. Las diversas tuberías instaladas en varias tribunas y entre sí conectadas, ya tronaban como una de esas tormentas que aturden la ciudad, repercutiendo en todos los picachos y en todas las hondonadas de las montañas, ya discretaban como misteriosos diálogos de lo Invisible. Gluck, Bach, Mozart y Beethoven... ¡qué poder de expresión adquirirían esos *expressivos* inmortales en las cien voces, en los cien gritos, en los cien lamentos apocalípticos de ese instrumento por excelencia! Entornando mis ojos creía ver el desfile de las trompetas de Jericó radiando al sol enfurecido; oír creía los lamentos de Job y de Jeremías; los unciosos cantos de David; los amargos versículos de Salomón; ver creía marchar á los cruzados, más acorazados de ideal que de hierro. Soñaba en Bizancio, donde dicen que el órgano hacía llorar á los emperadores decadentes...

Contemplaba el angustioso latido del mar golpeado por los vientos, y columbraba á lo lejos al hombre silencioso y casto que desde una peña de Patmos, traducía, con una pluma de águila sobre el papyrus, los rumores formidables del Juicio final.

\*  
\*\*

Si como se ha dicho, el piano es una orquesta en las manos de un ejecutante, el órgano es más aún, es algo inmenso, es una tempestad en las manos de un hombre.

En sus tubos de zinc, duermen ó cantan todas las melodías de los orbes. Ahí está lo que dice un árbol á otro árbol en alas de la brisa que despeina su cimera; lo que dice una nube á otra nube, un mar á otro mar, un viento á otro viento y una estrella á otra estrella.

Duermen en esos tubos é cantan por sus horizontales bocas doradas, risas, de niños, voces de mujeres, apóstrofes de profetas, cánticos de bienaventurados.

En esos tubos está encadenado el ritmo del mundo. Un soplo de aire, y basta; la eternidad habla, la humanidad llora, la tristeza suspira, la alegría canta gloria *in excelsis*.

Ser un gran organista, es tener la clave de los relámpagos y de los truenos.....

Quando yo descendía la breve escalinata de San Ligerero, ante aquella naturaleza plácida, salpicada de lagos, como si el cielo azul se hubiera desmoronado sobre los valles, parecíame que volvía del Apocalipsis, como Dante volvió del infierno...

## DE «ALMA DE AMERICA»

(Inédita)

SELVÁTICA

Yo apenas quiero ser humilde araña que á tus espaldas su hilazón tejiera; y que, como explorando una montaña, se enredase en tu propia cabellera.

Yo quiero ser gusano: hacer encaje; dar mi capullo á las dentadas ruedas; y así poder, en la prisión de un traje, sentirte palpitante bajo mis sedas.....

Y yo quiero también, cuando se exhala toda esta fiebre que mi amor expande, ir recorriendo la salvaje escala desde lo más pequeño á lo más grande!

Yo quiero ser un árbol: darte sombra; con mis ramas en flor hacerte abrigo; y con mis hojas secas..... una alfombra donde te echaras á soñar conmigo.

Yo quiero ser un río: hacerte un lazo y envolverte en las olas de mi abismo, para poderte ahogar con un abrazo y sepultarte al fondo de mí mismo!

Yo soy bosque sin trocha: abre el sendero... Yo soy antro sin luz: prende la tea..... Cóndor, boa, caimán, jaguar, yo quiero ser lo que quieras tú que por ti sea!

Yo quiero ser un cóndor: hacer gala de aprisionar un rayo entre mi pico; y así, soberbio, regalarte un ala, para que te hagas de ella un abanico.

Yo quiero ser un boa: en mis membrudos lazos ceñirte la gentil cintura; envolver las pulseras de mis nudos; y dormirme oprimiendo tu hermosura.

Yo quiero ser caimán de tus torrentes; y de tus reinos vigilar la entrada, mover la cola y enseñar los dientes, como un dragón bajo los pies de un hada.

Yo quiero ser jaguar de tus montañas; y robarte á mi propia madriguera, para poder abrirte las entrañas..... ¡y ver si tienes corazón siquiera!

JOSÉ S. CHOCANO.

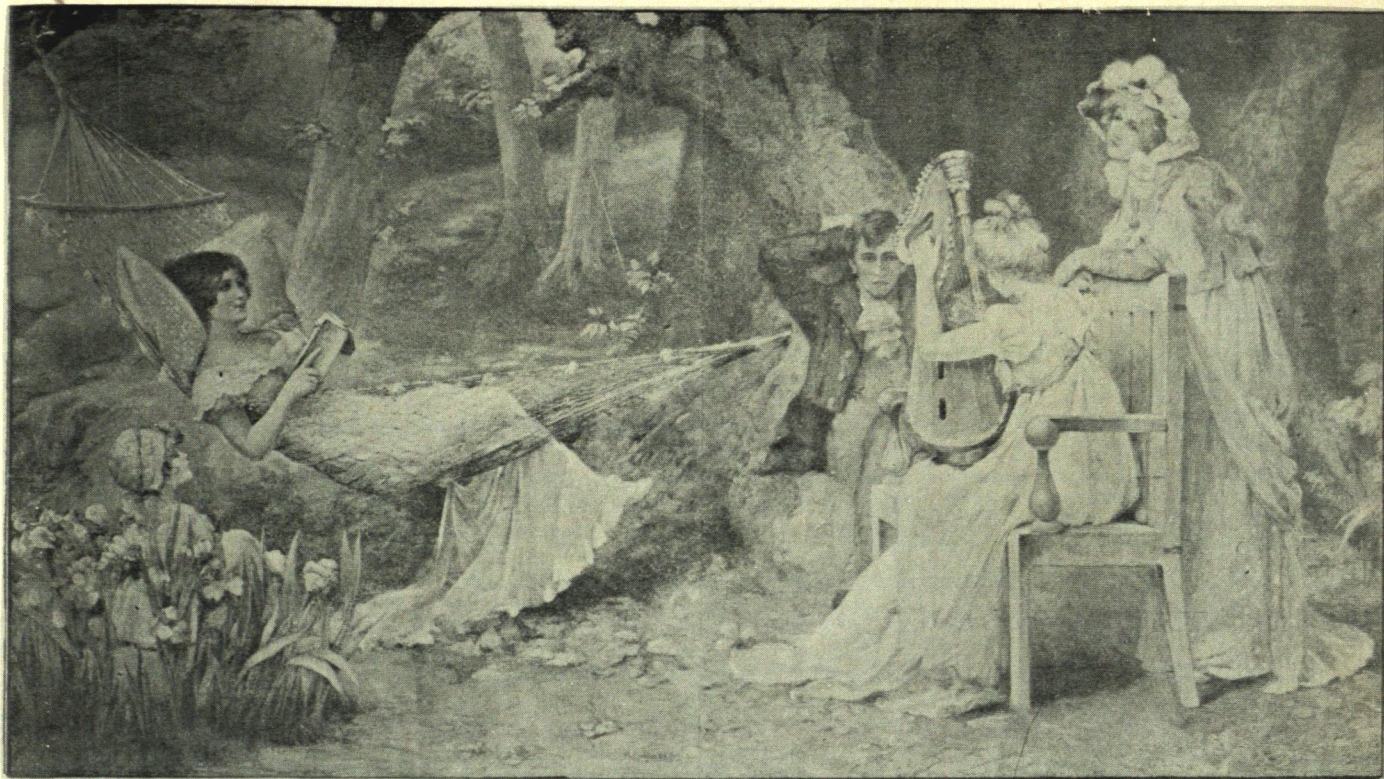
## COMO UNA AMANTE MIRADA

Como una amante mirada  
Relucía tu bañera,  
Llenándose de ligera  
Linfa de esencias mezclada.

Al contemplar tu arqueada  
Y reluciente cadera,  
Se iluminó tu bañera  
Como una amante mirada.

Y desde entonces, malvada,  
Aunque pases con severa  
Ropa de luto ataviada,  
Penetras en mi mirada  
Como en tu blanca bañera.





MUSICA AMOROSA. — Cuadro de M. Coodman

## EL MIEDO Y LA ALEGRÍA

Se estaba en los postres, en una comida de sabios, y se discutía sobre las emociones. Casi todos los opinantes estaban de acuerdo en que el sufrimiento, la inquietud, el miedo, obran de una manera mucho más poderosa, mucho más enérgica, sobre el organismo, que el deleite, la esperanza, la alegría. Pablo Varin creía lo contrario; por lo menos, en lo que concernía á su propia persona.

—Puedo hablar con conocimiento de causa—dijo, mientras pelaba una pera;— á mi parecer, yo he experimentado el más grande espanto y el más grande júbilo que pueden caber á un mortal.... Y he podido comparar fisiológicamente la intensidad de estas emociones contradictorias....

—¿Quiere usted decir que ha podido transformarlas en energía?...—preguntó Chabeaux;—¿medirlas en el galvanómetro ó en el calorímetro?... Si no es así, nada habremos adelantado.

—¡Sofista!—replicó Varin.—¿Acaso se ha servido usted de corrientes eléctricas ó de calefacciones para establecer la teoría contraria á la mía? ¿Ha fundido usted hielo, ó ha descompuesto usted algún ácido, con el dolor de sus enfermos? ¿No hay fiebres que apenas causan sufrimiento y que parecen dar, sin embargo, más calor que un dolor agudo que atenaceá todos los músculos del paciente? Mi prueba está tomada del organismo mismo, que es el único patrón conveniente en este caso. Pero, vamos al hecho. Podrán formar ustedes su propio juicio.

«Como ustedes saben, en 1893 yo hice un viaje á Africa, de exploración, y que resultó casi inútil, gracias á la incuria de

nuestro jefe.... uno de esos hombres cuyo optimismo excesivo raya en locura. Hasta el último momento de mi vida me acordaré del 27 de julio de 1893, día en que nos vimos completamente rodeados por una horda de negros antropófagos, y en el que las diez y nueve vigésimas partes de nuestra caravana, sucumbieron bajo los golpes del enemigo. Nos defendimos bien. Nuestro desgraciado jefe se batió no como un león, pues estos animales luchan muy flojamente, sino como un rinoceronte, de cuya naturaleza furiosa y ciega participaba. Cayó entre los primeros. Mi amigo Carlos Velpeau y yo nos sostuvimos durante unas horas, con una docena de auxiliares congoleños, parapetados detrás de un montón de árboles caídos. Pero se nos agotaron las municiones. A la hora del crepúsculo, un torrente de salvajes invadió nuestra trinchera; caímos literalmente desbaratados y arrollados por un alud de cuerpos humanos.

«Una hora después, estábamos todos atados á unos ébanos, en el mismo centro de la tribu aulladora. Grandes hogueras rojizas brillaban en la llanura; asábanse en ellas los cuerpos de nuestros compañeros de expedición. Una plebe atroz bailaba, rugía y comía. A nosotros nos habían reservado. La obstinación con que nos habíamos defendido, nos valía que estuviéramos destinados al estómago de los jefes; aparte de regalarse con nuestras carnes, los miserables esperaban asimilarse también con ellas algunas de nuestras cualidades. Una docena de hombres, en todo, se disputaban el placer de servirnos de sepulcro.

«El festín comenzó por mi amigo Carlos. Un jefe de la más alta categoría, de aspecto bonachón, se acercó al prisione-

ro y le hizo saltar el ojo derecho, en el que hincó los dientes, como si fuera una almendra garapiñada, con aires de fino conocedor. Llegó en seguida otro jefe, probablemente de la misma jerarquía; hizo saltar el otro ojo y lo devoró glotonamente. Después, una especie de brujo marcó con un lizón varias divisiones en el cuerpo de mi infortunado compañero: indicaba así las partes que correspondían á los presentes. Luego, asíó á Velpeau por el cabello y se puso á cortarle, á aerrarle mejor dicho, el pescuezo. Empleó sus buenos cinco minutos en esta operación; y cuando la cabeza estuvo separada, la dividió en dos partes de un hachazo: cada uno de los dos jefes recibió medio cráneo. Las piernas, los brazos, el pecho, lentamente despedazados, fueron objeto de una distribución general. Para el corazón se tomaron disposiciones meticulosas. Todo el mundo quería una parte. El brujo lo rebanó en tajadas desiguales é hizo el reparto de manera que cada jefe recibiera lo que correspondía á sus méritos....

«No creo necesario describir el estado de espanto y de terror en que me puso esta escena. Pueden imaginárselo ustedes sin la menor dificultad. Mientras esperaba mi turno, el corazón me palpaba con tal violencia, que podía percibir sus latidos en medio de los alaridos horribles de los canibales. Mi situación se hacía más terrible aún por la circunstancia de que su fin se retardaba. Los jefes asaron y devoraron á mi compañero antes de acercarse á mí: robusto como era yo, constituía tal vez por esto la pieza de resistencia. Al fin me llegó el turno. El brujo y los dos jefes principales venían á mí, con los ojos brillantes de gula. El viejo iba ya á hacerme saltar un



ojo, cuando cayó sobre el campo una lluvia de flechas, seguida inmediatamente de una formidable gritaría: una tribu enemiga acababa de sorprender el campamento. Me había salvado.

«Este es,—concluyó Varin,—mi caso de miedo.» Confesarán ustedes que es realmente típico.

—¡Seguramente!—exclamó Chabeaux. Pero no veo cómo ha podido medir usted la intensidad de su terror. Admito que fue muy grande... pero ¿cómo ha podido comparar los efectos de él con los de la alegría?

—Paciencia—dijo Varin.—De eso es de lo que voy a hablar ahora: «Poco tiempo después de mi regreso de Africa, me enamoré de la señorita Ana Thébaut. Este era, en el fondo, mi primer amor: una vida demasiado activa me había puesto hasta entonces al abrigo de las grandes aventuras del corazón. De modo que mi amor era un sentimiento entero, exclusivo, que me entontecía, que no me permitía ya entregarme á ningún trabajo. ¿Hice ó no hice la corte á mi amada? Lo ignoro. Siempre que me encontraba en presencia de ella, me sobrecogía una especie de parálisis mental y corporal. Helado por la timidez, y, además de esto, tieso, desmañado y taciturno, sabía que, si dejaba ver mi pasión, tenía que parecer ridículo. Al fin, penetrado del sentimiento de mi imbecilidad y de mi falta de garbo, perdí toda esperanza de llegar á ser algún día el marido de mi amada. Sufría como esos animales inyectados de curare, que conservan su sensibilidad pero que no pueden ya moverse.

Entretanto, uno de mis primos, Santiago Varin, se propuso agradar á Ana. Era un muchacho guapo, flexible, afable, elegante, y estaba lleno de ese espíritu de acierto que, más que nada, ayuda á conquistar el corazón de las mujeres. Pero no amaba á Ana de una manera excesiva; estoy seguro de que habría renunciado sin gran trabajo á sus pretensiones. Mas era evidente que la niña lo atendía de la manera más amable del mundo; y, á lo que me parecía, la candidatura de mi primo hacía todos los días progresos considerables... Las cosas estaban en esto, cuando, un buen día, llamaron de Argelia á Santiago por un asunto que no admitía demora, y que debía retenerlo allí algunas semanas. Esta partida coincidió con una corta ausencia de los Thébaut, de modo que Santiago no pudo despedirse de Ana.

—«¡Caramba!—¿qué mal viene esto!... —me dijo.—Precisamente cuando había resuelto declararme á la muchacha. La niña me gusta, tiene la dote correspondiente... yo estoy resuelto á cambiar de vida.

«Mi primo era un joven superficial, egoísta, sin espíritu de observación: no vió la palidez de mi rostro, como no había visto que yo estaba enamorado de Ana.

—«¿Quieres hacerme un servicio?—me preguntó.—Sirveme de embajador. Detesto las cartas... no tengo la habilidad epistolar necesaria: la tinta y el papel me dejan frío.

«Al principio me rebelé: después vi en esto una especie de cauterización sentimental que, tal vez, había de curar mi mal. Acepté el papel lamentable que se me proponía, me preparé para él con to-

da conciencia. Pero, cuando me encontré delante de Ana, cuando vi fijos en mí sus bellos ojos azules turquí, cuando sus labios de amapola y cereza me sonrieron sobre las conchillas argentadas de sus dientes, perdí por completo la brújula, no tuve fuerzas más que para balbucir palabras incoherentes.

—«Señorita, vengo á pedir... su mano....

«Exhausta ya mi inspiración, me detuve, busqué desesperadamente palabras en mi cerebro, tan desierto entonces como el Sahara... De pronto, sentí una manita de seda, de raso, de plumón, sobre la mía; oí una voz cristalina que murmuraba:

—«¿Me ama usted, entonces?... ¡Ah, qué feliz soy!...

«El desierto se animó: se llenó de movimiento, de frescura, de vida. Atraje la manita á mis labios... pero entonces el júbilo fué tan grande, tan completo, tan intenso, que ¡por Dios! me desmayé...

—«Después de esto, me permitirán ustedes creer—concluyó Varin, echando azúcar en su taza de café,—que la alegría puede muy bien ser un sentimiento tan poderoso, por lo menos, como el miedo.»

—¡Bah!—exclamó Morennes.—Quizá estaba usted un poco débil cuando se presentó á la señorita Thébaut.

—¡En ese terreno quería ver á ustedes!—replicó Varin.—Precisamente, en el caso de Africa fue cuando mi organismo estaba debilitado: la fiebre me había minado el sistema nervioso; mientras que, en ocasión de mi segunda aventura, es cierto que estaba un poco alterado, pero mi salud era perfectamente buena!

J. H. ROSNY.

## UNA HISTORIA DEL SONETO

(POR RENÉ DOUMIC)



propósito de un libro recientemente publicado, y que se titula *La historia del soneto en Francia*, el articulista insiste sobre este asunto, comenzando por decir que es verdaderamente lamentable que, á pesar de este libro, quede aún por hacer en Francia la historia de este poema de forma fija. Los antiguos teóricos creían que el soneto era francés; y aunque no es posible hoy demostrar que proceda de Italia, es de todos modos indudable que cuando apareció en Francia y comenzó á entrar en la historia de nuestra literatura, tenía ya tres siglos de vida italiana. Saint-Beuve no estaba muy equivocado cuando decía que correspondía esta gloria á Du Bellay. De todos modos, no era más que la verdad á medias, y el historiador está obligado á rectificar las aseveraciones del crítico-poeta. Du Bellay, por el ardor con que preconizó el empleo del soneto, y, sobre todo, por la maestría con la cual supo tratarle, adquirió sobre este género derechos exclusivos; fue su propietario, pero no el introductor de él en Francia. Marotte y Saint Gelais fueron antes que él, y ya componían sonetos. Lyon era el pueblo designado para que el género llegase de Italia é hiciese su primera etapa. La pléyade

lionesa comprendió, quizás antes que Du Bellay, todo lo que se podía obtener en intensidad de sentimiento y perfección de forma, con el soneto. Y de este modo se ve cómo, para llegar á los orígenes del soneto, es necesario remontarse al renacimiento lionés, que es la primera forma iniciadora del renacimiento.

Para introducirse definitivamente el soneto en Francia era necesario entrar en concurrencia con géneros ya existentes.

La innovación se inició con resistencia, y los adversarios del soneto decían que si los viejos poemas de forma fija presentaban el inconveniente de aprisionar la fantasía y de atar la libertad del poeta, no valía la pena de reemplazarles por otro cuyas reglas fijas no eran menores, y que además no contaba con la tradición francesa. De todas suertes, el soneto venció, y fue debido á razones exteriores y formales. Si tiene analogías de construcción con los otros poemas de forma fija, difiere por un rasgo esencial; no tiene el refrán. El soneto es de carácter más viril; tiene la ventaja de la simetría y goza del de la variedad. Hay en el soneto un elemento que le es particular: su último verso, que no es la idea en la cual está reasumida todo el fin que se propone la composición. Por el contrario; tantas veces como los trece primeros versos han sido hechos para escribir el catorce, el soneto pierde su valor plástico.

Su éxito también ha dependido de razones interiores y morales. Llegó cargado de pensamiento é impregnado de la sensibilidad de Dante y de Petrarca. Gracias á él, una concepción nueva del amor penetra en nuestra poesía: el amor, tal como lo celebraban los poetas de la escuela de Marotte, era más bien un placer; y ahora viene el amor idealizado por el ensueño de los dos grandes poetas.

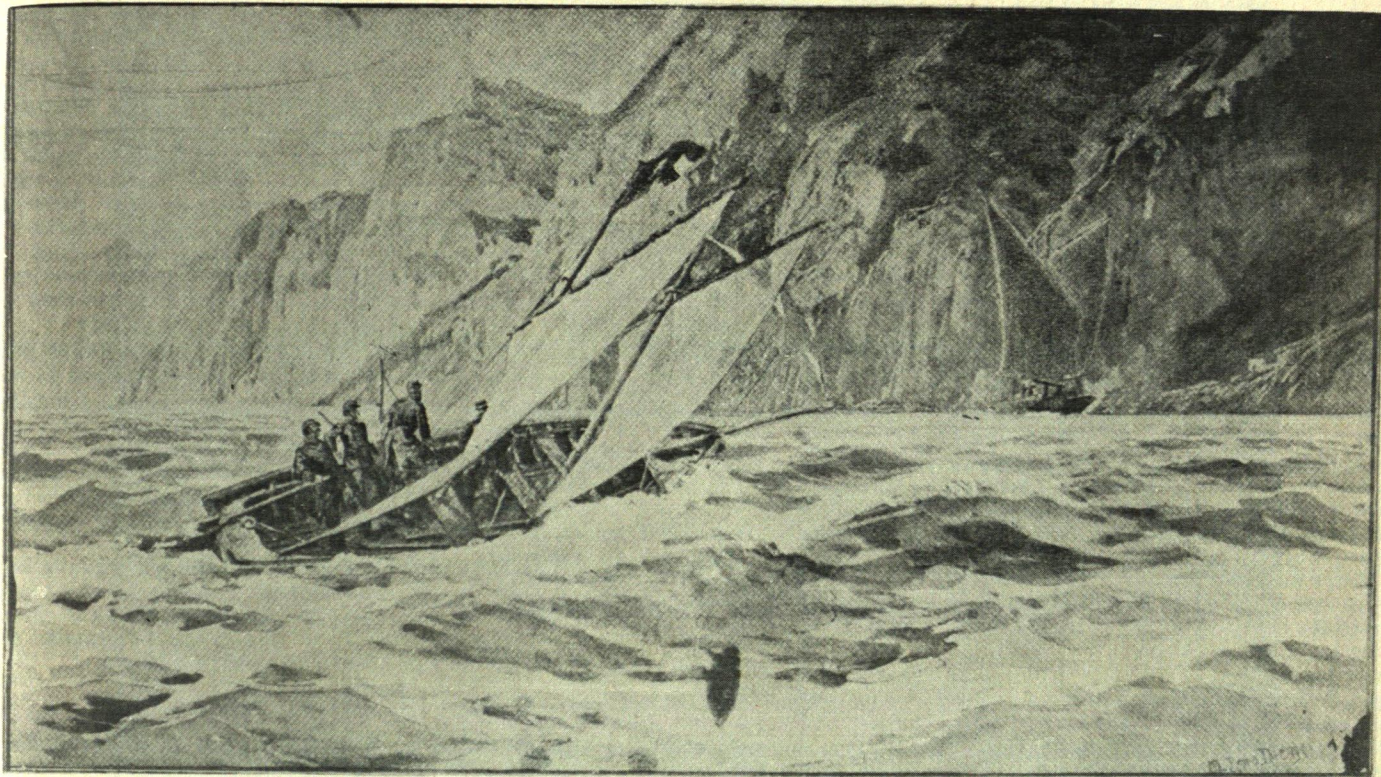
Habla el articulista de los esfuerzos que fueron menester para aclimatar el soneto en Francia; esfuerzos cuya gloria se debe á Du Bellay, en quien el soneto se hace completamente francés. Pero la ley de que todos los seres, una vez llegados á su pleno desenvolvimiento, deben alterarse, modificarse ó morir, realizóse en el soneto, y su decadencia comienza por los sonetos de Desportes hasta llegar á la literatura de 1660, que desdeña este género poético; y durante más de ciento cincuenta años no se encuentra ni siquiera el rastro de él en la historia. Bien es verdad que el siglo xviii no amaba la poesía; la lengua se había vuelto incolora; había perdido el sentido del ritmo, como el de la palabra propia; pero poco á poco el soneto va adquiriendo el favor del público, hasta que, con Leconte de Lisle, una nueva era comienza en la historia de esta composición poética. El Parnaso contemporáneo contiene una serie de sonetos, firmados por todos los poetas que componen la escuela nueva.

El articulista termina su interesante estudio diciendo que el renacimiento del lirismo en el siglo ha traído como consecuencia el renacimiento del soneto, puesto que éste es el lirismo de la doctrina del arte por el arte.

Madrid—1904.

J. M. GONZALEZ.





UN REGUARIO AUSTRIACO PERSIGUIENDO A UN BUQUE SOSPECHOSO.— Cuadro de Zeno Diemer

## LA COLEGIALA

Para Mercedes Guevara Rojas

La alegre Colegiala  
 Más que camina, vuela,  
 Pues bate á la salida de la escuela  
 Sus cabellos de seda como un ala.

Su radiante alegría  
 Cual una alondra canta.  
 Es que en su pecho candoroso el día  
 Entre blancos pañales se levanta.

Ríe la niña; es pura  
 Su boca de frambuesa.  
 Deja en ella una fuente de dulzura  
 El labio maternal cuando la besa.

Ríe la niña; espira  
 Luz su boca de grana.  
 Es que su alma despertando mira  
 El celeste rosál de la mañana.

Cota leve y sencilla,  
 Sombrero de pluma,  
 Media rósea que sube á la rodilla,  
 Falda corta, sutil como de espuma;

Blondos rizos al viento,  
 Fresca risa á raudales,  
 El aroma del alma en el aliento,  
 Siempre blancos los sueños virginales;

Ojos que en un instante  
 Ven, sin mirarlo, el mundo.  
 Es un cristal purísimo el semblante,  
 Un lago en calma el corazón profundo.

Después,..... vaga tristeza,  
 En la voz tierno dejo,  
 Distracciones sin causa cuando reza,  
 La franca intimidad con el espejo.

Largo cuento de amores  
 A hurtadillas leído.....  
 Un inocente amor, el de las flores:  
 Un Pequeño Poema «¿Qué es un nido?»

Temor al fino viento  
 Que se cuele en la alcoba,  
 Caricia de algún ángel cuyo aliento  
 Perfuma el tibio lecho de caoba.

Un sueño: en áureo coche  
 Rubio Príncipe llega;  
 Vierte de finas joyas un derroche  
 De hinojos á sus pies, como quien ruega.

Cómo tiembla su pecho!  
 Despierta..... ¡Qué mentira!  
 Un mensaje del sol se llega al lecho,  
 En el patio la alondra es una lira.

\*\*

Ya no es la Colegiala  
 Que al salir de la escuela  
 Bate el pelo sedoso como un ala  
 Y con mil alas invisibles vuela.

Curiosa una mirada  
 La tiñó de sonrojos.....  
 Ya se oculta su media sonrosada  
 A la muda caricia de los ojos.

Ya en la calle no ríe  
 Con risa fresca y loca;  
 Su gracia es de mujer cuando sonrío  
 Y ya anidan los besos en su boca.

Y pues su falda airosa  
 Vela ya la rodilla,  
 Por no pecar de austera y por graciosa  
 La aleja de la esbelta zapatilla.

Ya esgrime de tal modo  
 La femenina ciencia,  
 Que en su traje, en sus gustos y en todo  
 Sabe unir al pecado la inocencia.

Miradla! En los salones  
 Con su prestigio arroba.  
 Miradla derrochando seducciones  
 En ese ambiente cálido de alcoba!

Se lanza en raudos giros  
 Del brazo del amante  
 Y estremece una brisa de suspiros  
 Las rosas de su pecho palpitante.

Oh! hermosa. Los amores  
 Por ti baten el ala.  
 Sé feliz! y que nunca entre dolores  
 Recuerdes á la antigua Colegiala!

1904.

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

## GRO

En el álbum de Josefina Dagnino

Tu rostro napolitano  
 y tu divino perfil  
 son tu encanto soberano,  
 oh! fugitiva gentil  
 de los lienzos del Ticiano.

Es tuyo el verso galante  
 de ritmo fascinador,  
 que en el poema fragante,  
 perfuma como un olor  
 y acaricia como un guante.

Es tuya la gracia inquieta  
 que en el *flirt* del canapé,  
 discurre—sutil coqueta—  
 sobre el sermón del asceta  
 que ha prohibido el corsé.

Ese verso no es el mío,  
 verso de nevado tul  
 no será flor de mi hastío,  
 que sueña en su desvarío  
 con la imposible Stambul.

EMILIANO HERNANDEZ.



## MAURICIO ROLLINAT

Quand on aura fermé ma bière  
Comme ma bouche et ma paupière,  
Que l'on inscrive sur ma pierre :  
«Ci-gît le roi du mauvais sort.  
«Ce fou dont le cadavre dort  
«L'affreux sommeil de la matière,  
«Frémit pendant sa vie entière  
«Et ne songea qu'au cimetière.  
«Jour et nuit par toute la terre,  
«Il traîna son cœur solitaire,  
«Dans l'épouvante et le mystère,  
«Dans l'angoisse et dans le remord.  
«Vive la mort ! Vive la mort !

MAURICE ROLLINAT.

De las más excelsas torres, de los más culminantes campaniles, sobre los santuarios del Arte y las Basílicas de la eterna Belleza, surge intermitente y obstinada, la vibración dolorosa de un doble sin remedio. Perdiéndose en el ámbrosio nivel de las tardes de noviembre, diluyéndose en la tiniebla fosforescente de las noches invernales, ese angustiado sollozo de los bronces descendiendo implacable, inexorable, impío y gravita pesadamente sobre los espíritus estupefactos en su dolor marmóreo, rendidos y prostrados con el abatimiento de las negras cariátides bajo imperiales mausoleos....

De los excelsos campanarios, gotea el grave sonido que se expande llenando el alma de infinita pena, como el llanto resbala en las máscaras esculpidas para un dolor eterno, como el llanto que calcina los rostros y fecunda el cóncavo seno de las urnas lacrimatorias....

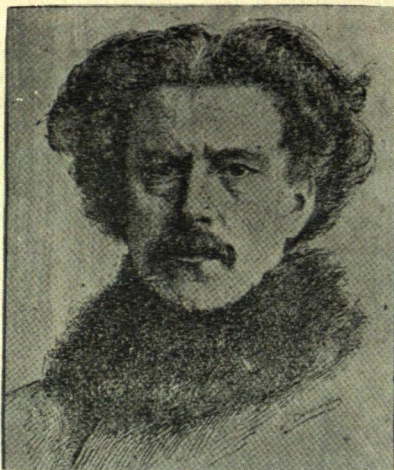
De las enhiestas torres, gigantes y huecas jaulas de granito, parten á cada momento las águilas negras y bravías de los dolores heroicos, y en el horizonte, sobre los ampos vesperales y los astros nocturnos, clavan desesperadamente la vasta envengadura de sus alas....

Y esa efusión de músicas desoladas que tiende al cielo con impulsos de plegaria y se abate al fin sobre la tierra como los astros desorbitados, como las cenizas volcánicas, como la lenta nieve, murmura con obstinaciones de llanto y ritmos de sollozo....

Uno de los más siniestros destinos se ha cumplido....

Rollinat ha muerto. El glorioso poeta, que acumuló en su sér todas las plenitudes de la vida, se extinguió como un gran faro desplomado y naufrago en un mar proceloso, entre el ululante y crispado tropel de la Locura.... Antes de que la hipocresía burguesa y la calumnia filisteas, aparezcan como cobardes hienas en la noche encubridora, para violar esa tumba sellada con santos sellos, diga la deidad de las Justicias una frase que brille como los moletes de los santos en los filácteros de oro. La razón de Rollinat no se oscureció ante los turbadores aromas y los densos vahos de un tóxico; ni el pámpano dionisiaco, ni el «aciago ajeno verde», ni la nieve sutil de la morfina, turbaron jamás esa razón, hecha para extinguirse en patriarcales longevidades, y víctima despeñada en un abismo de Dolor, cuyo solo presentimiento arrebató al alma pávida en un maelstrom de vértigos mortales.

El numen de Rollinat, fué el satánico burgrave de un burgo hecho de bronces oxidados, de aceros pavonados con tornasol luctuoso, cuyas techumbres de obsidianas especulares, reflejaban el cebismo superior y todos los pavores de los cielos nocturnos y las desolaciones de los claros de luna.



MAURICIO ROLLINAT

En torno del castillo, un glauco foso tendía su palúdica cintura y su acuática epidermis se turbaba, á la emergencia de bestias malditas, batracios, ruiseñores del cieno ó negros cisnes que arrastraban dolorosamente melancolias y angustias sin estela....

Sobre los torreones del Castillo se izaban, hechas en fúnebres rasos y áridos crespones, banderas desfallecidas y lacias que no movía ninguna brisa de ventura, pero rompían á palpar con ritmo airado y sonoridades eólicas en cuanto el menor viento de dolor venía desde la altamar de la desdicha humana.

De cada almena del castel siniestro, colgaba una testa de ajusticiado, chorreando una sangre nunca oreada y dilatando una mirada nunca opaca; eran esas testas los despojos de las dichas posibles del poeta, sacrificadas por la iracundia de un dios inconcebible....

En el salón del homenaje, á la luz de siete lampadarios fuliginosos y votivos consagrados á los siete pecados capitales, una galería de retratos familiares lucía el vigoroso claroscuro de sus rostros y el brillo inextinguible de sus blasones memorables. Los números ancestrales eran en efígie, Edgardo Poe y Carlos Baudelaire, Goya y Valdez Leal, el pintor de los desencarnados. Sobre el piano, cubierto por draperías dolientes y alumbrado por fúnebres blandones, se abría el Florilegio de las Marchas fúnebres heroicas y ululantes, como walkirias plañideras.

El gineceo de aquella mansión recelaba en sus cubículos un tropel de amantes pálidas, sabias en el beso sádico como en todo el ritual de los amores malditos.... y el gran eunuco de aquel harem, inmóvil y negro como un mármol, tenía por nombre el Tedio.

Cuando los fuegos fatuos se exhalaban de los dominios palustres de aquel burgo; cuando las frondas se movían en los cipreses y sus obeliscos plañideros exhalaban unisonos el graznar del cábaro; cuando á las vidrieras se asomaban las faces verdes de los desencarnados, con las máscaras de todos los espantos y de todos los terrores; cuando todo el burgo crugía como un catafalco, ó como un bagel rompiendo sus amarras hacia la tempestad, del castillo se exhalaban cantos dignos de musicar el terror de un apocalipsis ó de sugerir el espanto de los eclipses y de los terremotos.... Esas trágicas orquestaciones de lo invisible, esos truenos formidables, esas vastas elegias, se llamaron «Las Apariciones» y «Las Neurosis.»

En el gineceo doloroso, claustro en cada uno de cuyos «in pace» agonizaba amortajada en vida, una pálida monja de amor, el Poeta sangró lentamente y padeció negras catalepsias alucinadas por la teoría espectral de todos los desencarnatos. La amante se momificaba en medio de los transportes nupciales, el lecho de ébano se transformaba en ataúd; el éxtasis supremo emaciaba el rostro de la novia con el rictus mismo de la muerte.... Y entre olores de vetiver y de fenol, el rostro desencajado y ahondado por moradas ojeras, albeaba como el cráneo del pirata sobre la bandera enlutada.

La locura de Rollinat debe haber sido, según la frase de Poe: «la locura de una memoria que se agita en lo abominable....» Todos los gobelinos y los vestiglos, las estrigas, las gorgonas y los tenebriones deben haber rondado con las sarabandas del más terrible sabbat en torno de aquella alma pávida y angustiada. Y la idea de la muerte redentora debe haberse insinuado en aquella conciencia, como una nota musical y fresca, como los repiques pascuales en la mañana de oro de una eterna Primavera florida....

En medio de su vida sobresaltada y trágica, Rollinat abrevó su sed desesperada en frescas cisternas y oreó el sudor de sus angustias bajo la sombra esmeragdina de frondosos oasis.

Blanco cartujo, trapense austero, alabó á Dios mientras cavaba su fosa, y cuántas veces desgranó su negro rosario y arrojó en los surcos propicios las cuentas de ónix transmutadas en semillas fecundas!

Así surgió ese admirable libro que tiene algo de las geórgicas virgilianas y muchos de las «Fioreti» de San Francisco de Asís, loas á la planta, á la nube, al insecto, á la mujer y á la bestia, libro de ingenuidad primitiva y de monstruosidad gótica, donde estriden las cigarras húmedas y se desmallan las pastoras urentes. Ese libro, titulado simplemente «La Nature», suscitó la admiración de Sully Prudhure, que lo encontró digno de ser comparado á la obra inmortal de Lucrecio: «De Natura rerum».

Duerme, hermoso poeta, bello poeta, cuya hermosura ardiente y fúnebre parecía; según la frase de D'Esparbés, robada á la poesía profana y á la música sagrada. Duerme, «Negro-Cisne de las Melancolias y las Angustias». Duerme, numen infernal y delirante, y séate grato el supremo holocausto que te hace mi vida entenebrecida y radiosa por las virtudes de tu genio.... que mi Juventud, por ti ensalmada, por ti embovedada de amor; que mi Juventud, que conoció la Cruz de todas las pasiones y el terror de todos los claustros; que mi Juventud, mártir de todos los amores, defraudada por todos los ensueños, duerma junto á ti, sobre la misma piedra tombal, juntando su mármol blanco y sangriento á tu grave mármol enlutado....

Porque contigo, oh Numen desaparecido, murió mi Juventud, mi Juventud difunta, que nunca volverá sobre la tierra....





LA GUERRA RUSO-JAPONESA: Irripesión de cosacos en una aldea manchuriana





## JULIETA

—  
POEMA

I

Aquel punto de luz de su pupila  
bajo el arco de seda apenas oscila  
con la postrer irradiación de un astro;  
y aquel seno ideal, globo de rosa,  
como un planeta sin calor, reposa  
en el inmóvil cielo de alabastro.

En su pálida boca, donde agita  
el ruego su ala de oro, se marchita  
un ramillete de fragantes lirios;  
hierve la sangre bajo el mármol griego,  
y empujados por ráfagas de fuego  
se agolpan en su cráneo los delirios.

Surge á su frente desolada y mustia  
la palidez de la suprema angustia;  
bronco estertor en su garganta estalla,  
y sumergida en hondas transparencias  
balbuce como un ave incoherencias,  
mira á los cielos, se estremece y calla!.....

Se fué como un aroma!.....Su clausura  
rompió aquella alma virginal y pura,  
y al dejar los ya míseros despojos  
parece que murmura:  
—«Para adornar mis tocas funerarias  
oh, labios, deshojad vuestras plegarias!  
oh, perla del dolor, tiembla en los ojos!»

El hijo de María,  
pendiente de la cruz, junto á la muerta  
el doloroso cuadro presidía.  
En su pupila inmóvil, siempre abierta,  
no brilla ni una lágrima. Las rosas  
que pusieron allí manos piadosas  
más blancas se volvieron;  
más tristes los blandones se tornaron;  
los ojos de llorar se enrojecieron;  
las bocas de rogar se fatigaron,  
y el Hombre—Dios, pendiente  
de la mística cruz, indiferente  
permanece al pesar!.....¿Por qué, Dios mío,  
ves como ves, y, como yo, no riegas  
ese montón de carne hermoso y frío?  
Yo sé que tus pupilas están ciegas!  
¿También está tu corazón vacío?

¿Por qué te la llevaste?.....Si fué cierto  
que dijiste:—*Levántate!* y un muerto  
de la tumba se alzó; si tu palabra  
es milagrosa aún, haz que á la estrella  
vuelva la luz, que abra  
la flor, ya mustia, de la vida en ella.  
¿Lo harás?...Yo creo en tí!...Mas vano empeño;  
sé que mi pesadumbre es infinita.....  
El prodigio de Lázaro es un sueño!  
La virgen de mi amor no resucita!

II

Mas ¿cómo pudo ser?  
Cándida y buena  
no quisiste romper los eslabones  
de la dulce cadena  
que ató nuestros amantes corazones  
y moriste de pena.

El mal te aconsejó:—  
—«Hay una fuente  
en cuya onda clara y transparente  
se apagará el afán que te consume:  
bebe en ella.....Tu espíritu abatido  
del raudal en que tantos han bebido  
emergerá sin que el dolor lo abrume:  
olvida!.....»

Y respondiste:

—«Yo no olvido!».....

Y para no olvidar plegaste el broche  
y volaste, lo mismo que un perfume  
á la insondable noche.

Condenaron tu afecto;  
desdafiaron el mio.....

«Pobre insecto,  
en vano aspiras á tocar sus galas;  
no esperes, no, que alumbre  
ese astro para tí: alta es la cumbre  
y débiles los remos de tus alas!».....

Así hablaba el orgullo,  
así me atormentó.....Mas fué un murmullo  
efímero, fué un soplo, una quimera;  
pensé en tu ensortijada cabellera,  
y en tu faz, y en tu beso, y en tu arrullo,  
y en mi pasión, y en mi futura suerte,  
y me sentí más fuerte  
para la lucha impía.....  
Pensé que yo era tuyo, y que eras mía!

III

¿Por qué gimes ahora?  
¿Herirla no te plugo?  
Oh, torpe vanidad, fuiste el verdugo,  
y el verdugo no llora!.....  
Orar!.....Triste blasfemia!  
Como tu llanto tu plegaria sobra.  
La heriste tú, la rematóla anemia!.....  
Solázate en tu obra!.....

IV

Oh, mi dulce Julieta,  
las flores del poeta,  
mojadas en su llanto,  
nunca te faltarán.....El camposanto  
es mi Tebaida, el misterioso abrigo  
donde calmo mi duelo:  
allí pienso que estoy siempre contigo  
y sueño que me besas desde el cielo.

VÍCTOR RACAMONDE.

## DE MI CARTERA

—  
[LIBRO INÉDITO]

CORRECCIÓN

VIII

Falta grave en la expresión de un pensamiento es la anfibología; tan grave, que todo escritor juicioso debe quebrantar las leyes gramaticales, si á ello le obligan las deficiencias del idioma y la imperiosa necesidad de hacerse entender sin la colaboración de sus lectores, esto es, sin que se atenga á que sus lectores adivinarian lo que quiso decir. Desgraciadamente nuestra lengua es pobre de pronombres posesivos: nuestro *su* forma abreviada de *suyo*, *suya*, es harto ambiguo. Denota pertenencia de una cosa, así sea ésta del género masculino ó del femenino: *su* libro, *su* casa; y se refiere á un sujeto de cualquier género y de cualquier número: *su*, de él, *su*, de ella, *su*, de ello, *su*, de ellos, *su*, de ellas; y aunque concierta en número con el sustantivo á que precede: *su* libro, *sus* libros; tal variedad de significados hace que su uso exija la mayor atención. En esto nos aventaja la lengua inglesa.

En un artículo publicado en el número 93 de *La Semana*, leo:

«Nosotros creemos que también los estudiosos pueden intervenir en el proceso sin amenguar *su* interés.»

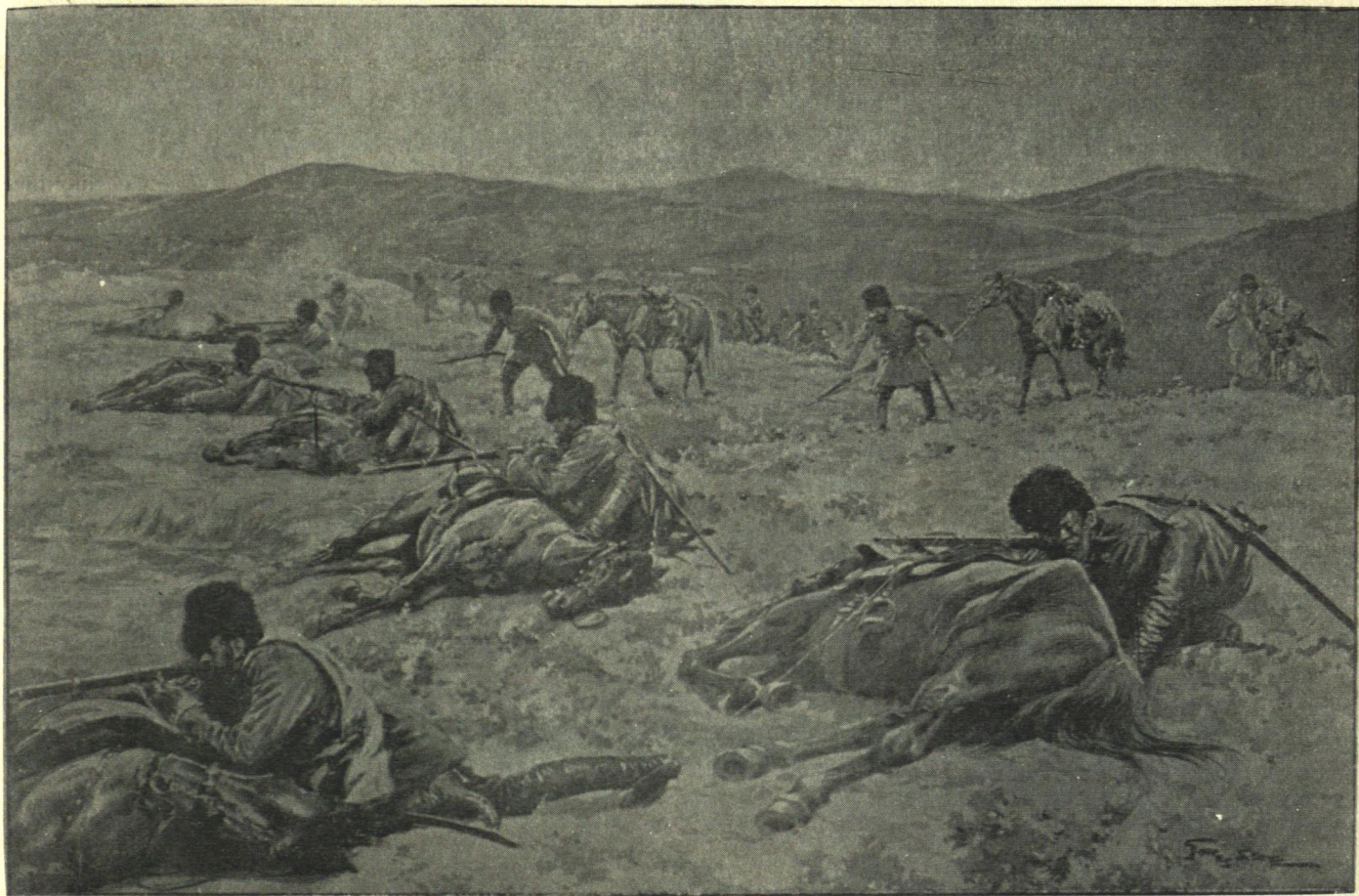
¿*Su* de quién? *Los estudiosos* es el sujeto de *pueden* y de *amenguar*, y por lo tanto el *su* se refiere á *los estudiosos* y no al *proceso*, contra la intención del escritor, según la siguiente regla:

«*Suyo* se refiere ordinariamente al sujeto de la frase: «Concedióle aquel permiso bajo condición y palabra de que había de llevar consigo algunos de sus escuderos.» [Martínez de la Rosa.] ¿Escuderos de quién? ¿Del que concede el permiso ó del que lo recibe? Naturalmente del segundo, por ser éste el sujeto del verbo *llevar*.» ANDRÉS BELLO.

Pero el mismo Bello afirma, y la práctica lo comprueba, que hay casos en que el *su* se refiere sin violencia á un complemento; y por tanto la susodicha regla no es absoluta. De ella no hace mención la Academia, y por lo contrario la niega tácitamente cuando afirma que el lector podría dudar á quien se refiere el *su* de la siguiente oración: «Antonio fue á la hacienda de Rafael en *su* coche.» Según la regla de Bello el *su* se refiere naturalmente á Antonio, único sujeto, y en manera alguna á Rafael, complemento indirecto. Pero la Academia tiene razón; el lector duda, y á la necesidad de que no dude nunca, es á lo que debemos atender con preferencia.

No creo del todo censurable el pasaje copiado de *La Semana*: está el *su* tan inmediato al nombre á que se refiere, y tan al final de la oración, que, aunque estas circunstancias no podrían constituir una regla, la vacilación que produce es instantánea, se desvanece súbitamente, y antes que perjudicar al escritor, revela la ya dicha deficiencia de nuestra lengua en este punto. Anfibológica á causa del mal uso del pronombre *su*, y que no tiene escusa posible, es la siguiente lección del clásico Solís. Viene hablando de la coronación de los reyes mejicanos, y dice:





LA GUERRA RUSO-JAPONESA: Una escaramuza de vanguardia: Cosacs combatiendo como tiradores

«Acabada esta oración, se acercaba [al nuevo rey] con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacía un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendría la religión de sus mayores, que observaría las leyes y fueros del imperio, que trataría con benignidad á sus vasallos.....» [*Conquista de Méjico.*]

Cuando se llega á la palabra *vasallos*, es cuando sabemos que quien jura es el rey y no el sacerdote. En lugar de *y en sus manos*, debía decir: *y en manos de éste hacia el rey un juramento*, etc.

Contra la anfibología apelamos al uso del hipérbaton, pero como esto no es siempre fácil, reproducimos el nombre á que debe aplicarse el *su*, por medio de los pronombres *él*, *ella*, ó de los demostrativos *éste*, *ése*, *aquél*, etc., teniendo muy presente la exacta significación del elemento reproductor, para no caer en otra ambigüedad. Con *éste*, *ésta*, reproducimos el nombre más inmediato; con *aquél*, *aquella*, el más distante; y ambos demostrativos deben preferirse á los pronombres *él*, *ella*, cuando por haber en la oración dos nombres de un mismo género, no podríamos saber sino por el contexto á cual de los dos reproduce el pronombre. Véase esto en la siguiente oración:

«Pronombre es una parte de la oración, que con frecuencia se pone en *ella* supliendo al nombre, para evitar la repetición de éste.» ACADEMIA ESPAÑOLA.—(*Gramática.*)

Malo, anfibológico y feo es ese párrafo.

Su autor quiso que *ella* se refiriera á la oración, pero tal como está, el pronombre reproduce á una parte, una parte de la oración. Lo correcto era poner *ésta* en vez de *ella*; pero como luego venía un *éste*, usado para evitar un *su* deplorable, tan deplorable como el *ella*, el autor se vió comprometido y nos dió un adefesio indigno de figurar en las páginas de un tratado gramatical firmado por la Real Academia. Corrijámoslo así:

«Pronombre es una parte de la oración, que con frecuencia usamos en lugar del nombre, para evitar la repetición de éste.»

El buen sentido es la mejor regla gramatical en estos casos, cuya infinita variedad no cabe en ningún tratado.

El pronombre relativo *quien* se refiere siempre á personas ó á cosas personificadas; tiene su plural *quienes* en el castellano actual; y no porque los clásicos dijeran algunas veces y aun muchas, «Los hombres con *quien* hablé,» nos es lícito decirlo hoy, pese á la *Gramática* de la Academia. En la buena literatura contemporánea es rarísimo el uso de *quien* por *quienes*. Esta rareza y las leyes de la concordancia, hacen de tal uso un verdadero solecismo.

*Quien* puede llevar envuelto su antecedente. Cuando digo: «La persona de *quien* te hablé,» *la persona* es el antecedente expreso de *quien*; pero si digo: «No sé de *quien* son los documentos,» el pro-

nombre *quien* lleva en sí mismo su antecedente: *persona*: no sé de *qué persona* son.

Hay oraciones compuestas de dos ó más proposiciones, en que el pronombre relativo *quien*, con el antecedente envuelto, divide su propia significación en dos partes: la una *complemento* y la otra *sujeto*.

«Bien mereces la esclavitud si besas la mano de *quien* te oprime.»

*Quien* es ahí *la persona que*, sirviendo *la persona* de complemento indirecto de la proposición construida con *besas*, y siendo *que* el sujeto de *oprime*. Conviene tener muy presente esta lección para mayor claridad en el importante estudio siguiente, y el cual reclama grande atención.

El uso del relativo posesivo *cuyo* no ofrece dificultad si nos fijamos bien en la verdadera significación de este pronombre; pero ha venido sucediendo todo lo contrario, á causa de que los señores gramáticos, por lo menos los autores de los textos más generalmente conocidos, son algo deficientes en sus explicaciones. El que mejor las dá es don Andrés Bello, sin que por esto podamos afirmar que agotó la materia; y en cuanto á la Academia, se mantiene en la superficialidad, confusa, vacilante y rematadamente contradictoria.

Antes de poner algo de nuestra cosecha, tratemos de explicar con la posible claridad, las reglas hasta hoy reconocidas por los tratadistas más autorizados.



1ª *Cuyo*, del latín *cuius*, caso genitivo de *quis*, equivale en castellano á *de que*, *de quien*, *del cual*, *de la cual*, *de los cuales*, etc., EN EL SENTIDO DE POSESIÓN Ó PERTENENCIA. No equivale, pues, á *de quien*, *de que*, etc., en oraciones como la siguiente: «Esta es la persona *de quien* te habló;» porque este *de quien* no denota pertenencia, no es genitivo sino ablativo, y por tanto no podemos decir «La persona *cuyo* te habló.» En otra forma: *cuyo* no modifica nunca al sustantivo de que que hace relación, sino á una parte de este ó á un objeto que á éste pertenece, v. gr. «El hombre *cuyas* manos; la mano *cuyos* dedos; el niño *cuyo* sombrero; el sombrero *cuya* cinta.»

2ª El *cuyo* interrogativo se refiere á personas y nunca á cosas: «¿*Cuyo* es este discurso?»; y por consiguiente si se nos ocurre preguntar á qué cosa pertenece otra, no podemos emplear el *cuyo*. Si contraviniendo á esta regla preguntáramos «¿*cuya* es esta rueda?» procurando saber de qué máquina es, nadie nos contestará,—*de tal máquina*—sino,—*de don Fulano*. Esto quiere decir que el *cuyo* interrogativo no significa *de qué*, sino *de quién*. (La Academia no enseña esta lección.)

He ahí todo con respecto á la significación del posesivo *cuyo*, pues lo demás de que hablaremos, se refiere á su construcción.

Ya por no haber entendido bien las precedentes explicaciones, ya siguiendo el ejemplo de vicios que son tradicionales en la literatura española, muchísimos escritores de nota, así españoles como americanos, quitan á *cuyo* la condición de genitivo y hacen de él lo que quieren. Lo más común es modificar con él el sustantivo á que se refiere, y dar á *cuyo* el valor de *este*, *esta*, *el cual*, *quien*, etc., caso nominativo. Con deplorable frecuencia se lee en la prensa de Caracas:

«Dispongámonos á celebrar el 19 de Abril *cuya* fecha. . . .», sin fijarse en que el 19 de abril no *tiene* fecha sino que *es* una fecha.

«Anoche nos visitó un recio temporal, *por cuyo* motivo no hubo zarzuela», (*y por tal motivo*). Lo mismo acontece en los periódicos de España y hasta en libros de indiscutible mérito:

«Aunque la repetición de las palabras da elegancia, es preciso cuidar de que tales repeticiones no sean inútiles; á *cuyo* defecto se llama Batología. GIL DE ZÁRATE.

A *este* defecto, á *tal* defecto.

Pero la causa principal de tales estravíos está en que la Academia no nos ha dado un tratado completo sobre la significación y construcción del posesivo *cuyo*. Las reglas que al principio leímos y las muy pocas referentes á la sintaxis de *cuyo*, no pueden ser más deficientes.

Según se ha dicho, *cuyo* significa *de quien* en el sentido de posesión ó pertenencia. Pero ¿no habrá alguna excepción? ¿Podremos decir *cuyo* en lugar de *de quien*, siempre que esta frase corresponda al caso genitivo denotando posesión ó pertenencia? Veamos un ejemplo:

—¿*De quien* es este discurso?

—*De quien* lo escribió.

Y ahora empleemos el *cuyo*:

—¿*Cuyo* es este discurso?

—*Cuyo* lo escribió.

No; en el primer caso es correctísimo el empleo dado á *cuyo*, pero en el segun-

do es absolutamente imposible, no obstante que el *de quien* reemplazado por él, denota pertenencia. ¿En qué consiste esto? ¿Consiste en que el primer *de quien* es interrogativo y el segundo nó? Veamos:

—¿*Cuyo* es este discurso?

—No quiero decirte *cuyo*. [\*]

Donde se ve que *cuyo* cupo perfectamente en la oración afirmativa como en la interrogativa. ¿Cuál es, pues, la causa?

Existe una diferencia notabilísima entre el posesivo *cuyo* y la frase *de quien*, aun en el sentido de posesión ó pertenencia; porque si *cuyo* puede llevar envuelto su antecedente, no puede llevar nada más, dada su condición de *genitivo*, en que se contiene la preposición *de*; mientras que *quien*, como lo vimos al principio, puede llevar en sí, además de su antecedente, un sujeto que rige al verbo de la proposición subsiguiente y que representamos por *que*.

—¿*De quien* es este discurso?

En este caso el pronombre *quien* lleva envuelto su antecedente y nada más: ¿*De* qué *persona* es este discurso? y podemos sustituirlo con el genitivo *cuyo*:

—¿*Cuyo* es este discurso?

Pero cuando á esa pregunta respondemos:

—*De quien* lo escribió,

este *quien* significa *aquel* *que* ó *la persona* *que*, y por consiguiente, además de llevar envuelto su antecedente *aquel* ó *la persona*, contiene en sí un *que*, sujeto de *escribió*: Este discurso es *de la persona* *que* lo escribió.» Imposible sustituir en este caso la frase *de la persona* *que* con el simple genitivo *cuyo*. Si en lugar de esa respuesta damos la otra:

—No quiero decirte *de quien*,

*quien* no lleva envuelto *mas* que su antecedente, y éste, en el propio caso genitivo, que equivale á *cuyo*:

—No quiero decirte *cuyo*.

En conclusión: *cuyo* es pura y simplemente un *genitivo*, y como tal no puede reemplazar á *de quien* cuando en esta frase se contiene algo más que un simple *genitivo*. Esta regla no tiene excepción.

Desde luego que el pronombre posesivo *cuyo* lleva siempre implícita la preposición *de*, característica de *genitivo*, es claro que el antecedente que suele llevar envuelto está regido de esa preposición, caso genitivo, en el cual ningún nombre puede ser sujeto de la misma proposición. Así, pues, ni puede llevar en sí aquel *que* de que hicimos referencia, sujeto de una proposición subsiguiente, ni puede convertir en *sujeto*, *nominativo*, el antecedente que suele llevar envuelto.

«*Aquel*, cuyos eran los documentos, se fué para Londres.» Ese sujeto expreso *aquel*, no puede nunca jamás ir envuelto en *cuyo*. Decir: «*Cuyos* eran los documentos, se fué para Londres», es construir bárbaramente quebrantando no una sino varias leyes de la sintaxis castellana. «*De quien* eran los documentos *se fué!*» ¿Acaso un complemento indirecto puede poner en movimiento al verbo de la proposición? ¿Acaso un nombre en el caso genitivo puede ser sujeto? Pues si un nombre en genitivo puede ser á la vez nominativo, no hay por qué negarle el mismo derecho á los demás casos complementarios, y ya podemos expresarnos así:

«*A quien* tanto amas, está enfermo.»

—

[\*] La respuesta es un verso de Calderón.

«*Cuyo* libro he leído, es un buen escritor.»

«*Con lo que* labras tus tierras, se fabrica en Europa», etc., etc. Y en este caso lo mejor será romper la Gramática. ¿Para qué la hemos menester?

Pero no combatamos antes de acabar nuestra exposición.

Otra regla gramatical dice que entre *cuyo* y el sustantivo por él modificado puede colocarse un adjetivo ó un epíteto de cualquier especie, v. gr. «La niña *cuyos hermosos* ojos; *cuya bien cultivada* inteligencia». Yo encuentro que esta regla no puede ser general. El posesivo *cuyo* contiene en cierto modo la idea de *totalidad* que no existe en las frases *de quien*, *del cual* etc., pues cuando digo: «La mano *cuyos* dedos», me refiero necesariamente á *todos* los dedos de la mano, y si digo: «La mano *cuyos tres* dedos», expreso disparatadamente que las manos no tienen sino tres dedos. Lo mismo viene á ser con varios otros adjetivos, entre éstos, los indeterminados *alguno*, *ninguno*. «La mano *cuyos algunos* dedos están atrofiados», y «La señora *cuyo ningún* hijo ha muerto», son puros desatinos.

Conviene ahora recordar al lector que el vocablo castellano *cuyo*, tiene dos acepciones muy distintas entre sí. En la primera es adjetivo relativo posesivo, ó llámesele pronombre, al cual convienen todas las reglas estudiadas hasta aquí; y en la segunda acepción es *sustantivo masculino*, que solo se usa en el lenguaje familiar, y que significa *galán*, *amante*, *novio*. (Véase cualquier diccionario castellano.) En esta acepción, y DE NINGÚN MODO en la otra, es en la que el vocablo *cuyo* puede llevar artículo, definido ó indefinido:

La pobre niña,  
pasado el susto,  
se fué á la iglesia  
con grande apuro  
y á San Antonio  
pidióle un *cuyo*  
que no tuviese  
defecto alguno.  
¿*Cuyo* sin blanca?  
Menguado *cuyo*!

*Pidióle un novio*. Leandro Moratín dice en *El Viejo y La Niña*:

«Pues no digo nada, *el cuyo*,  
Que anda que bebe los vientos  
Y pasa noches enteras  
Hecho un arrimón eterno,  
Aguardando la ocasión  
De ver un postigo abierto  
Por donde doña Rosita  
Le diga: «Ce caballero».

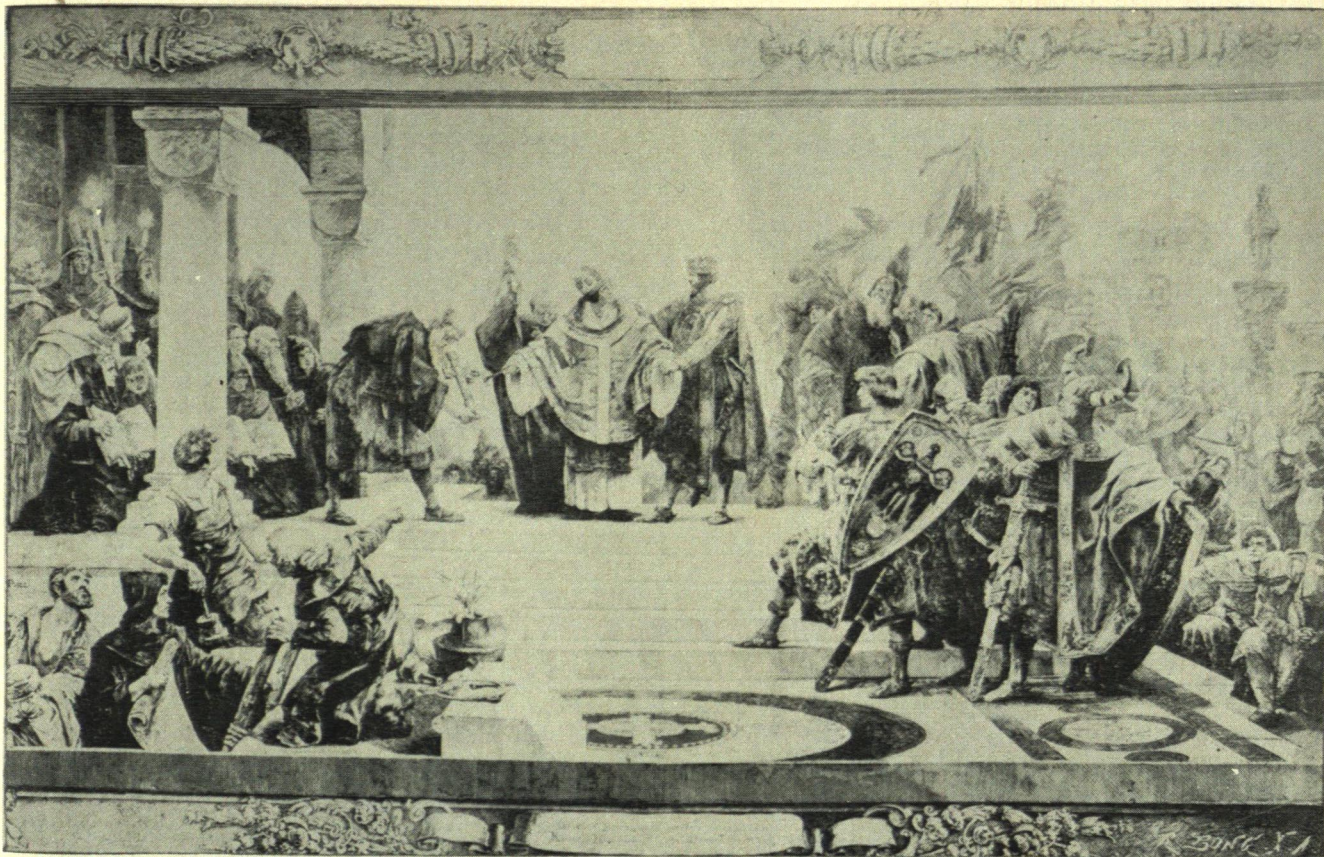
Y no es invención de nuestros días la del sustantivo *cuyo*. En el siguiente ejemplo del siglo XVI, *cuyo* significa *galán*:

¿Yo horro siendo de *un cuyo*  
Tal cual quien me cautivó?

BALTASAR DE ALCAZAR.

Quando la Academia dice en su *Gramática*, (pág. 58) que *cuyo* *va siempre sin artículo*, ha debido tomar en cuenta la segunda acepción del vocablo *cuyo*, y explicarla claramente para evitar confusiones que nos ponen en grandes aprietos á los que no sabemos gramática y deseamos aprenderla.





El Obispo Bernward recibiendo al Emperador Enrique II. — Por H. Prell

Pero el gran pecado de los inmortales en el estudio que nos ocupa, consiste en la imperdonable, incalificable, incomprendible aberración de dictar una regla y autorizarla ó ilustrarla luego con ejemplos enteramente contrarios. Sabe la Academia según lo declara aunque confusamente declarado, que el pronombre *cuyo* «no es en último resultado sino el genitivo latino *cuius*»; sabe que «en castellano equivale á *de que* ó *del cual*, indicando siempre posesión ó pertenencia»; sabe que «*implícito* lleva en sí el *de* característico de *genitivo*» y que por tanto no puede nunca, en ningún caso, por ningún motivo ser *nominativo*, regir al verbo, servir de *sujeto*. Y no obstante todo eso, llegado el momento de presentarnos algún modelo, se entusiasma ante un antiguo uso que en el castellano actual resulta desatinado y exclama:

«Con qué ingenio, galanura y propiedad nos dice el antiguo poeta:

Esclavo soy pero *cuyo*  
Eso no lo diré yo,  
Pues *CUYO* SOY ME MANDÓ  
No dijese que era suyo

«Soy esclavo, pero no diré *de quien*, porque *la persona de quien lo soy me lo ha prohibido.*» Igual corrección y exactitud gramatical tienen las expresiones.....»

Esto es llevar el desacierto al desvario, al delirio. Como lo ve el lector, el primer *cuyo* es correctísimo: significa puramente *de quien* en el sentido de pertenencia, y por tanto está desempeñando su propio oficio de *genitivo*. Lleva envuelto su antecedente, *persona*, y este antecedente está, como es ineludible, en

el caso *genitivo*: «Esclavo soy, pero no diré *de quien*, *de qué persona*. Pero el segundo *cuyo*,

*Cuyo* soy me mandó es un disparate que, como ya digimos, quebranta, no una, sino varias reglas de la sintaxis castellana. La misma Academia se encarga inconscientemente de hacerlo palpar, cuando traduce los dos últimos versos así:—«Porque *la persona de quien lo soy me lo ha prohibido*. Ah! ¿conque el pronombre posesivo *cuyo* puede significar todo eso? ¿No explica y vuelve á explicar, repite y vuelve á repetir la Real Academia, que *cuyo* no es más que un simple genitivo equivalente á *de quien* ó *de qué*? He aquí sus palabras:

«*Cuyo* denota siempre idea de posesión; equivale á *de que*, *de quien*, *del cual*; y concierta en género y número con la cosa poseída, SIN QUE POR SÍ PUEDA NUNCA SERVIR DE NOMINATIVO Ó SUJETO DE LA ORACIÓN.»

Y sin embargo nos presenta como un modelo de *ingenio*, *galanura*, *propiedad*, *corrección* y *exactitud gramatical*, aquello de

Pues *cuyo* soy me mandó  
No dijese que era suyo,

donde *cuyo* es *nominativo* ó *sujeto* del verbo *mandó*, á la vez que *genitivo* ó *complemento* de *soy*. *La persona de quien soy me mandó*. *La persona*, *nominativo*, es el sujeto que rige al verbo *mandó*, y *de quien* es el *genitivo*, *complemento* de *soy*. ¿Conforme á qué regla gramatical se puede contener todo eso en el simple *genitivo* *cuyo*? Y luego ¿cuánta corrección y exactitud gramatical:

*Cuyo* soy me mandó!

¿*Cuyo* hijo murió está muy triste!  
¿*Cuyo* libro he leído es un buen escritor!  
¿Qué corrección y exactitud... académicas!

Tiene la *Gramática* de estas inmortales criaturas su más digno trasunto en *El Castellano en Venezuela*. Este libro que parece haber sido escrito con el solo propósito de aquilatar en lo posible los errores de la Real Española y ponerles encima muchos más, hace el estudio del posesivo *cuyo* del mismo modo que hace todo estudio gramatical; al revés. Censura á don Andrés Bello y á Fray Luis de León, por no haberlos entendido, y autoriza las reglas con ejemplos más desatinados todavía que el de la Academia, como lo veremos al final.

Bello define con toda exactitud el relativo posesivo *cuyo*, é ilustra su definición con los ejemplos siguientes: «El árbol *cuyo* fruto comimos; á *cuya* sombra estábamos sentados; *cuyas* ramas nos defienden del sol; *cuyas* flores perfumaban el aire». Y luego de darnos esos ejemplos, en que *cuyo* precede inmediatamente al nombre, nos advierte que:—«*Cuyo* puede separarse del sustantivo que modifica, cuando es predicado: «El caballero *cuya* era la espada.» Y sin embargo, *El Castellano en Venezuela* le acusa de ¡rechazar el uso del pronombre *cuyo* en inmediata anteposición al sustantivo! ¿Cuándo rechazó tal el insigne maestro?

Figura tan gratuita acusación en las páginas 91 y 92 del mencionado libro, y tiene la circunstancia agravante de que su autor dice apoyarse en un tratado de sintaxis, creo que inédito, escrito hace



más de veinte años por don Manuel Fombona Palacio que acaba de morir en la flor de la edad. Indudablemente este eximio estilista, encanto de las musas, y luz y gala de la Diplomacia venezolana, se refería á ciertas excepciones apuntadas por Bello, en el uso del *cuyo* INTERROGATIVO; y *El Castellano en Venezuela* interpretó mal, extractó peor y formuló la enormidad.

Fray Luis de León dice: «Quién pudiera prometer esto sino Dios? «¿Cuyo poder se extendiera á tan grandes cosas sino el de Dios?»

Este *cuyo* significa *de quien*, tiene el sentido de posesión ó pertenencia, es un legítimo genitivo y por consiguiente es correcto: «¿El poder *de quien* se extendiera... sino el poder *de Dios*?» Lo que hay es que el *cuyo* interrogativo no se usa hoy sino en predicados que modifican al verbo *ser*: «¿Cuya es esa casa?» «¿Cuyo es ese buque?» Bello lo explica así y se apoya para ello, no en ley alguna de la sintaxis, sino en el uso corriente de nuestros días, y agrega:

«No creo que sean aceptables *en el día* las construcciones. «¿Cuyo buque ha naufragado?» «¿Cuya casa habitas?» «¿A cuya protección te acoges?» sin embargo de RECOMENDARLAS SU PRECISIÓN Y SENCILLEZ y la autoridad de nuestros clásicos:

«Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?»

GARCILASO.

«¿A cuyo servicio está (un hijo) más obligado que al del padre que le engendró?»—GRANADA.»

*El Castellano en Venezuela* rechaza esta observación atinadísima hecha sobre el mejor uso *de hoy día*; dice que Bello *balzona* en esas líneas el verso de Garcilaso!—como si Garcilaso fuera un poeta *de hoy día* ó debiera haber escrito en su siglo cual se escribe hoy, y como si Bello recomendara más bien aquel verso, por su *precisión* y *sencillez*—; y sin embargo, el señor Calcaño condena, por *violento* y *forzado* ó *por forzado y violento*, el correctísimo *cuyo* que figura en el ejemplo de Fray Luis de León, y que no tiene *hoy* más defecto que el apuntado por Bello. ¿Por qué será *forzado y violento* sino porque el *cuyo* INTERROGATIVO sólo se construye con el verbo *ser*?

Pero el colmo está en los modelos con que *El Castellano en Venezuela* nos instruye para el uso correcto del posesivo *cuyo*. Copia desde luego aquel disparatado «Cuyo soy me mandó»; agrega otro del mismo jaez: «Cuyo soy jurado tiene», de los mismos versos de Alcazar, y en que *cuyo* es nominativo, sujeto de *tiene*, á la vez que complemento de *soy*; contra la propia significación de *cuyo* y contra las leyes de la sintaxis castellana; y como si esto le pareciese todavía poco desatino, nos presenta el siguiente MODELO DE PRONOMBRE POSESIVO:

«¿Yo horro siendo de un cuyo

Tal cual quien me cautivó?»

¡Es aquel *cuyo*, precedido del artículo indefinido, SUSTANTIVO MASCULINO que significa GALÁN, y que nada, absolutamente nada tiene qué ver con el pronombre posesivo!!!...

Esto de sentar una regla, é ilustrarla luego con ejemplos enteramente contrarios, es lo mismo que con tanta gracia dice el chispeante pueblo caraqueño:

«Papelón, cañón, ratón, y todos los terminados en *on*, verbi gracia: *cucara-cha* y *cañafistula*».

P. FORTOULT HURTADO.



Centinela japonés á la linde de un bosque

## CONSUELOS

[A mi querida hermana Sara.]

I

Por fin el iris de amor  
Que á nuestro hogar sonreía,  
Trocólo en noche sombría  
La tormenta del dolor.  
Los pesares  
Invadieron nuestros lares,  
Y hoy es nuestro amado nido  
Como un laúd sin sonido,  
Como un bosque sin cantares.

Ya en nuestros bellos alcores  
No entona el ave sus quejas,  
Ni á nuestras doradas rejas  
El rosal suspende flores.

Sobre el piano  
No juega la blanca mano,  
Y duermen sueño de días  
Schubert con sus *Melodías*,  
Y David con su *Herculano*.

Abrió la tumba su seno  
Y á nuestra feliz morada

Robó la madre adorada  
Y el padre amoroso y bueno.  
Qué dolor  
Ver el último estertor  
De seres cuyo placer  
Fué acariciar y querer  
A los hijos de su amor.

Y como rosa temprana  
Que su espléndido atavío  
Salpicado de rocío  
Luce en su primer mañana.  
¡Oh! también,  
Radiante de luz la sien,  
Rindióse á la Parca impía  
El ángel que embellecía  
Las horas de nuestro edén.....

En esas tristes escenas  
Que en vano borra el olvido,  
Cuántas veces he medido  
La acerbidad de tus penas!  
Tú, portento  
De ternura y sentimiento;  
Tú, la hija amante y fiel;  
Tú, libando amarga hiel  
En la copa del tormento!



Tú, que al verte embellecida  
Del cielo con ricas galas,  
Le prestaste á un ángel alas  
Para venir á la vida;  
Para ser  
El orgullo y el placer  
De nuestro hogar, ese templo  
Donde enseñas con tu ejemplo  
La religión del deber!

II

Mas ya tus congojas calma :  
Hay que sufrir con valor,  
Que en la vida es el dolor  
La vestidura del alma.  
Es demencia  
Buscar dicha en la existencia:  
El mundo es campo de ruinas:  
Por eso, cardos y espinas  
Brotan hasta en la conciencia.

Llorar es la ley severa  
En esta triste mansión :  
El mar las lágrimas son  
De la humanidad entera.  
Ese velo  
Con que anochece en el cielo  
No es un juego de la luz :  
Es un inmenso capuz  
Con que el Orbe expresa duelo.

Por extraña anomalía  
Que asombro causa á la mente,  
Siempre por un mismo Oriente  
Surgen la noche y el día.  
De la tierra  
Que tiñe en sangre la guerra,  
Emerge—rica en color—  
La esplendente y casta flor  
Que el más puro aroma encierra.

En el dorado trigal  
Que el sol con sus rayos baña,  
Oculta está la ziz:ña  
Con su tóxico mortal.  
La ternura  
Al alma á veces tortura;  
Apenan grandes favores,  
Y cabe un techo de flores  
Duerme toda sepultura.

Abre, cercada de espinas,  
Su casto seno la rosa;  
La pintada mariposa  
Sale de las viejas ruinas:  
Es tormento  
A veces el pensamiento;  
El amores un delirio;  
Y es la virtud un martirio  
Y otro martirio el talento.

El iris, luz de consuelo  
En la noche del dolor,  
Es á veces precursor  
De la tormenta del cielo.

Rubia aurora  
Que el horizonte colora,  
Baña el campo de pelea  
En el cual la sangre humea  
Y hasta el suelo mismo llora.

A veces hunde el deber  
Al hombre honrado en el cieno;  
A veces se halla veneno  
En la copa del placer.

La oración  
Es á veces perversión,  
Que en medio de santas preces  
Negros delitos á veces  
Trama la imaginación . . .

Tal es este valle humano,  
Donde se esfuma la vida



AVANZADAS RUSAS: Un centinela

Y donde el mal dilapida  
Con omnipotente mano.

Y es virtud  
Sosegar toda inquietud  
Y seguir nuestra carrera  
Hasta hallar en la ribera  
La gran barca: el ataúd.

III

Calma, pues, tu aguda pena,  
Y en la firmeza del alma  
Busca la apacible calma  
Que el rugiente mar serena.

Sin temor  
Hay que enrostrar el dolor,  
Y procurarnos placer  
En el culto del deber  
Y en la gloria del honor.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

Caracas.



## RIMA

—  
Por cada beso tuyo, me decía,  
se enciende un astro en la región vacía!  
Y entonces no creí sus frases bellas,  
porque, pensé, que hubieran en un día  
faltado cielos y sobrado estrellas.

—  
Más tarde:—¡Cada lágrima vertida  
mata un astro!—me dijo conmovida.  
Y no creí sus frases de quebranto;  
porque, pensé, que hubieran en mi vida  
faltado estrellas y sobrado llanto.

—  
Muerto ya el corazón, comprendo ahora  
de aquella alma sensible y soñadora  
las palabras de amor ó de reproche:  
pues de mi triste vida en el derroche,  
yo tuve noches de color de aurora,  
y tengo auroras de color de noche!

F. RIVAS FRADE.





El 29 de enero de 1814 fue una fecha gloriosa para el ejército francés, pues ganó el gran Napoleón la memorable batalla de Brenne contra las huestes aliadas de Rusia, Prusia y Austria.

Los habitantes de Troyes, á donde llegaba el estruendo del combate y que durante el día siguieron con ansiedad sus peripecias, se entregaron á las mayores demostraciones de júbilo al tener noticia de la victoria, y cuando, pocas horas después, el invicto emperador entró en la villa, le dispensaron tan calurosa recepción, que el entusiasmo popular rayó en delirio, degeneró en locura.

En medio de aquel alborozo, nadie recordaba ya un suceso harto sangriento acaecido la noche antes, en que un grupo de furibundos realistas había intentado una ruidosa manifestación de sus ideas, punible por lo inoportuna, y castigada cruelmente en la persona del que aparecía como jefe. Baza mayor, quita menor; enterrado el muerto, nadie pensaba más que en festejar al vivo.

Los rusos estaban acampados á dos leguas escasas de la ciudad, y como se temía que de un momento á otro intentarían sorprender la plaza, todo el pueblo pasó la noche en vela, dispuesto á oponer formidable resistencia.

En el café principal, que transitoriamente hacia las veces de cuerpo de guardia, hallábanse algunos voluntarios engolfados en acalorada discusión, cual si la pólvora flotante en la atmósfera tuviera el privilegio de enardecer su sangre.

—Ni un solo ruso volverá á pasar el Rhin,—decía uno.

—Ni un prusiano, ni un austriaco;—añadía otro.

—Todos ellos dejarán aquí sus malditos huesos,—gritaba un tercero, tremolando al aire sus crispados puños.

—Ya lo creo,—exclamó en tono sentencioso un guardia nacional, entretenido en rellenar la pipa;—como siga el deshielo, entre de poco no quedará ninguno para llorar su derrota. Dios protege á la Francia.

—¡Dios, Dios!—refunfuñó un viejo oficial retirado que, á pesar de los años, conservaba entero su mal genio y buena parte del juvenil vigor.—¡Dios! No conozco á ese caballero.... Decid el Emperador y hablaréis con propiedad. Cuando él no se halla entre nosotros, somos vendidos; mas con él al frente.... ya lo habéis visto, triunfamos en todas partes. Napoleón lo es todo.... Napoleón y la Francia, se entiende. Nada; lo dije y lo repito: hay un Emperador, hay una Patria; pero.... Dios, qué ha de haber Dios!

—Esa Patria no existe; ese Emperador dejará pronto de serlo;—replicó, pesando las palabras y desde un rincón de la sala, á que los presentes dirigieron al

punto sus miradas, un joven de fisonomía simpática, de porte distinguido y cuyo macilento rostro revelaba profunda tristeza. Conociábase en la ciudad como realista convencido, fanático, dispuesto siempre á perder la vida en defensa de su causa, é inseparable amigo del infeliz á quien la intránsito muchedumbre había arrastrado por las calles en la noche anterior.

Algunas personas sensatas, previendo un conflicto, pues sabían que el viejo oficial gastaba malas pulgas, se levantaron con ánimo de intervenir en caso necesario, mientras éste, echando fuego por los ojos, gritaba en són de reto:

—¡Que caerá el Emperador! ¡Que no hay Patria!.... ¿Quién es el bellaco que se atreve á proferir semejantes blasfemias?

Sin descomponerse en lo más mínimo ni desterrar su habitual melancolía, respondió Andrés, que así se llamaba el mozo tan duramente apostrofado:

—¿Por qué me injurias? ¿No son libres las opiniones? Vos adoráis al Emperador y á mí me sucede lo contrario. Ambos hemos hablado conforme nos dicta la conciencia. En cuanto á la Patria... comprendo que idolatráis á la vuestra, si os ha dado gloria, fortuna, felicidades; pero la mía....

—¿Por ventura no sois francés?—repuso en tono despreciativo su contrincante.

—Lo soy, porque nací en Francia; mas nada la debo, como no sean desengaños feroces, cruentos martirios. La Francia en que nací me ha robado los bienes que legítimamente poseía; ha asesinado, con salvaje ferocidad, á todos los seres que yo amaba.... Ayer mismo, he visto despedazar en su nombre al amigo más querido.... ¡Oh! También yo lo dije, y lo repito: no hay Patria; ¡no la hay!

En realidad, el desventurado Andrés era digno de compasión, y así lo reconoció el auditorio, excepción hecha del exaltado imperialista, que, incapaz de contener su coraje, soltó el dique á la lengua, prorrumpiendo en formidables juramentos y soeses imprecaciones.

—¡Cien bombas! ¡Voto á mil legiones de demonios! ¡Rayos y....!

Un trueno, infinitamente más recio que los que iban á salir de su desenfrenada boca, impidió que terminara la frase. La voz exténtorea del cañón anunciaba á los vecinos de Troyes que, según se temía, el enemigo había intentado una sorpresa contra la ciudad.

Acto continuo difundióse la alarma y desde el más grande al más chico se lanzó el vecindario á la calle, profiriendo destemplados gritos de:

—¡Los rusos! ¡Los rusos! ¡A las puertas! ¡A las murallas!

Cuantos se hallaban en el café se apresuraron á coger su respectivo fusil. Lo propio hizo el viejo oficial; pero, al empuñar el suyo, se encontró con que An-

drés se le había anticipado. Miróle desdenosamente y murmuró, pugnando por arrebatarlo:

¡Por vida de....! ¡Soldad! ¿Para qué quiere armas quien reniega de su Patria?

En el rostro del joven asomó el rojo color de la vergüenza; callóse, abrió la mano y el fusil quedó en poder de su dueño.

Después, rápido como el pensamiento, corrió Andrés á la sala del billar, se apoderó de un taco roto y, blandiéndolo á guisa de sable, se puso á la cabeza de unos pocos voluntarios, repitiendo automáticamente con cuanta vehemencia permitían sus débiles pulmones:

—¡A las puertas!.... ¡A las murallas!

El combate no pasó de simple escaramuza. Los rusos comprendiendo la inutilidad de su tentativa, emprendieron ordenadamente la retirada, sin ser hostilizados por los franceses, pues Napoleón, que esperaba refuerzos para tomar la ofensiva, había dispuesto que no salieran del recinto atrincherado.

No obstante esta consigna, muchos de los voluntarios, por ignorarlo acaso, ó porque, como á tales, se juzgasen exentos de cumplirla, dejáronse llevar de su bético entusiasmo y con temerario arrojo corrieron en persecución de los fugitivos hasta alcanzar á los rezagados.

Contábase entre los desobedientes el genial veterano para quien no existía más Dios que Napoleón.

Reaccionáronse los cosacos, al considerar la inferioridad numérica de sus perseguidores y, haciéndoles cara, se lanzaron sobre ellos con salvaje ferocidad. Eran cincuenta por lo menos, y los franceses no pasaban de una docena.

## II

Ante una desproporción tan grande la lucha era imposible, y los intrépidos voluntarios tocaron los funestos resultados de su imprudencia, quedádoles únicamente el triste consuelo de morir matando. Uno á uno fueron mordiendo la tierra, después de sembrar en torno suyo el espanto y la muerte.

Ya sólo y milagrosamente manteníase en pie el viejo oficial, sin aliento casi y rodeado de enemigos, cuando del lado de la ciudad sonó una nutrida descarga que puso á éstos en precipitada fuga, juzgándose atacados por fuerzas superiores. Pero antes de huir, el cosaco más próximo al veterano, aprovechando un descuido de éste, tiróle una terrible cuchillada á tiempo que se interponía, recibiendo el golpe fatal, el jefe de otro pequeño pelotón de voluntarios, que á todo correr, aunque tarde, por desgracia, acudía en auxilio de sus compañeros.

Ambos cayeron á la vez; el joven, porque joven era el improvisado defensor, con el pecho atravesado de parte á parte; de rodillas el viejo y sosteniendo la cabeza del herido, en quien reconoció al infeliz Andrés.



—¡Vos! ¡Vos!,—balbuceó en el colmo de la sorpresa y mostrando un profundo dolor, en que entraba por mucho el remordimiento.—¡Vos, mi salvador!

—Yo, sí,—murmuró el moribundo, cuya sangre se escapaba á chorros por la herida.—No quisisteis confiarme vuestro fusil y he tenido que arrebátárselo á los rusos... Tomadle... ¿Para qué me sirve, si voy á morir?

—¡A morir!,—repitió el veterano, estremeciéndose á pesar suyo.—¡Oh, fuera horrible!

—Y es justo,—añadió Andrés, falto ya de fuerzas y cadavérico el semblante.

—Blasfemé... y el cielo... me ha... castigado. Pero muero contento... porque... muero por la... Francia... y en... territorio... francés. Os ruego... que... me enterréis... aquí; aquí... mismo. El hombre... se debe á... la Patria... hasta... después de... muerto. ¡Adios!... ¡Adios!

Estas últimas palabras causaron en el viejo oficial un efecto indescriptible. Deshecho en lágrimas, dejando salir de su pecho los mal reprimidos sollozos, aferrándose desesperadamente á aquella existencia próxima á extinguirse, exclamó, presa de febril exaltación:

—¡No; adiós no!... Decid hasta la vista, hasta luego... hasta muy pronto, quizá; pero adiós no... ¡Nuestra separación no puede ser eterna!... Debe existir otro mundo, en donde los valientes y los buenos vuelvan á encontrarse. ¡Ha de haber un más allá! ¡Una segunda vida!... ¡Oh, sí! lo reconozco; lo creo, amigo mío: ¡hay un cielo!... ¡hay!...!

Abrió los ojos el moribundo, hizo un esfuerzo inútil para incorporarse, y sus negras pupilas, veladas por la muerte, fijáronse tenazmente en el anciano, como instándole á que completara ya su pensamiento.

Entonces el viejo soldado de Napoleón, comprendiendo la elocuente súplica de aquella postrer mirada, descubrió su encanecida cabeza con respeto, elevó su temblorosa mano á la bóveda infinita, cubierta ya de estrellas, y añadió en tono solemne, revelador del más firme, del más hondo convencimiento:

—¡Hay un Dios!

Los voluntarios á quienes momentos antes capitaneaba el malogrado Andrés, cayeron de hinojos en torno de su cadáver, compartiendo el dolor del arrepentido ateo... que rezaba... por primera vez en su vida.

Pocos días después, el 18 de febrero, sucumbía el bravo comandante en la sangrienta batalla de Montereau, ganada á los invasores de Francia por Napoleón en persona.

### III

En los alrededores de Troyes existe todavía, entre copudos árboles y formada por descomunales peñascos, una pequeña gruta que presta seguro abrigo contra las tempestades á las gentes del país, y de cuyo accidentado fondo sobresale una piedra planeada, con apariencias de lápida funeral, en la que, pese á la acción destructora del tiempo, se ve esculpida una cruz y se lee, no sin algún trabajo, esta inscripción:

1814. Delante del extranjero, nadie reniega de la Patria  
En presencia de la muerte, nadie reniega de Dios.

SALVADOR CARRERAS.



AINO ACKTÉ EN "ALCESTE".—Cuadro de A. Edelfelt

## AINO ACKTÉ

De la Grande Opera.

Ainó Ackté, lirio del Norte,  
Ainó Ackté, gran rosa-té;  
sueño de los fiords, consorte  
de los vikings.—Ainó Ackté:

Ducal arriño de Suecia,  
flor de hielo, alburas de  
las *inmortales* de Helvecia,  
ojos de azul.—Ainó Ackté:

En su garganta de cera  
esconde al ruiseñor que  
oía Luis de Baviera  
entre la nieve.—Ainó Ackté:

Es la blanca *Sinfonia*  
del viejo Theo Gautier.  
Ainó Ackté: Quién fuera un día  
amado por Ainó Ackté!

AMADO NERVO.





## EL LIBRO ACTUAL

EL AGUA PROFUNDA (1)

ÚLTIMA POESÍA

I

Decía cierto enciclopedista burlescamente de Voltaire, en lo más encumbrado, entonces, de la fama de éste:

«Tiene por doscientas mil libras de gloria; y sin embargo, de muy buenas ganas desearía tener por dos sueldos más, aunque fuera...»

Debería consolar este epigrama, hoy y siempre, y una vez por todas, á esa cáfila de envidiosos que pulula en torno de los artistas célebres; de aquellos á quienes el grandilocuente Balzac denominaba imperialmente, «los mariscales de la literatura,» pero á los que nuestros días de caminos de hierro y de tranvías llama sencilla y democráticamente, los «advenedizos,» ó mejor, quizá, los «oportunistas.»

Si en nuestra época, ninguno de ellos tiene ni el genio ni el prestigio de Voltaire, todos tienen de común con el hombre de las doscientas mil libras, esto: «que con muy buena voluntad quisieran tener por dos sueldos más, aunque fuera...»

¿Y qué son estos dos sueldos de gloria?—Son: la carta, por banal que sea, del pordiosero de autógrafos; es la misiva,—abundante en faltas de francés,—de la desconocida que implora un consejo para el estado de su alma; es el elogio de una hoja volante del Barrio Latino ó de Montmartre, de la que se han tirado veinte ejemplares; y menos todavía qué todo eso: es ver su nombre en letra de molde en cualquier artículo de un diario cualquiera. Llega á faltarle al pobre «mariscal de la literatura,» uno, —no importa cuál sea,—de esos signos de popularidad, y comienza el infeliz á dudar de su mérito y valimiento. El «oportunista» dice para su colete, que aquel halagador epíteto puede á la vez significar muy bien, que «ya no está en auge, él,» y que sus buenas horas van pasando.

Justamente es éste el momento que escogen los Apaches, tunos y belitres de la crítica hiriente, para lanzarle un dardo agudo, es decir, una palabra, pero la más cruel que registra el diccionario para esas sensibilidades femeninamente vanidosas; héla aquí: «Desmodado!...»

Si el escritor fuera avisado, sabría que los Apaches no son sólo unos pillastres, sino que son también tan perspicaces, que no pierden tiempo ni gastan tinta en atormentar repulaciones muertas y obras concluidas. El escritor en cuestión debe saber, que es el silencio que observen ellos, ó el elogio que hagan, lo que ha de temerse como el certificado de una definitiva decadencia que ya no excita la envidia, ni siquiera provoca mal humor. Empero, el escritor no es entendido; y presenta cándidamente el pla-

tillo, para recibir los tan ansiados «dos sueldos de gloria,» que cree le arrojarán en él.

Al efecto, recoge,—si es un crítico,—los artículos de sus veinte años, reimpresos con comentarios; y si es poeta, reúne los versos bosquejados en los bancos del colegio. Una tarde, de paseo, se acerca á unas vidrieras de muestrarios, donde ve, sobre un volumen formado de esa manera, flamear el título tradicional, de: «Acaba de salir de la prensa:» y es esto sólo como el balance de su esfuerzo supremo. Por cierto que no se trata ya de dos sueldos de gloria; se trata apenas de un céntimo; pero nuestros hombres lo saben, y prefieren este céntimo de favor mezquino, al para ellos, tan tremendo olvido.

\* \*

Aunque esta verdadera enfermedad moral, con sus faces, ya cómicas, ya trágicas, no llegue á la mayor intensidad sino en la tarde de la vida, no dejan de aparecer, á veces, los primeros síntomas, inmediatamente después de los cuarenta, ó sea, de esa edad en que nuestras vitales energías comienzan á sufrir cierta ligera detención, que se convierte no muy tarde, mañana mismo, si se quiere, en completo decaimiento.

Y así aconteció en el pasado invierno á uno de los que pueden llamarse, verdaderamente, hijos mimados de París; al afortunado Renato Vincy, á quien todos nosotros conocimos,—todos sus contemporáneos,—cuando llevaba, tímido y preocupado á la «Comedia Francesa,» en 1878, (tenía entonces veinticinco años, ¡parece que fuera ayer!) su pequeña composición en un acto y en verso,—como las hacían todos sus colegas,—llamada *Sigisbeo*, patrocinada por el que fue en este mundo, Claudio Larcher. Y hoy, ¡qué diferencia! Ha hecho representar más de diez obras, con un alboroto, ruido y vocería cada una, como si á cada cual hubiera agregado un escuadrón de trompetas!

Vivia Vincy miserablemente, con una hermana, casada con un triste y maltrecho profesor. En las sombras y lejos de todo ruido, pasaban sus días, cuando hoy, cuenta, de parte del director de las piezas de teatro, y por la fortuna de su mujer, cien mil francos, no solamente de gloria, sino lo que es más reconstituyente, de renta.

El primer sillón vacante en la Academia francesa, es para él, si consiente en presentarse, porque hasta ahora ha tenido siempre la coquetería de abstenerse. Es además, Oficial de la Legión de Honor, y, antes que el más joven y más feliz autor de Cyrano, ningún rimador de composiciones en verso había contado por sus borradores de dramas y comedias, una cifra de «miles» tan elevada.

Pero llegó el autor de Cyrano, y resultó: que en 1897, el *Savonarola* de Vincy, dado en el Odeón, no produjo entradas; que en 1898, su colección de versos: *Vents du Large*, fue duramente criticada por las revistas más desapasionadas; que en 1899 su *Anibal* fracasó en el Teatro Francés, y en 1900 su drama original *Couleur du Temps*, no fue recibido en la «Comedia,» sino después de haber sufrido varias y severas correc-

ciones, aun en el mismo «Teatro de la Comedia!...»

¿Y se quiere más para explicarse, cómo al presentarse el «joven é ilustre maestro,»—como continúan llamándolo los periódicos,—desaparecen veinte años de favor? ¿Cómo se borran, de súbito, veinte años de éxito, ferrozmente custodiados en todas las ferreterías literarias, digamos así, por aquél que lleva hoy hilos de plata en cabellos que fueron rubios un tiempo, y en quien, ya, cuarentón, ha venido el porte obeso de un prebendado, á reemplazar el esbelto cuerpo del autor de *Sigisbeo*?

¿Qué te parece?, le había dicho con la más hipócrita bonhomía, su rival, el romancista dramaturgo Santiago Molán, que, intencionalmente había ido á visitarlo al siguiente día, después de la decisión del Comité: á nuestra edad, amigo, el hombre no es feliz. Y ya sabes que esta es opinión de uno más grande que nosotros.

Ese «nuestra edad,» más que todo, había herido al poeta en lo más vivo. Se encogió de hombros con la misma falsa bondad de Molán; pero, sintiendo sobre él la mirada escrutadora de éste, semejante á la del Inglés cuando sigue al domador para verlo devorar por los leones, se rebeló su orgullo.

—Ya no pienso más en eso, replicó. Estoy enteramente consagrado á mi última obra.

—¿Estás haciendo un nuevo libro?—preguntó Molán.—Bravo, querido. Y continuó, siempre en su tono de ironía cordial:

—¿Ya tienes el título?

—Todavía no, respondió Renato; pero tengo mucho más, y mejor. El libro está terminado....

—Lo miró de nuevo el amigo, con tal chocarrería y curiosidad pintadas en sus pupilas de mal colega, que distintamente podía leerse en ellas:

—Ah! ¿No será que lo has copiado?... Pero, no dijo más que un ah! sin comentarios, y luego, calló completamente.

\* \*

No hay duda que la indiferencia es una variedad de castigo de las más mortificantes. El silencio había acabado de precisar en el autor chasqueado de *Couleur du Temps*, una resolución que apenas había sido esbozada en su espíritu ya hacía tiempo, pero ante la cual retrocedía. Mas, como á las veces sucede, la palabra, anticipándose casi á su pensamiento, habíalo repentinamente acercado á la acción y al hecho.

Tal proyecto de volumen anunciado á Molán, como definitivo, no había sido en sus principios más que como un vago y lejano ensueño. ¿Queréis que veamos retrospectivamente algunas de sus faces? Hagámoslo; que acaso presten ellas algo de lo patético á este dramita de conciencia, al cual sirven estas reflexiones de prefacio.

En la semana siguiente á la primera representación del *Anibal*, Vincy, colérico por las críticas que se dirigían contra la armazón muy erudita de sus versos, exclamó:

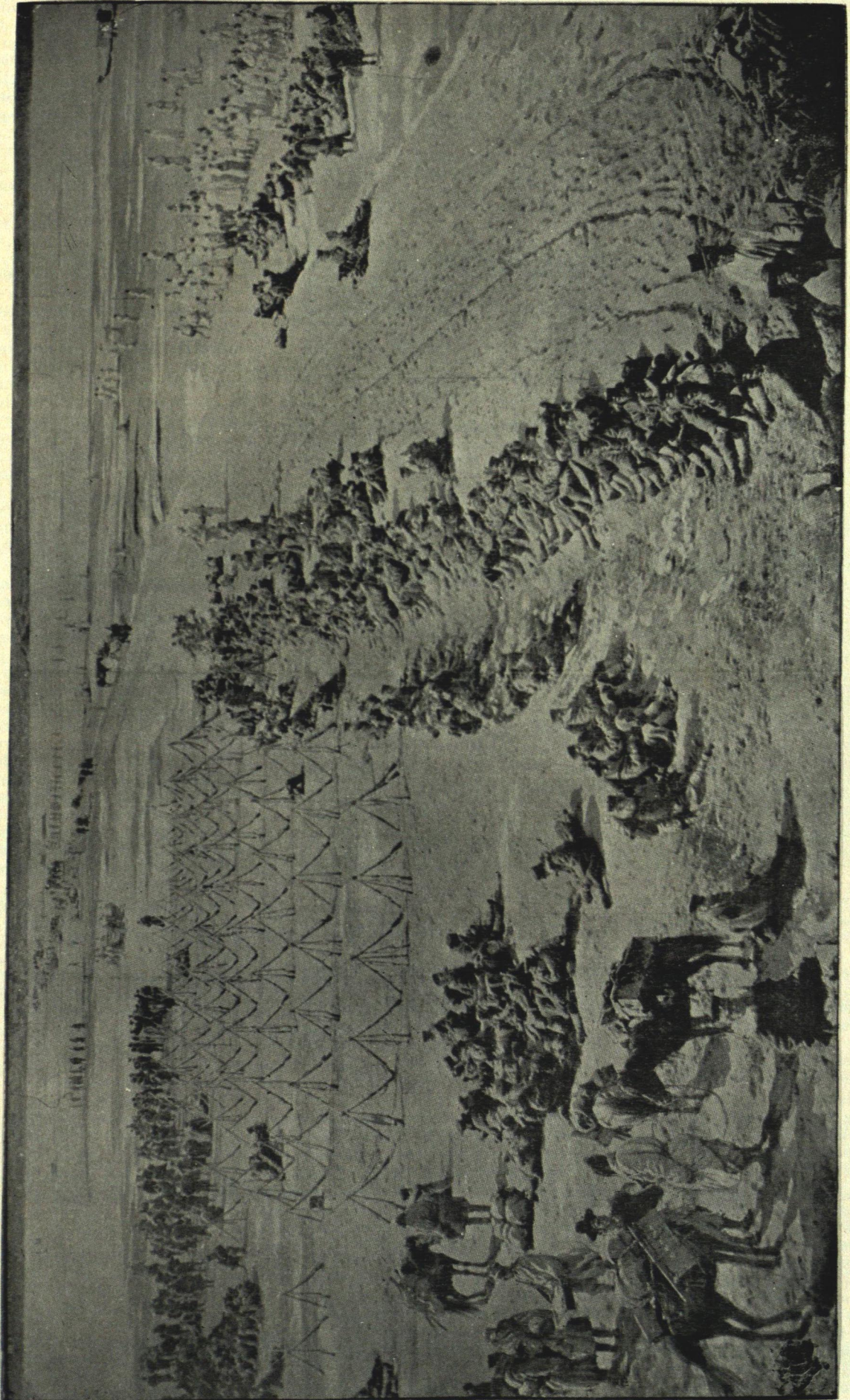
—¡Muy erudito! Pues bien. Voy á darte un manojito de poesías íntimas!...

Y en el instante comenzó la busca en el interior de las gavetas y armarios.

Así buscando, habíase encontrado con

(1) Con este título publica el afamado escritor Paul Bourget, un romance seguido de una colección de novelas, entre las cuales, la reciente, intitulada *Ultima Poesía*, nos ha parecido una verdadera obra maestra; uno de los artículos más acabados, más penetrantes y conmovedores que hayan salido de la pluma del escritor.—Lo damos en seguida.





TEATRO DE LA GUERRA : Un regimiento japonés en Ping - Yang, al norte de la Corea



unos treinta trozos ó retazos de obras, tan pronto abandonadas como fueron concebidas bajo la presión del trabajo encargado ó impuesto; bajo la presión de los diversos precios señalados al éxito, precio que tiene por otra parte graves inconvenientes, porque no se participa impunemente de las utilidades de esas respetables casas de comercio, de los grandes teatros, de las grandes revistas, de los grandes periódicos: eso algo cuesta. Utilidades y proventos de industrial, imponen virtudes de industrial; y como la consideración del día del vencimiento del sueldo es lo primero, dista esto mucho de ser favorable á la inspiración.

Guiado por el deseo apasionado del triunfo, que adquiere muchas veces en la naturaleza literaria una infalibilidad de instinto, Renato, después de haber hecho minuciosa visita á los cajones de su escritorio, volvió á cerrar bajo llave, ciertos papeles en los que podía leer la historia de su carácter,—casi de su talento,—por la cualidad de su letra tan abierta é impulsiva en la juventud, y tan friamente regular, puede decirse burocrática, en la edad proveya. Pero, digamos en obsequio de la verdad, que tuvo el valor de afirmar:

—No; yo no publicaré eso....

Sólo había guardado una hoja, que debía ser de las más viejas, á juzgar por el desteñido de la tinta, ya muy apagada, y el papel amarillento. Leíase, al comenzar la carilla, estas tres palabras enigmáticas: *Para la Flor*, y luégo, unos versos improvisados, sin enmendatura, que trascibo aquí:

*La rose pâle du sourire*

*De l'enfant que j'aime en secret,*

*A charmé mon coeur qui souffrait,*

*D'un parfum doux comme la myrrhe.*

*De la musique de sa voix*

*Ma tête enamourée est pleine*

*Et je sens passer son haleine*

*Dans les fraîches senteurs des bois.*

Había Vincy leído y releído ese arranque de inconclusa elegía, y rápidamente habíase presentado á su mente, el más distante romance de su vida sentimental. Habíase vuelto á ver á los veinticuatro años, desconocido, y enamorado, como quien dice, de una criaturita muy joven, llamada Rosalía Offarel. Era ésta, hija de humilde matrimonio, los esposos Offarel de Cleves, amigos de madame Fresneau, hermana de Renato.

Pero él mismo, ¿quién era entonces sino un pobre burgués, en quien las indecisas ambiciones no presentían, ni en asomo, la opulencia colmada y amplia de los días de hoy?

Era Rosalía, muchachita de hermosos ojos negros, de sonrisa preciosa, y de tez digna de su nombre, porque era cutis de rosa. Apareciósele á Vincy, en esa época de entusiasmos confusos que se dirigen hacia la gloria ó el amor. Presentósele como la Beatriz, que aun los más apáticos ó utilitaristas poetas van creándose en los tiempos de su estreno, como para hallar en ello un pretexto ó razón para exaltar la pluma hasta el lirismo. Una que otra palabrita muy cariñosa, cuchicheada á dos pasos de los padres; *miraditas* expresivas, apretones

de manos, furtivos besos, é inocentes, que caían, como al acaso sobre una mejilla sonrosada, tales habían sido los grandes episodios de aquel idilio, que quedó despedazado cuando obtuvo el primer triunfo el escritor. Coincidió dicho triunfo, precisamente, en la ocasión en que se encontraba Vincy con la graciosa, pero perversa madame Moraines! Y, ¿quién era esta persona?...  
\* \*

Era la señora Moraines, una de esas curiosas de la alta sociedad, que saben corresponder muy bien á las exigencias vanidosas del corazón del artista; y era imposible, desde todos los puntos de vista, que la gracia modesta de una pobre criatura como Rosalía Offarel pudiera llevarle la contraria, y ganarle la partida.

Renato Vincy desbarató, rompió en el acto sus secretos compromisos con Rosalía, para engolfarse en aquella aventura que tuvo por consecuencia, (los lectores de *Mensonges—Mentiras*—lo recordarán bien), la tentativa de suicidio. Escapó, como por milagro, de la muerte; pero fue para continuar, á través los azares de la vida de autor célebre, una serie de luchas amorosas, en las que la imagen de Rosalía, había tenido tanto menos parte, cuanto que nunca, jamás había vuelto á encontrarse con ella.

Apenas, y eso muy de tarde en tarde, había oído que de ella hablaban. Madame Fresneau, su hermana, ya había muerto, y todas las relaciones de él que lo unían con ese medio social de su primera juventud, habíanse poco á poco, y naturalmente, separado, disuelto, finalmente, deshecho. Sabía, no obstante, que «la Flor»,—como la llamaba al principiar sus estrofas, compuestas para ella en otro tiempo,—había por su parte, obedecido á la ley inevitable del cambio; y que Rosalía se había casado con un profesor de dibujo, llamado Passart, que visitaba también casa de la familia Fresneau.

Era esto todo lo que de Rosalía había podido saber....

Hay una intensa melancolía en ese arrastre irresistible de la vida, que nos separa tanto á unos de otros, que llegamos como á ser extraños para amigos y amigas, que por un instante, nos tuvieron tan cerca del corazón!

Pero hay otra melancolía mucho, mucho peor, y es: que la confrontación con el pasado nos encuentre tan insensibles é indiferentes, que parece no se tratara ni de nuestra juventud, ni de nuestro primer despertar á la amistad ó al amor.

Renato, delante de aquella hoja de papel en que él había en otra época borrado estancias incompletas, se acordaba de haber compuesto por semanas enteras, todos los días, versos así, para su novia. Acariciábalos en su pensamiento, paseándose bajo los árboles del jardín del Luxemburgo; y eran, ya una canción, ya terceras rimadas, otras veces un soneto que en seguida transcribía como había hecho con las dos cuartetas, y con igual dedicatoria: *Para la Flor*, linda y acariciadora alusión al nombre de Rosalía.

Por la noche, en las reuniones de familia, ó bien, en el curso de una visita durante el día, Renato deslizaba aque-

llos sus versos en las manos temblorosas de la jovencita, que tomaba los furtivos billetes con incontenibles sobresaltos del corazón. ¿Y no tenía razón para creer, que fuera profundo un sentimiento que así se manifestaba? Otros más experimentados que ella, también lo habrían creído, con sólo haberles hecho la confianza de un rasgo muy significativo: Vincy no dejaba copia de estos poemas; y si se dice que en su poder conservaba el romance: *la Rose pâle au sourire*.... es porque nunca lo entregó á Rosalía Offarel.

Habíalo principiado la víspera de la ruptura, cuando comenzaba á prendarse de la semi-gran señora que debía, iniciándolo en las delicadezas de la voluptuosidad en el lujo, agotar para siempre en él, la fuente del verdadero sentimiento.

El amaneramiento ó modismo de aquellas dos estrofas, probaba lo bastante que la fuente ésa, estaba muy agotada ya en aquella fecha. No del todo, sin embargo, puesto que en la ruptura con su modesta novia, Renato no había tenido el valor de pedirle á la abandonada, todos los versos escritos para ella. La intimidad de sus almas había durado poco más de seis meses; pero los versos eran más ó menos mil quinientos, y él los había sacrificado. ¡Sí; sacrificados!....

Con efecto; dejarlos en las manos de Rosalía, sin tener siquiera una copia, no era renunciar á publicarlos? Sí; pero aun aceptando esto mismo, ¿qué gracia hacía con ello Vincy? Era joven; tenía ante sí el porvenir, y bien podía dar en él, cuantos versos y cuantas obras quisiera. Como los perjuicios que había causado á aquella pobre jovencita eran grandes, creía encontrar en la renuncia de una satisfacción posible de amor propio literario, una especie de rehabilitación. Mejor dicho; esta generosidad de artista lo había absuelto, á sus ojos, de su egoísmo de hombre. Digámoslo todo de una vez: esta inmolación había costado largas y tristes horas de contrariedad y de pesar.

Por muchas y repetidas ocasiones en aquellos veinte años, había asaltado al poeta la tentación de recuperar, ó á lo menos, de volver á leer aquellos versos, ya tan viejos.

Pero habíala siempre rechazado por escrúpulo sentimental; por una amalgama de orgullo y timidez muy comunes en estos dramaturgos, y que es á las veces tan sincera, como los poetas mismos frecuentemente lo son.

Para recobrar los versos, era forzoso dar con Rosalía Offarel,—ya convertida en Mme. Passart,—un paso desdorado y humillante, por demás. En cambio, las auras del buen suceso hinchaban las velas del orgullo de Renato, como que sus dramas y comedias contaban por «centenas» los triunfos. Cuando, en determinadas circunstancias recordaba esos versos de su juventud, siempre decía:

—No están perdidos, seguro lo estoy... Una mujer no quema nunca cosas tan halagadoras de su vanidad.... y después que yo muera, se les encontrará. Será ese mi libro póstumo; y será, no hay duda, un bello libro, porque no se imita nunca, no se imita, nó, el acento de la juventud y del amor!.... ¡Y sí que era yo joven! ¡Y qué enamorado estaba!....



Y la tentación, con todas sus razones, había dejado de ser una vez, dos veces, veinte veces, hasta la primera representación del aquel *Anibal*, tan acremente discutido: pues al día subsiguiente al de aquella semi-caída, y en presencia de la romanza reencontrada entre los legajos de sus papeles viejos, la respuesta de la voz interior no había sido exactamente igual:

—¡Qué siento no haber dejado copia de los poemas que dirigí en aquel tiempo a Rosalia Offarel!... Si; un volumen de ese género, en estos momentos, sería lo suficiente para remacharles el clavo á mis buenos compañeros.... Sobre todo, es obra mía, y, ¡ya hace tanto tiempo de esa historia! Además, comprendo que es Rosalia misma quien me pediría que los publicara, si se atreviera á.... Luego, debe creer que no lo hago, en consideración de mi mujer, y que sería eso despertar celos inmotivados. Pobre Rosalia!

..

La imagen de la fina parisiense de raza, como lo era Mme. Vincy, surgió repentinamente ante la mirada interior del poeta, y por contraste, apareció frente a frente del rimador elegante, otra faz, la de la jovencita de 1878, poco garbosa y fuera de la moda, con sus vestidos cortados en la casa....

—Pero, ¿dónde vive ahora Rosalia?...

Es de creerse que el paso que era forzoso dar acerca de la «pobre Rosalia,» no se presentó, desde aquel instante, como imposible para el autor célebre: dado que, al ir al Teatro Francés á ver el contrato de arrendamiento, entró primero en un restaurant, y pidió *El Indicador*.

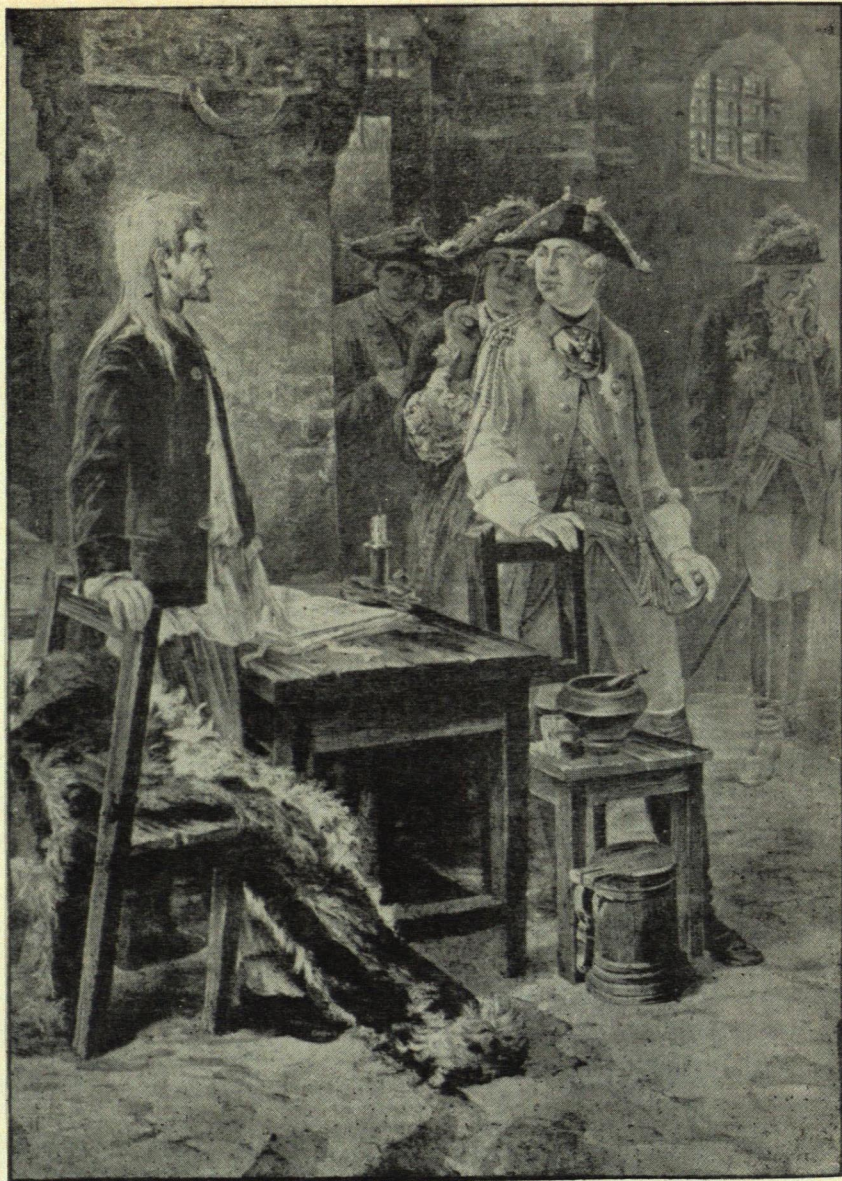
Allí encontró, entre los distintos Passart que figuraban en el repertorio, un *Santiago Passart, profesor de dibujo*, domiciliado en la calle *Duguay-Trouin*. Tal era el nombre, y tal la profesión del marido de Rosalia. Y la elección de la casa, acababa de convertir la probabilidad en certidumbre.

Muchos años había paseado Renato, primero de adolescente, y después de joven formado, por los lados del Luxemburgo, para no conocer perfectamente esa calleja que cuenta, apenas, algunas casas rodeadas de jardines. Forma ángulo con las de Assas y de Fleurus; y tan grato sitio, habíase representado en su imaginación con todo aquel barrio, poblado en sus recuerdos, de ensueños.

Seamos justos nosotros con un artista á quien la vida ha consumido y resecaado, pero en quien la primera naturaleza había sido verdaderamente altiva, y digamos que aquel como llamamiento a otra época, habíale hecho de nuevo insoportable la explotación, lucrativa y brillante, de las más puras emociones del pasado.

Mas, después de la aventura del *Anibal*, había sobrevenido la de *Couleur du Temps*; y el proyecto del «manejo de poesías íntimas,» muy propio para proporcionarle un renuevo de sus viejos triunfos, había comenzado por sugestionar al poeta colérico y resentido.

¿Comprendéis, ahora, á qué trabajo anterior había correspondido la réplica dada á Molán? Este deseo de remachar-le el clavo al rival probado, había transformado, como por encanto, un proyecto



El Emperador Pedro III visita á Joanni Antonowitsch en la prisión. — Cuadro de F. Bürow

indeciso, en una voluntad resuelta, irrevocable; en una de esas determinaciones momentaneas, que revelan un largo trabajo, de esos que los filósofos llaman bárbaramente: *inconsciente, subconsciente, subliminal*.

Pero el pedantismo de esas fórmulas, no impide que pongan el sello al más exacto de los hechos.

Antes de conversar con Molán, Vincy había jurado que no pediría jamás los versos á Rosalia; empero, cuando se separó del individuo, sus secretos deseos de tantos días, se habían como condensado y cristalizado. Le aconteció, como si el anuncio que había hecho de estar el volumen completamente concluido,— anuncio que, por otra parte, había hecho sin ninguna reflexión,—lo había embargado y dominado.

Ningún poder en el mundo hubiérase impedido ir á recibir los «dos sueldos de gloria,» allí, donde él sabía que estaban, y que habían de dárseles con amable voluntad.

PAUL BOURGET.  
(De la Academia Francesa).

Termina en el próximo número.

## A PAULINA

Tánto me odias, me aborreces tánto,  
que pienso que algún día  
irás al camposanto  
á hollar la hierba de la tumba mía.  
Ojalá.....nada importa que furiosa  
Pises allí sobre mi cuerpo helado ;  
Con tu pie diminuto y delicado  
Perfumarás la hierba de mi fosa.  
¿Sabes lo que me aterra,  
De la muerte, y me espanta ?  
No estar á flor de tierra  
Entonces ¡ay ! para besar tu planta.

JULIO FLORES.





## LOS CONQUISTADORES

*Al General Bartolomé Mitre  
historiador, poeta y filósofo.*

## Canta, oh Musa.....

Canta, oh Musa, las bélicas proezas  
De la hispánica hueste triunfadora,  
Que cruzó, como tromba asoladora,  
En la patria del Inca y sus bellezas.

Del indio esclavizado las tristeszas  
Diga, también, tu flauta gemidora;  
¡Y sé como el rocío de la aurora  
Que cae sobre laureles y malezas!

Si de la gloria das la verde palma,  
Sé hermosa elegía para el alma  
De los que hierne el hacha del destino.

¡Tus alas dejen luminosos rastros,  
Y sean cual torrente cristalino  
Que refleja las nubes y los astros!

## LOS CAPITANES

Eran fuertes, osados vencedores  
Del árabe y el moro en las contiendas.....  
Con sed de oro, de sangre, de leyendas,  
Y febril ambición de Emperadores.

Abandonan la patria, los amores;  
Al triunfo y á la Gloria alzan ofrendas,  
Y van, audaces, á clavar sus tiendas  
Del Trópico opulento entre las flores.

Un mundo dan á la grandeza hispana  
Cortés, Soto, Pizarro y Orellana,  
Y la heroica legión de alma bravía.....

Así, viendo su imperio majestuoso,  
Carlos Quinto decir pudo, orgulloso,  
¡Que en su dominio el sol no se ponía!

## ATLANTIDA

Un continente virgen,—escenario  
Del más sangriento y formidable drama,—  
Que alumbran cien volcanes con su llama,  
De las selvas perfuma el incensario,

Y donde cruza el indio temerario  
Junto al torrente, que espumoso brama,  
Ruge la fiera, que en los bosques ama,  
Y alza su vuelo el cóndor solitario.....

Por tempestuosos mares escondida  
Atlántida, soñada y presentida,  
Que en su púrpura viste el sol de Ocaso,

Te sorprendió el audaz aventurero,  
¡Y despertaste á su brutal abrazo  
Ceñida por sus músculos de acero!

## BERNAL DIAZ DEL CASTILLO [\*]

Egregio antecesor, que combatías  
Con el indio, las fieras y el pantano;  
Sin dar paz al cerebro ni á la mano  
Cien heroicas batallas describías.

Al Tiempo y al obstáculo veneñas,  
Y desplegando tu pendón ufano,  
De Alvarado y Balboa fuiste hermano  
Y arquetipo de nobles energías.

Cuando la ardiente sangre de tus venas  
Cansada de latir, circula apenas,  
A la posteridad tu ensueño fías:

La Historia varonil has terminado—  
Y con fuerte cincel has burilado  
El granito en que duermes, ¡Bernal Díaz!

## BENALCAZAR

La cota vistes de templado acero;  
Por ignoradas, tropicales zonas,  
Te lanzas á zurrar el Amazonas  
¡Indomable y heroico aventurero!

No te detiene el áspero sendero;  
En tu ansia inmensa de ceñir coronas  
Vas en pos del "Dorado" que ambicionas  
Hasta donde el Atlántida ruge fiero.

Y cuando ves tu sueño disipado—  
Engañoso espejismo, que han forjado  
El hambre, la codicia y la leyenda,—

En el combate homérico te arrojas  
De Popayán—y en las montañas rojas,  
¡Como el cóndor su nido, alzas tu tienda!

## LA RAZA VENCIDA

¡Oro y sangre! ¡Oro y sangre! Por doquiera  
Siembra el conquistador espanto y ruina.....  
Van marcando la ruta en que camina  
El cadalso, las cruces y la hoguera.

Como una águila roja, su bandera  
Valles y cumbres ásperas domina,  
Y proyecta en la eterna nieve andina  
Su sombra de fantástica Quimera.

Rompe el indio su flecha en la armadura  
Con un grito impotente de amargura,  
Como el último adiós á la esperanza.....

Mientras el español, fuerte y sereno,  
Espolea el corcel de sangre lleno,  
Entre el bárbaro horror de la matanza.....

## LA QUENA

En la noche del trópico serena,  
Sobre sus alas muelles alza el viento  
Las fatigadas notas de un lamento,  
Que allá en el fondo de los valles suena.

Es la canción doliente de la Quena;  
De las vencidas razas el acento;  
La voz con que en el rústico instrumento  
Traduce el indio su insondada pena.....

Y esa voz narra la extinguida gloria  
Del Inca, hijo del Sol—Y la victoria  
Implacable y sangrienta del hispano.

Esa voz, resucita el dulce coro  
De las vestales indias, y el tesoro  
Del Templo, hundido en el confin lejano.....

## HERNAN CORTES

Va el orgulloso aventurero hispano  
A través de las hoscas soledades,  
Llevado por propicias tempestades  
Del mar Caribe, al Golfo Mejicano.

La espada blande su potente mano,  
Y el arcabuz de rojas claridades;  
En su alma anidan todas las crueldades  
Y á sus pies, el vencido, implora en vano.

Llega, combate, triunfa y aniquila,  
Rasga todo misterio su pupila,  
Y asciende como el águila, en la bruma.

Por él, las Parcas hilan en sus ruecas.....  
Por él, lloran las vírgenes aztecas  
La muerte del divino Moctezuma.....

## EL TALAMO DE ROSAS

Insoportable Cortés de sangre y oro,  
Trata á Guatimozín como á una fiera;  
Por el martirio, conseguir espera  
El que supone espléndido tesoro.

Su altivez profanando y su decoro,  
Tiene al Emperador sobre una hoguera.....  
La llama, al agitar su cabellera,  
Gemir parece en lamentable lloro.....

El monarca impasible, ni un gemido  
Deja escapar..... Y oyendo el alarido  
Que á su Ministro arranca el sufrimiento,

Dice, clavando en él las luminosas  
Pupilas, que dilata su tormento:  
"¡Estoy yo, acaso, en Tálamo de rosas?".....

## EL HEROICO MENDIGO

Asomándose el Rey, dice al mendigo  
De altanero mirar, de faz rugosa,  
Que ostenta una ancha cicatriz gloriosa,  
De combates innúmeros testigo:

—"Dí, ¿quién eres, vasallo ó enemigo,  
Tú, que al pasar detienes la carroza  
De tu rey?.....; Por Santiago! Es grave cosa  
Tu acción, ¡pero es audaz, y soy tu amigo!"

—"Soy un hambriento, Majestad, que ha dado  
Reinos á España; cuando fué soldado,  
Llamábase Cortés".....— Y el orgulloso

Monarca altivo, al varonil guerrero,  
Estréchale las manos, silencioso,  
Y le ciñe el Toisón de Caballero.....

## NUÑEZ DE BALBOA

Desde abrupto peñón, mira Balboa  
Sobre el mar, que hincha la pujante espalda,  
Desplegarse el pendón de rojo y gualda,  
Como elocuente, gigantesca loa.....

Del indio no ha surcado la canoa  
La crespada superficie de esmeralda;  
Y la montaña azul tiende su falda  
Al bridón generoso de Balboa.....

Del Pacífico Océano en las riveras  
Escucha las canciones plañideras  
De las olas, que gimen ó que mugen.....

Y cuando el sol se oculta en Occidente,  
Libre del casco de oro, alza la frente,  
Mientras del bosque los jaguares rugen.....

## LA TRACION [\*]

Manco Capac, y Mama Dello Huaco  
De blanco rostro y cabellera bruna,  
Eran hijos del Sol y de la Luna.....  
Vienen del Norte, Manco y Mama Huaco.....

Se visten con la seda del guanaco;  
Y escuchando la voz de la Fortuna  
Se detienen al pie de la Laguna, [\*] [\*]  
Donde hoy muestra las ruinas Tiahuanaco.

Fundan, en vasto Imperio, cien ciudades;  
Y el Cuzco, que asombrando á las Edades,  
Sus templos alza de granito y oro.....

Palacios mil de espléndida riqueza  
Elévanse, y ostentan el tesoro  
Que anima con su aliento, la Belleza.....

[\*] Aceptase, por algunos autores, la tradición de que los fundadores del vasto Imperio de los Incas, llegaron del Norte, tal vez del Asia, atravesando el Estrecho de Bhering, y deteniéndose en las altiplanicies andinas, fundando una civilización anterior y superior á la española, en el momento mismo de la Conquista. El poeta, toma de la tradición, los elementos que convienen á su poema.

[\*\*] El gran lago Titicaca, en cuyos fondos quedan ruinas soberbias, que describe el general Mitre en su notable estudio sobre Las Ruinas de Tiahuanaco.

## EL TEMPLO DEL SOL

El Templo se alza, enorme y fulgurante,  
Sobre columnas de granito y oro,  
Y brilla de sus naves el tesoro  
Cual una evocación relampagueante.

El ídolo con ojos de diamante  
De las vírgenes indias oye el coro,  
Y el sacerdote, en el altar sonoro  
Deposita la ofrenda palpitante.

El Inca viene á formular un ruego,  
Y resplandece, bajo el sol de fuego  
Su corona de gemas y de plumas.....

El lago duerme en el sopor del día;  
Y llegan, de la gran selva sombría,  
Rugidos de jaguares y de pumas.

## EL INCA

Atahualpa es astuto y es valiente;  
Pizarro es vanidoso y altanero,  
Mas, ninguno como él, blandió el acero  
Y alza más alto la imperiosa frente.

Su nombre signa, caprichosamente,  
Con una cruz, el áspero guerrero—  
Pues no sabe leer—y el Inca fiero  
Quiere humillar á su rival potente:

Y la palabra Dios, sobre su mano  
Escrita, exhibe al capitán hispano,  
Sin doblegar, humilde, la rodilla;

Y viendo á su enemigo silencioso,  
Fugitivo relámpago orgulloso  
En la mirada de Atahualpa brilla.

## FRANCISCO PIZARRO

Es el marqués, de raza de Titanes,  
Y se adivina en él, al condottiero,  
Que llega, por audaz, á caballero  
Dominando impetuosos capitanes.

Mas, cuando ve colmados sus afanes  
Y á sus plantas el Inca prisionero,  
Cuando ha marcado, tras de sí, reguero  
Devastador, que alumbran cien volcanes,

Van á buscarle, en su palacio mismo,  
De la traición las dagas homicidas,  
Que aña, con el Odio, el Fanatismo:

Y traza, al perecer sin un lamento,  
Con la sangre que vierten sus heridas,  
Una cruz sobre el duro pavimento.....

## ALONSO DE ERCILLA

Poeta-soldado, entre los héroes brilla  
Que reposo jamás dan á la espada,  
Mientras labra la estrofa cincelada  
En duro bronce, y no en ligera arcilla.

El fulgor de los cielos de Castilla  
Luce su noble, varonil mirada,  
Y muestra, en amplia curva levantada,  
Bajo el casco, la frente sin mancha.

Canta de Arauco la indomada gente  
Con notas de clarín, su voz ardiente,  
Que por la audacia y el valor se inflama.

Y cuando pinta el español orgullo  
Su verso, con magnífico murmullo,  
¡Cual torrente del Ande se derrama!

## LOS GALEONES DEL REY

Tienden al ancho mar la altiva proa  
Los galeones, cargados de riqueza,  
Exaltando de España la grandeza  
Con las minas que el Ande atesora.

A los vientos la vela voladora,  
Cruzarán con fantástica presteza  
Como cisnes de pálida belleza,  
Con rumbo á las regiones de la aurora.....

De oro virgen desbordan sus entrañas,  
Y las gemas que esconden las montañas  
O arrastra la corriente de los ríos—

Y al mirarlas, feroz aventurero  
Vistiendo cota de templado acero,  
Vendrá á América, en ímpetu bravío.....

## EL DORADO

Opulenta ciudad de torres de oro  
Que se alza en los confines del desierto,  
Sueña el audaz conquistador, que ha abierto  
Su alma, á las embriagueces del tesoro.

Lléganle voces de lejano coro,  
Ve los fantasmas de espejismo incierto,  
Las blancas velas de engañoso puerto  
Y la ciudad de campaniles de oro.

Y de hierro vestido, en lontananza  
Se hunde el conquistador, alucinado  
Por su traidora y fúlgida esperanza.

Y cae, sobre el desierto fatigado,  
El Sol, como un escudo ensangrentado,  
Refulgando su brillo en una lanza.

(\*) Historia de la Conquista de Nueva España, por Bernal Díaz.  
[Véase Prescott.]





PUEBLO NUEVO (AROA): Casa de campo.—Fotografía de H. H. González

## EL CZAR : BOCETO DE UN CARACTER

(Traducido de *The Fortnightly Review*)

No hay en Europa figura más misteriosa que la del Czar. Sus detractores lo tienen por hombre melancólico, afeminado, encerrado en una muralla, dominado por las mujeres, impotente para el bien y para el mal. Sus admiradores lo pintan como hombre que tiene una gran misión en el progreso de la idea humanitaria que lucha en el militarismo en todos los países de Europa. Los detractores del Czar dicen que la clave para conocer el carácter del cabeza de la casa Romanoff ha de hallarse en la manera cómo ha ido á la guerra con el Japón. En cambio sus amigos dicen que la característica se encuentra en el proyecto del Ferrocarril Sibe-

riano, afirmando que la verdadera nota del carácter del Czar se manifiesta en el proyecto del Tribunal del Haya.

Las aspiraciones más extraordinarias se manifestaron; se habló de que el Congreso de la Paz era un preliminar para el desarme permanente, que toda guerra sería imposible y se sentaron principios generales que no había autoridad que los sancionara. Perdióse luego la fe en estas esperanzas; pero las intenciones del Czar fueron que la Conferencia dirigiera su atención principalmente al arbitraje y á la mediación entre las Potencias en caso de discrepancia.

Tal esperanza es aún un castillo en el aire. Rusia seguramente no ha de venir á un arbitraje con el Japón. Son, pues, contradictorias las opiniones sobre el carácter del Czar, cuyo análisis será incompleto sin alguna idea sobre las

influencias de la herencia y sobre el medio en que vive.

El Czar ha heredado de sus antepasados, los Romanoff, un cúmulo de horrores y tristezas más conducente á la melancolía que al juicio sano, y al fatalismo y la desesperación que á la serenidad y la alegría. Sin embargo, el Emperador Nicolás, que ya va dejando de ser joven, es un gobernante de buenos propósitos, benévolo y clemente como si no soportara sobre sus espaldas tradiciones acumuladas de sangre, maldad y lucha. Piénsese en la historia de sus antepasados. Su padre, Alejandro III, murió en los brazos de un milagrero, el padre Juan de Cronstádt. La superstición de Alejandro III era una supervivencia medioeval, llegando tal superstición hasta el punto de santiguarse y caer de rodillas, en oración, cuando una nube oscurecía el sol, si estaba mirando por una ventana.



El abuelo del Czar fué asesinado en la calle. En Rusia se creía que su bisabuelo se suicidó á causa de los desastres de Crimea; la enfermedad y la muerte de Nicolás I es un misterio aún no explicado. El Emperador Pablo fué asesinado en 1801, mientras Catalina II, aunque gran soberana y mujer de cualidades notables, hubiera sido calificada de degenerada y de criminal si no hubiera nacido emperatriz. El marido de Catalina, Pedro III, desapareció, y se supone que fué asesinado. Iván VI fué encerrado en un calabozo durante diez y ocho años y asesinado, y Pedro II, Czar en 1727, sucesor de Catalina I, cuyo primer marido fué muerto el día de su matrimonio con Pedro el Grande, fué destronado.

Tal es la historia familiar del Czar. No es posible que deje de tener alguna influencia sobre su carácter, y siendo esto así, la melancolía del Czar está explicada.

En cuanto á las circunstancias que rodean su vida, no han sido muy favorables para disipar las tristezas adquiridas por la herencia. El 31 de mayo de 1896, con motivo de las fiestas de su coronación ocurrió un terrible desastre en la explanada de Khondinsky, afueras de Moscow. El Czar obsequiaba á su pueblo con comidas y bebidas, y fué tal la muchedumbre, que tres mil personas perecieron asfixiadas y pisoteadas. Desde entonces el campesino ruso mira al Czar supersticiosamente, como un hombre de mal sino, y sostiene, como artículo de fe, que la falta de un hijo es debida á la catástrofe de Khondinsky. No le achacan á él la culpa, pero sí sostienen que fué responsable su tío, el Gran Duque Sergio, Gobernador general de Moscow, al que han dado el nombre desde entonces de Príncipe Khondinsky.

En la conversación con el Czar sorprendí inmediatamente la dulzura, la timidez y el encogimiento, casi femeninos, del Emperador. Es notorio el contraste entre el Czar, melancólico y parado, y el Kaiser, exuberante de vitalidad, contraste que han podido apreciar todos los que con ambos hayan conversado. No debe suponerse que el Czar Nicolás II está destituido de todo vigor, porque su modo habitual de mirar la vida es más el de la resignación oriental que el de la esperanza que puede exigirse del jefe de una gran nación cristiana. El Czar es notable por una dignidad tanto más apreciable cuanto que es pequeño en estatura, y su voz es graciosa y afeminada. Su dignidad es como la de la reina Victoria, que impresionaba á todo el que la veía. Esa dignidad se mostró con ocasión de la última reunión con el Kaiser. Después de haberse visto en el Báltico, se separaron las flotas de ambos soberanos, y el Kaiser desde lejos dijo al Czar, por medio del semáforo de su barco: «el Almirante del Atlántico saluda al almirante del Pacífico». El Czar resultaba en una situación difícil, puesto que si aceptaba la afirmación, hubiera podido tener algo que decir el Ministerio de Estado inglés, y si no contestaba era patente la descortesía con el Kaiser. El anónimo articulista, que se considera bien informado, dice que la contestación del Czar fué idea suya personal y se redujo á un simple «adios», lacónica lección que no olvidará, seguramente, el «Almirante del Atlántico».

El acontecimiento de la vida del Czar, que ha influido principalmente en sus hábitos y modo de mirar la vida, fué su viaje al Extremo Oriente en 1891.

Su largo y monótono viaje de regreso de la India atravesando toda Siberia; el espectáculo del poder de Rusia en el Oriente; la posibilidad de su desarrollo y el extraordinario porvenir industrial y agrícola que promete el trabajo del suelo rico y virgen de Siberia, produjeron un efecto enorme en el espíritu del entonces Czarevitch.

En el transcurso de aquel largo viaje visitó la India, China, el Japón, y atravesó toda Asia por tierra. Por esta época el horror á la guerra, que es una de las características dominantes en el Czar, se posesionó firmemente de su espíritu. Es muy sabido en la sociedad rusa que el horror del Czar á la guerra, que contribuye á no aumentar su popularidad en el ejército, proviene de la intimidad con su madre, la hermana de la Reina Alejandra. El autor del artículo ha tenido ocasión de oír las opiniones de la Emperatriz viuda de Rusia acerca de la guerra, y no cree indiscreto decir que no puede darse nada más exagerado que su odio á resolver los conflictos internacionales por la fuerza física, pues aunque no la pasa desapercibida la necesidad de defender los derechos nacionales por medio de preparativos eficaces, el nuevo espíritu humanitario encuentra en ella un poderoso mantenedor.

El Czar actual no es nada popular en Rusia. Los rusos desean un Emperador alegre, turbulento, bebedor, amante de la lucha, y cuyo valor personal sea indubitado. Desde el episodio de Oton, cuando el Czar estuvo á punto de ser asesinado por un fanático japonés, en 1891, ha quedado muy en duda el valor personal del Czar.

Esta duda se debe á una indiscreta carta escrita por el príncipe de Grecia á su padre, carta que ha sido leída por otras personas, circulando su contenido por Europa. La carta describía el episodio del frustrado asesinato; y el príncipe de Grecia, después de contar cómo el loco japonés quiso pegar á su primo, el Czarevitch usó estas palabras, que se han hecho históricas en Rusia: «Entonces Nickie corrió». Nickie es el nombre familiar que dan al Czar sus parientes. Y durante mucho tiempo la sociedad rusa repitió, encogiendo de hombros: «Entonces Nickie corrió». No se ha olvidado el episodio; y las manos del Emperador, como pacificador, están gravemente tachadas por la acusación de pusilanimidad en un momento de peligro. La acusación es cruelmente injusta; pero la vida continua en una atmósfera electrizada, con el asesinato siempre en el ambiente, y el recuerdo de que la mayor parte de sus antepasados han muerto violentamente, quizás han relajado el nervio del Emperador de Rusia.

La timidez en un déspota es impropia; pero la timidez puede ser más aparente que real, y puede ser el resultado de caracteres derivados de una genealogía notable por el valor físico. La afirmación de que el Czar es prudente, si no tímido, está sostenida por el hecho de que no sobresale en los deportes varoniles, excepto en la bicicleta. No le gustan los deportes al aire libre; no es tirador, y su ideal es completamente doméstico. Cuando estuvo en Inglaterra, en 1896, visitó al conde de Lonsdale en su castillo de Lowther, donde se dió en su honor una gran cacería, y, según un guarda viejo que estuvo á sus órdenes inmediatas, Su Majestad no sabía coger una escopeta, ni era capaz de matar un pájaro.

En cambio el Emperador es muy devoto de la familia y, especialmente, de su mujer. La influencia poderosa de la Emperatriz viuda ha creado dos partidos en la Corte Rusa. Apenas se casó el Czar hubo un conflicto suscitado porque la nueva Czarina no permitía que sus damas fumasen, como venía siendo costumbre. Entre la Emperatriz y su suegra no hay relaciones de cariño, y en ello tiene mucha parte el no haber tenido la primera ningún hijo varón, heredero del trono, cosa que tiene allí enorme importancia social y política. En el estado actual, el gran Duque Miguel puede suceder al Czar; pero éste tiene derecho á quitarles la sucesión y nombrar una hija suya. La Corte rusa está dividida en el asunto y es muy dudoso que si el Czar optara por la última solución,

el pueblo ruso la acatara, siendo el asunto germen de futuras perturbaciones para la nación.

El Czar, mientras está en Rusia, distribuye su tiempo entre Gatchina, en primavera y otoño; Peterhof, residencia de verano; el Palacio de Anitchkoff y Livadia, en Crimea. Desde la muerte del Emperador Alejandro no vive nunca en el Palacio de Invierno, en el que se conservan las habitaciones en que murió el Emperador como cuando fué asesinado.

En Moscow el Czar vive en un pequeño palacio, Petropki, fuera de la ciudad, donde sus gustos sencillos, contrarios al ceremonial y á los formalismos, tienen campo adecuado. Cuando el Emperador está en Peterhof, generalmente en julio y agosto, los ministros tienen menos que hacer que cuando está en Gatchina, cerca de San Petersburgo.

El Emperador recibe un ministro cada día, y dos veces á la semana tiene recepción general, en las que se tiene el mayor cuidado para evitar cualquier atentado. Existe un espionaje de lo más complejo, á pesar de lo cual muchas veces es insuficiente, como se demostró en el último mes de mayo, encontrándose un explosivo en el reloj del comedor.

La atmósfera de sospecha de un peligro constante impalpable pesa sobre el espíritu de todo el que vive en la Corte rusa. Por eso la visita anual á Copenhague es tan deseada.

La característica extraordinaria del Nihilismo en Rusia es la extensión en que las clases superiores simpatizan con los esfuerzos del proletariado intelectual para acabar con el sistema actual. El Czar no sabe nunca quiénes son sus amigos y sus enemigos.

La consecuencia de ello es una sensación de desconfianza, y de ahí el apasionado afecto que el Czar siente por su mujer, cuyo fiel consejo y paciente simpatía son los puntos luminosos en una de las vidas más tristes de Europa.

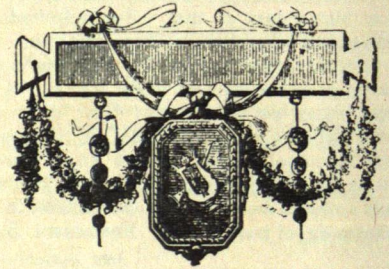
Pocas son las diversiones del Czar. Le gusta la fotografía, y algunas veces cae en el capricho de hacer versos melancólicos. En Peterhof trabaja mucho y hasta las altas horas de la noche.

El Czar es un hombre agradable, entristecido, trabajador é infeliz. Su deseo de cumplir con su deber le impulsa á lanzarse á una lucha incesante de detalles que nunca se llegan á dominar. En esta lucha le ayuda una de las mujeres más buenas y más nobles, cuyas virtudes ha heredado, á través de su madre, de la Reina Victoria.

El Czar fué educado por una inglesa que le enseñó á amar la vida y las costumbres inglesas.

Su carácter es más parecido al de su abuelo que al de su abuela; pero, no obstante, su disposición está completamente en manos de sus Ministros y de su madre, y no puede ejercer una intervención seria en la política rusa.

El Czar Nicolás II es físicamente débil, sus nervios están desarreglados, su voluntad débil. Es débil cuando la mano de hierro es esencial. Es sumiso cuando se requiere una individualidad vigorosa. Siempre está sometido á una ú otra influencia. Se entrega á la dirección de una mujer, y el sexo bello ha ejercido en más de una ocasión una influencia poderosa, ya que no calamitosa, sobre su vida.







EL CÉLEBRE ESCRITOR GABRIEL D'ANNUNZIO EN UNA PARTIDA DE CAZA

## ¿GIRA LA TIERRA O NO GIRA?

(Versión de EL COJO ILUSTRADO)

*E pur si muove!* Pues bien; no es tan cierto eso como á primera vista lo parece, porque no está aún plenamente comprobado que la Tierra gira. No obstante, si algún punto parecía estar resuelto, era ése. Acto de fe científica en el primer grado, declaración infalible. Roma misma, que obtuvo la retractación de Galileo, habíase sometido,—por sí propia,—á la opinión común y aceptada; puesto que desde 1757 la Congregación del Índice había permitido que se emitieran francamente, proposiciones que fueron en otro tiempo condenadas, las cuales, como todos recordamos, son éstas, más ó menos:

«Decir que el Sol está en el centro del mundo é inmóvil en el movimiento local, es una proposición absurda y falsa en filosofía y expresamente contraria á las Santas Escrituras.»

«Decir que la Tierra no está situada en el centro del mundo ni inmóvil, sino que se mueve con un movimiento diurno, es igualmente una proposición absurda en filosofía, y,—considerada desde el punto teológico,—es á lo menos, errónea en la fe.»

Por mucho tiempo no pudieron los fieles leer,—sin inquietarse por sus almas,—los libros que la censura romana

había fulminado con solemnes prohibiciones. Mas hé aquí, que hoy se remite á dudas la gravitación universal, y las leyes de Keplero se consideran como simples hipótesis, y si se quiere, algo menos. En fin, una porción de sabios, ya curiales, ya anticlericales, no se atreven á aseverar, en estas circunstancias, que la Tierra no está inmóvil en el centro de un sistema planetario en movimiento.

Ha de observarse que esta discusión tiene por origen, el experimento mismo que, era de creerse, debía hacerla superflua: esto es, la del péndulo de Foucault, renovado en el Panteón, por M. Flammarión y sus amigos, y en Bruselas por Dony y Goldehmidt.

Para estas celebridades, el plano de oscilación del péndulo sufre un desvío en relación á la Tierra, que «es el testimonio práctico, evidente, majestuoso del movimiento de rotación de nuestro globo, y la afirmación gramatical del título de planeta, ó astro móvil, para este mundo en que vivimos.»

Como tanto han penetrado estas ideas en el dominio de las teorías universalmente aceptadas, nadie suponía, ni remotamente, la más pequeña protesta; cuando, no hace nada, un diario belga, el *XXe. Siècle*, pone á la cuestión, el cascabel de la duda.

«Cierto es, dice: Todos los astrónomos reconocen que el sistema del mundo que hace mover la Tierra en el espacio,

es incomparablemente más sencillo y más claro que el sistema geocéntrico; pero deseamos saber en qué libro y en qué página está demostrado el movimiento de la Tierra, según los cálculos astronómicos, de manera irrefutable.»

Si esto sólo hubiera sido humorada ó arranque de polemista, claro está que no habría alcanzado mucha importancia; pero á su vez la Sociedad astronómica de Francia acogió un artículo firmado por «Un politécnico escéptico,» en que niega la exactitud del experimento de Foucault, el cual no pasa de ser una pretensión de demostrar que la Tierra gira.

«Se cree generalmente, dice, que las leyes de la ciencia son inquebrantables. Sin embargo, todo el mundo sabe que la Geometría, colocada entre las ciencias exactas, descansa en el postulatam de Euclides, postulatam que es imposible demostrar.»

«Si pasamos á la mecánica, esta ciencia reposa toda ella sobre proposiciones fundamentales que se admiten como probadas por el examen de todos los días, pero que es imposible demostrar, porque es imposible hallar en el mundo un solo cuerpo completamente inmóvil.»

Y más adelante, agrega:

«Desde el punto de vista de los cálculos astronómicos, poco importa que sea la Tierra ó el mundo celeste los que giren: la Ciencia estudia los movimientos



relativos de uno y otro cuerpo, y eso le basta y la honra.»

Un profesor belga, M. Pasquier, entra á su turno en escena, y trata del péndulo. Aprecia de la manera siguiente, las razones invocadas en favor de la rotación de la Tierra.

«Una de ellas es una razón de *conveniencia*, por la cual parece más sencillo explicar el movimiento diurno del cielo estrellado, precisamente por el movimiento de rotación de la tierra sobre sí misma; y la otra razón está fundada en un sedicente principio mecánico en virtud del cual el plano de oscilación del péndulo debe permanecer invariable.

Y continúa: «Declaramos sin reserva, que participamos de la opinión del Politécnico escéptico; y que creemos con él, que el experimento del péndulo, no prueba lo que se quiere hacerle probar».

«Desde el punto de vista de los fenómenos,—único que sea del dominio de la mecánica y la astronomía,—es igualmente correcto decir que la Tierra gira en relación de las estrellas: decir esto, es lo mismo que decir aquéello. Las dos interpretaciones son equivalentes, consideradas desde el punto de vista de los fenómenos, ó si se quiere, desde el punto de vista matemático.»

M. Flamache, profesor de la Universidad de Gand, en la *Revue de la Société d'astronomie*, sale en apoyo de su colega, y escribe:

«Repugna á la razón moderna hacer girar todos los astros alrededor de la Tierra sola, pobre globito sin importancia; mas, apreciando como sabio los experimentos del péndulo, no duda declarar: «Al modificarse las definiciones, servirían igualmente para demostrar que la Tierra no gira.»

Aunque estas opiniones y pareceres nos aturden y confunden, no hemos llegado, sin embargo, al término de nuestras sorpresas. Un recién venido entra en la lid. Es el más caracterizado de nuestros jóvenes sabios. Podría pasar por un feligrés que estuviera de cuernos con el Cura, porque difícilmente se puede suponer que los jesuitas lo inspiren; en fin, es M. Poincaré, miembro del Instituto, Presidente de la Sociedad Astronómica de Francia. En una obra profundamente discutida: *La Science et l'Hypothèse*, (*Ciencia é Hipótesis*), escribe:

«El espacio absoluto, es decir, la marca, la señal á la cual sería preciso referir la Tierra, para saber si en realidad gira, no tiene ninguna existencia objetiva. Desde luego, esta afirmación: «la Tierra gira,» no tiene ningún sentido, porque nada tenemos para comprobarla.»

En la página 138 de esta misma obra, refuerza la imposibilidad de saber si la Tierra gira, y se expresa de esta manera:

«No me detendré más tiempo sobre el punto de los movimientos relativos, aplicables á ejes que giran con notación uniforme. Si el cielo estuviera incesantemente cubierto de nubes; si no tuviéramos ningún medio de observar los astros, podríamos, no obstante, concluir, que la Tierra gira. Nos lo advertiría su achatamiento en los polos, ó si se quiere también, el experimento del péndulo de Foucault. Pero aun, en este caso, decir que la Tierra gira, ¿tendría eso

algún sentido? Si no hay espacio absoluto, ¿se puede girar, sin girar en relación con algo?....

En puridad de verdad, son ésas, distinciones sutilísimas: la prudencia de un talento superior las dicta. Pero, porque así sea, ¿pueden dejar de destruir las máximas de absoluto reposo que se han convertido en actos de fe?

A tales objeciones, tan singulares como inesperadas, han contestado en Francia, M. Flammarión, y con admirable claridad, en Bélgica, M. Lucien Auspach, en la *Revue de l'Université*, donde expone la controversia con la más grande lucidez. Mas, siempre se ha ganado un punto: es que la cuestión haya podido plantearse.

Positivamente hablando, la teoría de la rotación de la Tierra no ha parecido temeraria ó absurda, más que á los teólogos. En 1687 Newton mismo escribía: «Los planetas giran alrededor del Sol, según la hipótesis de Copérnico.»

Hoy está admitido que no hay sistemas definitivos, sino hipótesis, que otra cosa no son sino bases de discusión y polémica. Véase el sabio comentario de M. de La Laurencie en la *Revue des idées*. Así, pues, en este supuesto, Galileo tiene igualmente razón, y cuando decía: «Y sin embargo, la Tierra gira,» no hacía más que aventurar una hipótesis.

La vocería de tal controversia, en anhelosa busca de una decisiva é invariable confirmación de la verdad, ¿no es bastante para hacer palpitar de gozo, la sombra del Pontífice temerario, de Urbano VIII?

Profanos: ya no sabremos para lo sucesivo, si real y positivamente la Tierra gira ó nó. Ante nuestros ojos no hay más cierto que esto: la Humanidad es la que gira; y, ¿duele el alma decirlo! gira, y siempre ¡ay! en el mismo, inevitable círculo!

VICTOR GUERIN.

## SUETOS EDITORIALES

ILTMO. Y RVDMO. SEÑOR DOCTOR  
CRÍSPULO UZCATEGUI,

ARZOBISPO DE CARACAS Y VENEZUELA

† en Caracas, el 31 de  
mayo de 1904

No con iracundias,—dijimos en otra ocasión,—ni con violencias, ni con raptos coléricos por cosas que fueron siempre deleznable como terrenas, fundó Jesús la nueva Humanidad, para siempre y desde entonces inmortal; y cuando de sus labios fluyeron palabras de Eternidad, fue para bendecir á los mansos de corazón, ofreciéndoles la tierra por solar; á los pacificadores, á quienes llamó hijos del Eterno; á los tristes, á quienes ofreció consuelo; á los perseguidos, á quienes abrió un refugio en reino inviolable; llamó á sí á todos los que lloran y padecen, y les dijo ser la sal de la tierra y la luz del mundo; tomó cuanto en la naturaleza y en la vida hay de blanco, inocente y puro, como los niños, como los lirios del campo, como las aves del aire, y mandó ser como ellos; y El mismo, viviente ejemplo de pureza, lo más alto en alba castidad, se ofreció en modelo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*. . . De pie sobre esa montaña, tendió la mano hacia los ho-

rizontes de lo eterno, y mostró á las generaciones la Ciudad de Dios.

MONSEÑOR UZCÁTEQUI fue un suave y apostólico habitador de ella. Para decir de sus pasos por ella, en páginas literarias, necesitábase acaso que hubiese un silencio respetuoso en la multitud bulleante cuya negra masa rompía el litúrgico color de sus investiduras pontificales y que circulase por el aire cálido de las diatribas intemperantes un soplo de frescor moral, como el que besó siempre la frente humilde y serena del Pastor: ese minuto de silencio fue aprovechado y esa insuflación de una antigua edad, buena y pia, musitó en los labios de un artista y de un creyente. Eduardo Calcaño tomó su estilo y grabó en una lápida consagratória, al paso del Prelado, estas palabras:—«¿Ve usted en su rostro aquella perpetua sonrisa que va repartiendo cariño por donde pasa? Esa es la caridad. ¿No ve usted aquella familiaridad casi infantil con grandes y pequeños, y que parece decirle al desvalido: «Yo no soy sino tu hermano»? Esa es la caridad. ¿No se ha fijado usted en aquella humildad de voz, de semblante, de traje y de continente, que parece agregar: «somos hermanos, pero yo soy el último»? Esa es la caridad. ¿No le ha oído usted defender á todo calumniado; mostrarse incrédulo de toda maldad; mitigar toda pena con su piedad; atenuar toda culpa con alguna ingeniosidad de la benevolencia, y quizá desear ocasiones de ser lastimado, para darse la felicidad de perdonar? ¿Qué conflicto no concilia; qué rompimiento no ata, qué exaltación no apacigua? Soberbia, no en su espíritu; rencor, no en su corazón; palabra dura, no en sus labios.»

Hé ahí al sacerdote, hecho por Aquél que dejó ley y palabras de amor, de perdón, de humildad y de consuelo. Sus días levíticos fueron de mansedumbre; su Prelatura fue de paz: ninguna ingrata sombra enemiga sobre aquella primera vida, ninguna destemplanza escandalosa durante aquel reinado. La grey le sabía pastor de la más tierna, de la más débil, de la más descarriada de sus ovejas; Roma le adivinó nacido por virtud de aquella génesis milagrosa que abrumó á la tierra con los torrentes de sus dominadores apacibles, que durante tres siglos, los primeros del imperio cristiano, anduvieron, descalzos los pies y descubierta la cabeza. Entre sus fieles, ningún cognomento vanidoso para designarlo; desde la altísima torre de Pedro, le fue conferido el dictado de *Prelado Asistente al Sacro Solio Pontificio*.

El clero le guardaba el suave respeto de su altísima magnificencia moral; Venezuela amaba á su Pontífice.

Los funerales de MONSEÑOR UZCÁTEQUI han tenido la pungente solemnidad de un sobrecogimiento augusto; sobrecogimiento de tristeza, sobrecogimiento de cariño. Traído en hombros su cadáver, desde el templo parroquial de Altagracia, del que fue rector durante los últimos años de su sacerdocio, hasta el Metropolitano, bajo cuyas bóvedas oficiaba suavemente como un Obispo de la vieja Cesárea, parecía como si viniere en un paseo apacible por entre su muchedumbre familiar: la muerte no había querido tocar á un solo rasgo de aquel rostro ri-sueño y tranquilo.

Cuatro Obispos, los de Guayana, Mérida, Maracaibo y Calabozo, tomaban par-



ticipación en las honras; Monseñor Castro oficiaba y Monseñor Silva fue el pagenirista del hermano yacente.

El Gobierno de la República, entidad con la que aquella antigua entidad de la Iglesia mantuvo relaciones discretísimas y dignas de discípulo de Pablo, quiso hacer espléndida demostración de noble alteza y de justiciera sanción: MONSEÑOR había muerto pobre, silencioso, de trístima enfermedad que durante larguísimo días venía apagándole, hora por hora, un rayo de la mente: el Gobierno acudió con su autoridad, con su presencia y con sus recursos a magnificar los postreros homenajes que debían tributarse á los despojos del excelente Prelado.

Nuestra voz se mezcla á aquellas que han levantado un coro de alabanzas y de lamentaciones con motivo de la extinción del último Arzobispo de Caracas y Venezuela.

#### HONROSA VISITA

En días pasados tuvimos el placer de ser visitados en nuestra Dirección por el apreciable caballero Máximo Soto Hall, escritor y poeta guatemalteco cuyas exquisitas producciones le han conquistado sitio de preferencia entre los intelectuales hispano-americanos.

De paso el señor Soto Hall por esta ciudad, investido por el Gobierno de su país con un cargo de carácter diplomático cerca de la República panameña, de donde regresa después de haber cumplido su misión, ha tenido ocasión de conocer las simpatías que por él tiene la juventud literaria de Venezuela, y de recibir las manifestaciones de aprecio que al distinguido huésped ha prodigado la sociedad caraqueña.

Grata permanencia entre nosotros deseamos al celebrado poeta centro-americano, así como también á su compañero de viaje el coronel S. Mc. Gill, apreciable caballero chileno, á quien tuvimos el gusto de saludar cordialmente.

#### NOTA TRISTE

La sociedad valenciana viste de duelo. La muerte ha deshojado las negras adelfas en el seno de un hogar honorable y distinguido, arrebatando á los suyos á la Sra. TERESA CORONEL DE PIMENTEL quien, cargada de años y virtudes, ha bajado al sepulcro tras largas y crueles penalidades.

La práctica del bien, los puros goces de la familia, á los que consagró los mejores años de su existencia, constituían el ideal de aquella alma que peregrinó por la tierra despidiendo luminosas claridades y tornó al seno de su Criador, buena y casta, aureolada de merecimientos propicios á la gloria celestial.

A las familias Coronel y Pimentel Coronel, en especial á nuestro querido amigo y colaborador Manuel Pimentel Coronel, hoy en Hamburgo, presentamos la expresión más sincera de condolencia.

#### DUELO

También la Parca inexorable ha visitado dos hogares caraqueños respetables y respetados por todos conceptos. La señora MANUELA C. DE CASTILLO y la señorita MACLOVIA LITCHFIELD Y GARCÍA SENA han rendido cristianamente el último aliento de una vida austera cuya memoria durará largo tiempo en la sociedad de que fueron gala y orgullo. Acompañamos en su justo dolor á las familias Castillo, Lange, Tovar Toro, Olavarria y demás deudos de las finadas.

#### LAUROS ACADEMICOS

La Ilustre Universidad Central ha conferido el grado de doctor en Ciencias Médicas al inteligente joven Julio C. Luciani, quien obtuvo una de las más altas calificaciones á que es merecedor por su consagración al estudio y por su notable aprovechamiento, títulos que le valdrán legítimos triunfos en la noble carrera que ha elegido.

Nos congratulamos sinceramente con el joven doctor Luciani y le damos las más expresivas gracias por el ejemplar de su Tesis con que nos ha favorecido, cuyo título es: *La Nutrición azoada en los países cálidos (Venezuela)*.

Otro joven de méritos evidentes, ha ceñido la orla académica tras rigurosos y lucidos exámenes: José F. Ríos.

*El Tétanos y la antipirina en el tratamiento de esta terrible complicación de las heridas*, fue la Tesis de opción al doctorado en Ciencias Médicas presentada y sostenida por el apreciable joven Ríos.

Agradecemos el envío que nos ha hecho de su Tesis y lo felicitamos por el brillante coronamiento de sus estudios.

#### BIBLIOGRAFÍA

*Lucía*, por Emilio Constantino Guerrero.

Con el sugestivo título que sirve de mote á estas líneas ha dado á la estampa últimamente el distinguido colaborador de esta Revista, doctor Emilio Constantino Guerrero, una bella novela que, como todas las obras de este aventajado escritor y poeta andino, hallará benévola acogida y pasará á acrecentar el acervo de las letras patrias.

La novela entre nosotros es apenas un embrión, hermoso y deficiente, un capullo casi, cuyos espléndidos colores dejan entrever lo que será más tarde, cuando los que se consagran á cultivarla ahonden intensamente, con verdadero instinto filosófico, las pasiones y los problemas que ponen en acción, el cuadro de nuestras costumbres, por su misma sencillez difícil de trasladar á la tersa hoja del libro, y la exuberancia de nuestra Naturaleza magnífica y compleja, por lo variada.

Romero García, precursor de este género literario en Venezuela, nos ofreció en perfumados manojos de paisajes campestres, donde el sol bravío de nuestra zona despeña torrentes maravillosos de luz sobre los cañaverales húmedos y sonantes, sobre los cerros trajeados de esmeraldas, el botón más fragante, más espontáneo, la muestra más feliz de la novela regional. Y como Romero García, Picón Febres, Miguel Eduardo Pardo, Urbaneja Achepoll y otros no menos enamorados de los seductivos panoramas de nuestro rico suelo, han explorado con entusiasmo digno de encomio las verdades, asaz laberínticas, que á paso de vencedores recorrieron Mistral y Jorge Isaac, esos dos poetas exquisitos cuyos poemas tienen la música de los arroyos del Cauca, poblados de plumas y celajes, y los matices tiernos y brillantes de las maderas de Provenza.

A internarse en esas regiones del arte, dilatadas y fecundas, se ha aventurado la pluma del doctor Guerrero, pluma que ha brotado ya más de una rara flor de poesía, más de una docta y castiza página. Y lisonjero y á todas luces plausible resulta el esfuerzo del literato amigo.

*Lucía* es una novela que llena á cabalidad las condiciones que requiere empresa intelectual tan ardua y laboriosa.

El doctor Guerrero, conocido en Hispano-América por sus lindas canciones, llenas todas ellas de un sentimentalismo exquisito, por sus trabajos en prosa elegante y pulida publicados en periódicos, revistas y libros, que le han dado justo renombre, añade hoy un nuevo lauro á los muchos que ciñen su frente de pensador distinguido, de poeta fácil é inspirado.

*Lucía* es un librito primoroso al cual le está reservado un porvenir lisonjero.

Los literatos de Venezuela han dado al doctor Emilio Constantino Guerrero testimonio inequívoco de aprecio y admiración; y nosotros, una vez más, nos complacemos en manifestarle el nuestro.

*Frutos Naturales*, por Udón A. Pérez.

El poeta Udón A. Pérez, ventajosamente conocido ya en la república de las letras, ha enriquecido la bibliografía nacional con una nueva producción que él, con modestia que lo honra, denomina ensayo dramático, y que estrenada recientemente en el Teatro Baralt, de Maracaibo, mereció el aplauso del público, la frase de encomio de la prensa de aquella localidad.

*Frutos Naturales* es el título de la obra unánimemente celebrada. Ella pone de resalto las facultades dramáticas del poeta y abre nuevas vías á su múltiple talento, vigoroso y lozano, que ora canta como en *Yaurepara* los dolores y las alegrías del aborigen, ora solloza como en *Lira Triste* sus propias pesadumbres, la infinita amargura de sus horas de cautiverio.

La tendencia de *Frutos Naturales* es altamente moralizadora. El autor se propone pintar un estado social, una enfermedad, digámoslo así, que mina y desgasta el organismo de los pueblos aferrados á rancias y absurdas preocupaciones, y realiza su tarea tan felizmente, lo hace con tal verdad, en cláusulas tan bellas y expresivas, que el fanatismo, horrible monstruo que ha dado asunto al autor para su drama, apenas esbozado en el primer acto, lleno de vida impetuoso, participando de todas las supersticiones y de todas las intransigencias en el segundo acto, se yergue, en el acto final, ilógico, feroz, respirando sutilezas y sofismas escolásticos, inexorable, ciego como el destino, implacable y terrible como una divinidad pagana.

Los caracteres están bien delineados y las pasiones, puestas en juego, se desenvuelven gradualmente, con esa naturalidad que hace creíble el hecho, realizable el asunto de una obra dramática. *Don Severiano* es la encarnación del creyente cándido, del cristiano, no de los tiempos primitivos, apacibles y angélicos, sino de los de la edad media, esa noche de la humanidad toda supersticiones, toda errores, toda credulidad oscura, absoluta, intolerable. *Doña Juana*, mujer de *don Severiano*, imbuida en las ideas de éste, débil y piadosa, todo lo ve al través del prisma de su exaltado sentimiento religioso, al cual no vacila en sacrificar la felicidad de *Inés*, su hija, niña encantadora, apasionada é ideal como la dulce creación que gime y canta en las páginas inmortales de *Hamlet*. *Diego*, amante de *Inés*, es un mozo intelectual y lucha-



dor en cuyo cerebro abren, como flores de luz, las ideas del siglo, en cuya alma, toda ella generosidad y entusiasmos, abrevan el altruismo y la verdad filosófica, ideales grandiosos de las nuevas generaciones. *Diego* es como una reminiscencia de algunos personajes de Echeagaray los cuales, nacidos para otro medio diferente al en que se mueven y evolucionan, luchan tenazmente, estérilmente, anunciando la Buena Nueva, se estrellan contra las espesas sombras en que están envueltos las cosas y los seres, y al cabo sucumben, como el mártir divino de Nazareth, por una idea hermosa, no comprendida entonces, pero que tarde ó temprano dará frutos ópimos.

El sobrino de los padres de *Inés, Pedro*, es el tipo perfecto del santurrón hipócrita, suerte de polilla que roe méritos y destroza alegrías; sabandija asquerosa que desde las tenebrosidades en que arrastra penosamente su vida, se complace en lanzar sobre las alburas del cisne que pasa ó sobre el plumón immaculado de la paloma que arrulla en el árbol vecino babas de envidias y calumnias, impuras sanguinolencias de egoismos y odios. Y todo en nombre de una religión que es manantial inagotable de caridad y mansedumbres....

La versificación de *Frutos Naturales* es fluida y numerosa; las escenas animadas y concisas; su trazado está hecha con arte, y si algunos lunares se advierten en la obra, ellos son hijos—como muy bien dice el señor Marcial Hernández—de la inexperiencia dramática del autor.

Véase una muestra del numen poético que priva en casi todo el drama:

«Ni ministros, ni señores  
allí; ni tronos, ni altares;  
por incienso, el de las flores;  
por luces, los resplandores  
de los mundos estelares.  
por salmo, el que el ave canta;  
por sacerdote, Dios mismo;  
y por hostia pura y santa,  
la luna que se levanta  
de los senos del abismo»....

Váyale nuestro aplauso al poeta Udón A. Pérez por esta feliz concepción de sus talentos, y crea que agradecemos altamente la honrosa dedicatoria que ha escrito en el ejemplar de *Frutos Naturales* con que nos ha obsequiado.

#### LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

*Proyecto de compañía cigarrera venezolana*, capital Bs. 1.000.000.—Caracas. «*American Trade Index—1904*» de la «National Association of Manufacturers». United States of America.

Damos las gracias á los señores remitentes.

## NUESTROS GRABADOS

### El «Angelus»

En el salón parisiense, este año, exhibió Ed. Maxence un lienzo que por la sencillez del asunto y lo admirable de su ejecución ha colocado al pintor al nivel de los mayores artistas contemporáneos.

El «Angelus» es una tela en que no entra sino una sola figura, pero es tal la nobleza y majestad que en ella se advierten, hay tal expresión de verdad en los contornos, en todo el dibujo, que el trabajo resulta exquisito y acusa la mano inimitable de un maestro. Miguel Angel no hubiera vacilado en colocar el «Angelus» en uno de los frescos de la capilla Sixtina.

### En las montañas de Escocia

En el siglo segundo de nuestra era, las montañas de Escocia, abruptas y pintorescas, oyerón resonar los acordes más dulces, las notas más armoniosas á la vez que los más varoniles y épicos acentos. Era el laúd de Ossian que, cantando las proezas fabulosas de Fingal y celebrando las seductivas gracias de Malvina, tan hermosa como desventurada, henchía de músicas heroicas y sentimentales los dominios de Morven, poblados de héroes como una leyenda homérica.

Las altas y majestuosas montañas de Escocia, inmortalizadas un día por el numen poderoso de un poeta, ciego como Homero y como él casi divino, han sugerido á Ch. Stuart el cuadro que reproducimos en una de nuestras páginas, cuadro lleno de vida, hermoso y poético como el asunto que representa.

### Música amorosa

El alma del artista voló, cual una mariposa de alas de oro, por el azul caprichoso de la fantasía; y del pincel nervioso é inspirado, salió la adorable concepción ideal y vaporosa como un idilio. Parece impregnada de una frescura primaveral y espira un aroma de ardiente juventud tan acentuado que involuntariamente pronuncian los labios, cuando recreamos la vista en la contemplación del bellissimo cuadro, la frase del viejo Dumás:

«Oh, juventud, primavera de la vida!».....

### Resguardo austriaco

Al Lago de Garda, llamado antiguamente *Benaco*, fué á buscar Zeno Diemer argumento para una de sus mejores pinturas. Difícil y complicado es el tema, pero el genio es águila que remonta cumbres prominentes y agita sus victoriosos remos en las regiones más inaccesibles. Para las intelectualidades vigorosas la dificultad es un estímulo: concebir grandes cosas y llevarlas á cabo es timbre de gloria inmarcesible, puro, inmortal.

La grandeza de una obra de arte está en razón directa de las bellezas que contiene, y la belleza vive y alienta en todas partes: en los flucos de zafir de las nubes, en los pétalos delicados de la flor, en la vocinglería terrorífica de las tempestades, en la onda azul y diáfana que como un tul se mueve suavemente en la clara superficie del lago.

### Guerra ruso-japonesa

Varias reproducciones, á cual más interesante, referentes á sucesos de que es teatro el Extremo Oriente, engalanan hoy cinco páginas de EL COJO ILUSTRADO.

«La irrupción de cosacos en una aldea manchuriana» es un grupo que sugiere tristes y piadosas reflexiones. Aquellos fieros ginetes, bravíos y arrogantes como los corceles cuyos ijares oprimen con sus músculos de bronce, aquellos indómitos centauros son un torrente despeñado que arrolla, barre y desvasta cuanto le sale al paso; son el genio de la muerte entretejiendo flores rojas y negras, trágicas flores consteladas de lágrimas, en las frondas de la vida.

«Los cosacos combatiendo como tiradores» es una vista que pone de resalto la pericia militar, universalmente reconocida, del ejército moscovita.

«Un centinela japonés á la linde de un bosque» despierta en el ánimo indecible tristeza y hace pensar en los infelices que, en playas extranjeras, vierten lágrimas silenciosas y acerbas ante la visión querida de la patria, á la cual no le es dable volver sino en espíritu..... La nostalgia del caro terruño; los recuerdos imborrables de viejas alegrías; el anhelo de una alma cariñosa y tierna que pugna por volar hacia los sitios que tal vez alegran los hijos con sus risas

infantiles, hacia la cabaña en que tal vez la anciana madre y la aflijida esposa convierten los ojos al cielo y vuelven los labios, preñados de plegarias, á Dios; todo eso, al parecer, pasa como una ligera sombra por la frente del «centinela japonés á la linde de un bosque.»

Las otras dos copias son de interés general por su carácter de actualidad.

### Gabriel D'Anouzio en una partida de caza

Interesante es la perspectiva del cinegético grupo. El célebre poeta italiano, á caballo, rodeado de la inquieta y ladradora jauría, se prepara para la caza cuyos previstos lances imprimirán agradables sensaciones en su espíritu refinado, en su temperamento de artista que tiende á todas las amables expansiones.

El alma del poeta es una cuerda finísima y para que vibre sin interrupción musicalmente, debe ser herida á diario por el ala de rosa de las alegrías ó por el áspero dedo de los dolores hondos.

### Pedro III

La visita de este soberano ruso á Juan Antonovitch en la prisión de la fortaleza de Schlüsselburg ha sacado colores magistrales al pincel de F. Ruroux. El lienzo, de una belleza incomparable, copia fielmente la escena elegida por el artista para su magnífico trabajo.

### Pueblo Nuevo (Arao)

La fotografía que damos en la presente edición reproduce la poética residencia de Mr. Thomas y su honorable consorte. Es un sitio paradisiaco propicio á los dulces goces del alma, á las serenas expansiones del pensamiento.

### Cuadro de H. Prell

El asunto es histórico y está ejecutado con exactitud y maestría. El obispo Bernward recibiendo al Emperador Enrique II, es una obra digna de los talentos de H. Prell.

### Aino Aekté

El autor de la *Hermanita Agua*, el celebrado poeta mejicano, Nervo, ha cantado en estrofas bellísimas los encantos de esta artista inimitable, de esta preclara estrella del arte.

Bien está esa flor de poesía, delicada y sutil como un aroma, al pie de la hermosísima copia que adorna una de las páginas de nuestra revista.

### PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en «El Cojo Ilustrado», hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta Empresa artículos de personas á quienes no conocemos. Esto nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y además nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo á esas personas con quienes no tenemos relaciones: QUE NO NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HEMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.



## SECCION RECREATIVA

## Cómo se muere de hambre

IMPRESIONES DE UNA VÍCTIMA

Generalmente se cree que la muerte por hambre es una de las que mayores sufrimientos ocasionan; un documento de gran valor que prueba lo contrario, es la última página del diario de Mr. Leonidas Hubbard, explorador norteamericano fallecido, hace pocos meses, durante una expedición al país de los nascuppes, en la parte Norte del Labrador.

Se dice que ningún hombre blanco ha llegado hasta ahora á dicho país, y si ha llegado no ha salido con vida. Las nieves eternas, las más bajas temperaturas y la escasez de caza, tienen á aquella región incomunicada con el resto del mundo, y esto bastó para tentar el espíritu aventurero de Mr. Hubbard, que acompañado de un amigo llamado Wallace y de un guía indio, de nombre Elson, salió en dirección Norte á mediados del año pasado. Durante más de medio año no hubo noticias de los viajeros, á pesar de las indagaciones hechas por Mr. Whitney, editor del *Outing*, de cuya redacción formaba parte el explorador.

Por fin, se ha sabido que éste murió de hambre en medio de aquellas soledades, mientras sus compañeros habían salido á buscar caza. A su regreso encontraron el cadáver, y con él su diario, cuya última página decía literalmente así:

«Ayer, en un campamento abandonado, hemos encontrado el fondo de un saco de harina que habíamos cortado. Pegado á él había un poquito de harina. La hemos cocido con algunos huesos de reno viejos, y esto espesó un poco el caldo. También hallamos un bote de mostaza que habíamos tirado.

«Tomé un pellizco y estaba muy buena. La mezclamos con nuestra sopa de huesos, y parece que nos dió fuerzas. También pusimos un pedazo de piel de reno; se puso muy hinchado y estaba excelente.

«Esta mañana, después que los muchachos me dejaron, me encontré muy soñoliento. Me han dejado té, los huesos de reno, otro fondo de saco de harina, una sandalia de piel de reno, sin curtir, y algunas galletas.

«Bebo una taza de té fuerte y un poco de caldo de huesos. Como también algo de piel, verdaderamente deliciosa (cocida con huesos), y me da fuerzas, por lo menos para escribir esto.

«Los muchachos sólo tienen té y media libra de harina de guisantes. Mi tienda está abierta frente á una gran roca. La roca refleja el fuego, pero ahora la lluvia lo está apagando. Creo que debo dejar que se apague y cerrar la tienda hasta que pase la lluvia, evitando así el viento y conservando la madera. A la noche ó mañana tal vez el tiempo mejore y pueda hacer una hoguera y comer el resto de mi sandalia y mi par de mitones de piel. Me aliviarán un poco. No sufro nada.

«Las angustias del hambre han dado paso á la indiferencia. Tengo sueño.

«Creo que no es tan malo morir de hambre. Pero no hay que suponer que lo espero; estoy preparado, eso es todo.

«Creo que los muchachos podrán, con la ayuda del Señor, ayudarme á salvarme.»

Los compañeros del infortunado explorador, que también estuvieron á punto de perecer, no pudieron volver hasta pasados doce días. Encontraron el cuerpo de Mr. Hubbard envuelto en mantas, como dormido. La tienda estaba cerrada por dentro, y el montón de leña de la hoguera, apagada por la lluvia, no había sido tocado. Estaba claro que después de escribir lo antes copiado, el viajero se echó á dormir y no volvió á despertarse.

**Digno de su fama.**—Desde Caracas escribe el Doctor Evaristo Díaz:

«Con frecuencia he hecho uso de la Emulsión de Scott en todos aquellos casos en que está indicada, habiendo obtenido en todos ellos resultados positivos. Por tanto considero dicho preparado digno de la confianza y fama universal de que goza.»

## Una costumbre del ejército ruso

Todos los ejércitos del mundo tienen sus tradiciones y costumbres particulares. Entre las más curiosas hay una, propia del ejército ruso, que data desde el tiempo de Pedro el Grande.

Cuando un soldado del Czar, habiéndose distinguido en la guerra por actos de valor personal, es muerto en el campo de batalla, su nombre no se olvida ni tampoco se coloca en listas especiales. Lejos de esto, se considera como si el soldado viviese todavía, y figura para siempre en la lista del regimiento. Todos los días, cuando el oficial pasa lista, al llamar al valiente muerto en la acción, contesta el soldado cuyo nombre ocupa el lugar inmediato anterior. Pero, en vez de decir «presente», responde: «muerto luchando valientemente por la causa de Rusia y del Czar».

## ¿Por qué cambia la voz al llegar á la edad adulta?

El timbre de la voz humana depende principalmente del número de vibraciones por segundo de las cuerdas bucales, vibraciones que á su vez dependen de la longitud, del grueso y del grado de tensión de estas cuerdas, las cuales crecen á medida que crece la laringe.

Las notas de bajo profundo consisten en 80 vibraciones dobles por segundo, mientras que las notas de soprano tienen 992 vibraciones en el mismo tiempo. Las primeras suponen cuerdas bucales mucho más largas que las segundas.

La laringe de un adolescente es poco más ó menos del mismo tamaño que la de una mujer, pero cuando el muchacho se va convirtiendo en hombre, su laringe crece rápidamente, y las cuerdas bucales se hacen casi doble largas que antes. Los cartilagos que regulan la tensión de estas cuerdas también alcanzan mayor desarrollo, notándose mejor al exterior la prominencia llamada nuez.

Como todas estas partes no crecen con la misma rapidez, resulta que durante algún tiempo se nota en la voz del joven una alteración extraña. En la mujer también se observa el mismo cambio, pero mucho menos sensible.

## La pipa del Kaiser

El Kaiser es probablemente el soberano europeo más aficionado á la pipa. Ordinariamente hace uso de pipas tan numerosas como distintas, pero entre todas ellas hay una que es la preferida. Esta es una verdadera obra de arte, hecha, como es natural, según un diseño del mismo Kaiser, que en este punto, como cuando se trata de composiciones musicales, de cuadros y de todo género de cosas, siente un verdadero placer en que todo se haga bajo su dirección.

La taza de la pipa es de émbar, y el tubo de cerezo de Turquía, adornado con una W, inicial de Wilhelm (Guillermo), sobre la cual hay posado un pájaro de plata.

Siempre que usa esta pipa, el emperador fuma un tabaco de la Habana preparado especialmente para él.

## Cómo nadan los ciegos

Es verdaderamente curioso que todos ó casi todos los nadadores ciegos puedan recorrer en el agua considerables distancias en una línea perfectamente recta, sin necesitar más guía que una llamada cualquiera ó un silbido desde el punto á que han de llegar. Lo mismo en el agua que en la tierra, las personas dotadas de vista, si llegan á cerrar los ojos, difícilmente pueden conservar la marcha en línea recta; pero los ciegos, cuando desean andar ó nadar sin separarse del camino recto, poseen la curiosa

propiedad de poderlo hacer casi con toda exactitud.

En una ciudad de Inglaterra se ha realizado hace poco una serie de concursos en un gran lago, tomando parte en ellos hombres ciegos y videntes, próximamente de la misma fuerza y habilidad. Todos los ciegos consiguieron nadar siempre en línea recta, mientras que á los que no lo eran les costaba grandes trabajos el conseguirlo, á pesar de llevar los ojos abiertos.

Veritas,  
Veritatis.

De todas las preparaciones similares conocidas es indudable que tiene conquistado un puesto muy preferente otorgado por el voto unánime de la clase médica y de la opinión pública, la célebre é incomparable

Emulsión  
de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

Constituída por tónicos directos de la medicación hematógena, que propenden á reparar las pérdidas del líquido sanguíneo, haciéndole recobrar su composición normal, llena cumplidamente su indicación en todos los casos en que se encuentra deficiente ó alterado factor tan importante de nuestra organización.

En los países intertropicales las pérdidas que experimenta el organismo debido á las copiosas diaforesis originadas por las altas temperaturas y su frecuente volubilidad, traen como consecuencia estados de debilidad general y afecciones del aparato respiratorio, que la Emulsión de Scott infaliblemente regenera y combate ventajosamente.

Exíjase la verdadera de Scott.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.



# BRANDY PEDRO DOMECCO



**RECOMPENSA NACIONAL**  
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



*Males de Estómago, Falta de Fuerzas,  
Anemia, Calenturas, etc.*

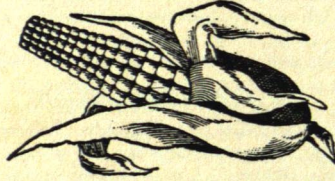
## QUINA-LAROCHE

EL MISMO  
**FERRUGINOSO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.  
*Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc*  
Paris. 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO  
**FOSFATADO**

## MAIZ-ORIZA



## CONDE H<sup>nos</sup>.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Conde Hermanos.

Carlos Orta Ibarra.

## POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares  
J. SIMON  
13. r. Grange batelière. Paris



INFLUENZA ANEMIA + RACHITIS CLOROSIS +

**VINO AROUD**

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

### La mortandad en la guerra

La guerra entre rusos y japoneses es la primera, desde hace mucho tiempo, en que se emplean á la vez fuerzas navales y terrestres, y nunca ha habido otra en que se hayan utilizado medios de destrucción tan perfeccionados. A pesar de esto, es probable que en esta lucha no haya más víctimas que en cualquier otra, pues se ha demostrado que en los tiempos modernos sólo una bala de cada 1500 mata á un hombre. Es evidente que el armamento moderno tiende á disminuir la mortalidad. En la guerra franco-prusiana, una bala de cada 400 hizo una víctima, mientras que en la guerra anglo-boer la proporción fue de una por cada 740.

El número de soldados muertos en campaña, también es cada vez menor. En la guerra de Crimea, los franceses perdieron 31 soldados por cada 100, y los ingleses 22 y medio por 100. En la lucha entre Francia y Prusia, murieron el 20 por 100 de los franceses; en la guerra de secesión de los

Estados Unidos, el 12 y medio por 100 de los soldados del Norte, y en la guerra franco-italiana la proporción bajó á 6 muertos por cada 100 combatientes. Esta última cifra es hoy la más frecuente en las grandes campañas; en la del Transvaal, los ingleses perdieron un 5 por 100 de sus hombres, y los boers un 6 y medio.

Este caso de tener vencedores y vencidos casi la misma proporción de muertos, es muy raro; se dió también en la famosa batalla de Waterloo, donde los franceses perdieron un 24 por 100 de sus hombres, y un 22 las fuerzas aliadas.

Tomando en conjunto todas las grandes batallas del siglo pasado, se ve que las pérdidas por 100 son 15 en los vencedores y 27 en los vencidos, por término medio; pero si se considera separadamente cada acción, se encuentra en algunas una diferencia mucho mayor. En Sedán, por ejemplo, de cada 100 franceses murieron 31, y de cada 100 prusianos 5. Esta es la cifra más pequeña en un ejército vencedor; la mayor es

la de 25 por 100, que expresa las bajas de los franceses en Marengo.

En ejércitos vencidos, las cifras extremas son 14 muertos por cada 100 soldados, que tuvieron los austriacos en la batalla de Solferino, y 40 por 100, que fue el número á que llegaron las pérdidas de los rusos al pelear con los franceses en Moscou. La última cifra es realmente espantosa, pues que significa que de cada 5 hombres quedaron 2 sobre el campo.

### Puertas incombustibles

Está plenamente demostrado por la experiencia que las puertas de hierro que en algunos locales públicos se emplean para aislar unas habitaciones de otras en caso de incendio, no dan resultado; bajo la acción del calor se retuercen, y no forman una barrera suficiente para impedir el paso de las llamas y del humo.

En Connecticut se han estado haciendo ensayos comparativos, y se ha visto que las mejores puertas incombustibles son, precisamente, las de madera.....por supuesto, cubiertas de cobre.





Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes  
Teléfono 686 CARACAS  
**GATHMANN HNOS.**  
Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Surtido más completo

Garantía absoluta

Trato más esmerado

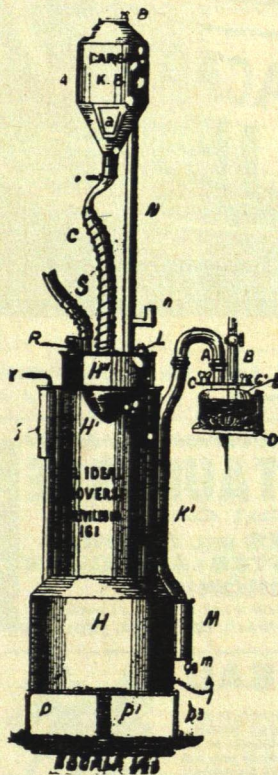
**J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS**

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

**Departamento Acetileno**  
Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á 8 17 los kilos 100 netos—Cuenadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á carga de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

**Departamento Mármoles**  
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldívar—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados  
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

**EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE**

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Depósito General, Dr. Paul GAGE Hijo, Fco de 1ª cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

**Lergotina y Grageas de LERGOTINA BONJEAN**

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

**LABELONYE y Cía.** 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

**GOTA LICOR DEL DR. LAVILLE**

REUMATISMOS

CLIN Y COMAR - PARIS EN TODAS LAS FARMACIAS

PREPARED 5 fr. en Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

LAIT ANTÉPHELIQUE

**LA LECHE ANTEFÉLICA** ó Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS, PREOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

GANDES & Co B<sup>e</sup> St-Denis

Contra las **ENFERMEDADES NERVIOSAS**

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las **CÁPSULAS DEL DR CLIN** al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS y en las Farmacias.

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

LES PLAQUES ET PAPIERS

**JOUGLA**

SIEMPRE SON INMEJORABLES

La temperatura de los insectos

Valiéndose de un método termoelectrico, un naturalista ruso ha hecho una serie de experimentos para medir la temperatura de los insectos. Estos no tienen, como el hombre, la misma temperatura en todos los climas, sino la que ofrece el aire que les rodea, en las condiciones ordinarias de calor y humedad. Bajo las condiciones normales,

la temperatura de un insecto se eleva con la del aire, aunque más lentamente. Cuando el aire es muy húmedo, sucede precisamente lo contrario: la temperatura del animalito sube más de prisa que la del ambiente. Esto cuando el insecto permanece inmóvil, pues si entra en actividad, su temperatura empieza á elevarse y continúa subiéndolo hasta que el animalito se detiene; este ascenso de temperatura puede llegar á 38 grados. Mientras están descansando, los insectos pueden, por regla general, resistir cinco grados bajo cero. La temperatura de 48 grados, fatal para los vegetales, es la más elevada que puede resistir la enorme mariposa conocida con el nombre de pavón nocturno.

Estas puertas no se deforman bajo la acción del fuego. Es absolutamente necesario que la unión de la madera y el cobre sea lo más íntima posible. Para conseguirlo se sigue el procedimiento siguiente: las puertas, hechas de la manera ordinaria, son de madera muy seca y están empapadas de un barniz que tapa todos sus poros y ajustadas en un marco de cobre. Después se recubre el barniz con una capa de plombagina ó de otra sustancia, en polvo, conductor de la electricidad, y una vez hecho esto las puertas se meten en un baño galvanoplástico, donde las dos caras reciben una capa de cobre que cubre hasta la parte más pequeña de la madera. Estas puertas son completamente ignífugas.



# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruy hasta las RAICIS el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun dolor para el cutis 50 Años de Exito y militares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el PALLORÉ. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris



### Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullié & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

## Phosphadine Fullié

es un alimento completo  
DE FACIL DIGESTION  
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños  
Nutrición de los convalecientes  
En el raquitismo y en la anemia  
Embarazos y dentición  
En las diarreas y afecciones intestinales.

Precio en toda Venezuela:  
Pote grande Bs. 2,50  
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos  
De venta en los principales establecimientos de la República

## SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO más recientes y antiguas TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacrée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

## LINIMENTO GENEAU

para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Costras recientes y antiguas, las Lisaduras, Esquinas, Alcanes, Molelas, Alfafes, Esparavanes, sobrehueros, Fiebradas e Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar daga ni caída de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas. — Precio 6 fr. Depósito General: Farm. GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

## ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

## RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

### PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

los manicomios 66 dementes por cada 100.000 individuos.

La gente de más seso parecen ser los comerciantes, entre los cuales, para el mismo número de individuos, no se encuentran más de 42 locos.

Especificando más todavía, hay motivos para creer que, de los militares, los más expuestos á la locura son los ingenieros.

se disfruta de mejores vistas, y en muchas tapias y verjas se encuentran carteles, no prohibiendo pisar el césped, sino invitando al paseante á detenerse y á mirar en tal ó cual dirección, en la que encontrará un delicioso panorama.

EXIJAN Vds. en cada PÍLDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PÍLDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Ningun Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS. puesto que son las más activas.

### Las profesiones y la locura

Según las estadísticas llevadas á cabo por varios hombres de ciencia, los hombres que siguen la carrera de las armas y los marinos son los que con más frecuencia se vuelven locos. Puede calcularse que de cada 100.000 militares y marinos, 199 acaban por sufrir locura ó, por lo menos, son maniáticos de cuidado.

Las profesiones liberales siguen á éstas bajo este punto de vista, yendo los artistas á la cabeza de la lista, después los abogados y luego los médicos, los eclesiásticos, los literatos y los empleados. En todos estos, de cada 100.000 se vuelven locos unos 177.

Entre los que se dedican al servicio doméstico, cocheros, camareros, cocineros, etc., la proporción es de 155 por 100.000. Entre mecánicos y obreros en general, proporcionan á

### La educación del gusto

El buen gusto de los japoneses está universalmente reconocido. Sus muebles, sus abanicos, sus sombrillas, sus cacharros y sus pinturas son adornos que envidian para su gabinete todas las damas europeas y americanas, y hasta el vestido femenino, el elegante kimono, se está adoptando por las señoritas inglesas y yanquis, no para salir á la calle, pero sí para estar por casa, en sustitución de la bata europea.

¿Cómo ha llegado á alcanzar la estética tan gran desarrollo en aquel país? Nada más sencillo; el gobierno mismo se encarga de educar el gusto del pueblo. Una prueba de ello la tiene el extranjero en cuanto visita una ciudad del Japón. En los jardines públicos, los bancos se encuentran precisamente en donde

## ZAPATERIA MODERNA

GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos para calzado de Señoras, Caballeros y Niños

CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca. CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6 TELEFONO 239